

La promesa

Barbara McMahon

La Promesa

Barbara McMahon

La promesa (2009)
Título original: Greek boss, dream proposal (2009)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2296
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nikos Konstantinos y Sara Andropolous

Argumento:

El sol griego brillaba sobre el mar Egeo como un millón de diamantes…

A bordo de su lujoso yate, Nikos Konstantinos no buscaba el amor. ¡Pero compartir la impresionante belleza de las idílicas islas griegas con su nueva y bella chef lo estaba volviendo loco!

Sara Andropolous, una mujer independiente y de espíritu libre, sabía que Nikos era un sueño mediterráneo, pero era su jefe y no pondría en peligro su trabajo. Y había otra razón secreta por la que Nikos era el hombre del que menos le convenía enamorarse.

Capítulo 1

SARA Andropolous se inclinó para mirar el pastel desde todos los ángulos. Tenía un aspecto perfecto. Satisfecha, lo colocó sobre uno de los delicados platos de porcelana y sirvió un poco de miel por encima. Dos hojas de menta completaron la presentación, y Sara sonrió. Ya estaba uno. Tenía que hacer cinco más en menos de cinco minutos.

Trabajó deprisa y terminó el último antes de lo esperado. Perfecto.

Llevaba cinco horas de pie, pero se sentía tan fresca como si acabara de empezar. Le encantaba crear obras de arte efímeras.

—Ya verás como eso le complace a tus invitados —murmuró en conversación imaginaria con Nikos Konstantinos.

Cuando Sara llegó por primera vez a Grecia cuatro meses atrás, su trabajo temporal en el Windsong Hotel, situado a varios kilómetros de Tesalónica, le había parecido la respuesta a sus plegarias. Llevaba mucho tiempo intentando meter la cabeza en Grecia, y le resultaba increíble que las cosas hubieran salido tan bien.— Nadie sospechaba sus verdaderas intenciones. Dejó a sus amigos, alquiló el apartamento y se dirigió al mar Egeo con un único pensamiento en mente: encontrar la manera de ponerse en contacto con su abuela, Eleani Konstantinos.

Mientras el yate se mecía suavemente sobre las olas, Sara se preguntó por enésima vez si estaba verdaderamente más cerca de su objetivo que antes. Creyó que sería así cuando su amiga Stacy descubrió que la abuela de Sara se había vuelto a casar y averiguó dónde había estado viviendo todos aquellos años.

Cuando Stacy le habló entonces cinco meses atrás de una oportunidad de trabajo en el exclusivo hotel regentado por el nieto del hombre con el que se había casado su abuela, Sara solicitó al instante el puesto. Increíblemente, la habían contratado dos semanas después de la primera entrevista. El hecho de que fuera griega y hablara el idioma había sido un plus. Pero también le gustaba creer que sus méritos habían llamado la atención de su entrevistador. El sueldo tan espléndido que iba a cobrar indicaba

que esperaban que su trabajo destacara.

Hasta el momento las cosas habían salido mejor de lo que ella esperaba. Tras llevar sólo cuatro meses en Grecia, era todo un milagro que la hubieran ascendido a chef temporal del lujoso yate de Nikos Konstantinos. Con un poco de suerte, en algún momento llegarían a la isla que pertenecía a su familia, la llave para llegar hasta su abuela. Lo que no sabía era cómo iba a dar el siguiente paso. El tiempo le daría la oportunidad que necesitaba.

Estirando los músculos, Sara colocó los postres en la elegante bandeja de plata que a su vez colocó en la en—cimera, donde el sobrecargo la recogería para llevársela a los invitados que estaban cenando en el salón principal. Ya eran más de las nueve, y ella ya había terminado por aquel día. Se sentía muy despierta y sin ningunas ganas de meterse en la cama, aunque llevaba en pie desde las seis de la mañana para preparar el desayuno.

El chef del yate *Cassandra* había enfermado súbitamente de apendicitis, y ella había sido la elegida para cubrir su puesto hasta que se recuperara. Como le había explicado el jefe de los chefs del resort cuando la escogió para aquel puesto, su jefe, Nikos Konstantinos, el dueño del resort, tenía invitados para hacer un crucero de una semana por el mar Egeo, y necesitaba a alguien muy versátil en comidas y postres. El jefe de los chefs la había recomendado a ella a pesar de ser la última incorporación. Sara seguía si poder creerse la suerte que tenía. ¡A este paso, se encontraría por fin con su abuela antes de que terminara el mes!

Estaba segura de que la madre de su madre estaba viviendo en la isla de la familia Konstantinos, situada en el mar Egeo.

Estratégicamente aislada para conseguir intimidad, no había forma de llegar a ella a menos que un miembro de la familia llevara invitados. Teniendo en cuenta que a Sara le habían devuelto las cartas sin abrir, no conseguía contactar por teléfono ni tenía una dirección de correo electrónico válida, sabía que nadie le echaría un cable. Al contrario, sospechaba que si se lo pedía directamente a Nikos Konstantinos, la echaría directamente y pondría todavía más barreras entre su abuela y ella.

No pensaba arriesgarse. Encontraría la manera de entrar en la isla por sí misma.

Si pudiera conocer a esa mujer, tal vez pudiera dejar de lado ese

orgullo griego que al parecer era la seña de identidad de la familia de su madre y contarle a Eleani Konstantinos que su hija había muerto, y las últimas palabras que pronunció su madre sobre cómo le hubiera gustado reconciliarse con sus padres. Cuando Damaris Andropolous pronunció aquellas palabras ya era demasiado tarde. Dos días más tarde murió.

Sara quería curar la herida que se había abierto en la familia hacía casi treinta años. Llevaba más de un año trabajando para conseguir aquella meta y cumplir la promesa que le había hecho a su madre justo antes de morir.

¿Estaría el fin cerca?

Mirando hacia atrás, lo mejor que había hecho su madre nunca fue insistir en que Sara aprendiera griego. Gracias a eso había conseguido aquel trabajo. No le costó nada adaptarse a la vida en el resort. Fue un cambio maravilloso pasar del lluvioso clima de Londres para meterse de cabeza en aquel trabajo tan bien pagado.

Mientras metía en el fregadero los platos que había utilizado para preparar la cena, Sara pensó en cómo se acercaría a su abuela... si tenía la oportunidad.

—Siento llegar tarde. No volverá a pasar —dijo Stefano recogiendo la bandeja de postres. El sobrecargo llegaba tarde al menos una vez al día. Sara ya se había acostumbrado, y si a Nikos Konstantinos no le importaba, a ella desde luego tampoco—. Tiene un aspecto delicioso, como siempre.

Sara se aseguró de que tuviera todo lo necesario para los invitados y luego comenzó a preparar una bandeja para la tripulación.

Cuando Stefano regresó, se apoyó contra la puerta y dejó escapar un profundo suspiro.

—Así que la hija está desplegando todo su encanto. Sospecho que este crucero está pensado para que la bella Gina Fregulia y Nikos tengan la oportunidad de conocerse mejor. El padre de ella quiere que se casen, ¿sabes? Y no parece que Nikos se esté resistiendo en absoluto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sara sin dejar de trabajar. Cuanto más supiera sobre la familia Konstantinos, pensó, mejor.

—No es ningún secreto. El hombre tiene treinta y cuatro años. Ya es hora de que se case y forme una familia. ¿Quién va a heredar

sino todo el dinero?

—Tú tienes treinta y cinco —aseguró Sara alzando la vista—. ¿Estás casado?

—Lo mío es distinto —se rió Stefano—. Veo mujeres hermosas todos los días. Cruzo el Egeo en cada crucero. Tal vez algún día siente la cabeza, pero no tengo dos fortunas que legar cuando me muera.

—¿Dos?

—Nikos no siguió los pasos de su padre y de su abuelo en la naviera. Pero sigue siendo el único heredero de su padre. Está haciendo una pequeña fortuna personal con el resort. Tengo ganas de ver qué va a pasar con la relación entre la señorita Fregulia y el jefe.

—¿Crees que no funcionará? —preguntó Sara con curiosidad. Quería hacer una docena de preguntas, pero no quería levantar sospechas. Stefano se encogió de hombros.

—Por lo que yo sé, Nikos estaba enamorado de su primera prometida. No conozco la historia de su ruptura, pero durante mucho tiempo él estuvo furioso como un tigre. Los matrimonios de conveniencia están pasados de moda en el mundo normal, pero en el mundo de las grandes fortunas no es tan infrecuente. Creo que Nikos Konstantinos se casará por el bien del resort, y para conseguir herederos para sus fortunas. Los Fregulia son unos magnates italianos del vino. Su fortuna sin duda iguala a la de Nikos. Al menos no tendrá que preocuparse de que quieran casarse con él por su dinero. Yo predigo un matrimonio de negocios.

—El oráculo —dijo Sara dando el último toque a los postres de la tripulación—. Les deseo mucha felicidad —un Nikos contento sería más accesible si lo necesitaba para tener acceso a su abuela.

—Supongo que Gina Fregulia estará muy feliz si puede meter la mano en los millones de Nikos.

—Creí que habías dicho que ella es rica.

—Su padre, ésa es la sutil diferencia.

Sara no conocía a Nikos Konstantinos, ni tampoco tenía interés en conocerlo siempre y cuando su yate atracara en la isla familiar en algún momento mientras ella siguiera a bordo.

Sara siguió a Stefano hasta el muelle, donde habían dispuesto— una mesa para la tripulación. A excepción del sobrecargo, la

mayoría tenía la edad de su madre. Seguramente llevaban años navegando en el yate de los Konstantinos.

Cuando terminó de cenar, Sara consideró la posibilidad de tumbarse en una de las hamacas para observar el cielo. Con las escasas luces del barco, las estrellas parecían haberse multiplicado.

Pronto se detendrían para echar el ancla. El mar Egeo balanceaba suavemente el yate por las noches. A Sara le encantaba.

—Gracias —dijo uno de los miembros de la tripulación levantándose—. Estaba todo muy bueno.

Los demás se fueron poniendo de pie y también le dieron las gracias. Sara sonreía de felicidad cuando Stefano se levantó para limpiar la cocina. Recogió toda la mesa, dejando sólo su vaso de agua. Ella se quedó un rato en la cubierta y luego volvió a la cocina para dejar dispuestas las cosas del desayuno. Cuando terminara se acostaría.

Debió quedarse más tiempo en cubierta de lo que pensaba. La cocina resplandecía, Stefano la había dejado impoluta. Sara dio un respingo cuando escuchó cómo se abría la doble puerta que tenía detrás. Se dio la vuelta sorprendida. No cabía duda: Nikos Konstantinos había entrado en la cocina.

En Grecia la mayoría de los hombres eran guapos, pero Sara se quedó unos instantes estupefacta. Sólo pudo limitarse a quedarse mirándolo fijamente. Tenía el cabello negro y ondulado y un bronceado que hablaba de las horas pasadas bajo el sol del Egeo. Unos ojos oscuros la miraban. Parecía llenar todo el umbral. Medía más de dos metros y tenía los hombros anchos y una complexión estilizada. La chaqueta blanca de gala que llevaba parecía fuera de lugar en un barco, pero le quedaba a la perfección. Sara sintió una inmensa atracción, y eso la sorprendió hasta el estupor. Si no decía algo enseguida, pensaría que era una estúpida.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó.

—¿Tú eres la chef que sustituye a Paul? —preguntó con desconfianza.

Sara estuvo a punto de gemir al escuchar su voz sexy y ronca. Deseaba cerrar los ojos y pedirle que recitara algún pasaje de algo largo sólo para oírle hablar. Pero se limitó a ladear ligeramente la cabeza y a contestar con una sonrisa educada:

—Sí, lo soy.

—No esperaba a una mujer tan joven —dijo entornando ligeramente los ojos.

—La edad no tiene mucho que ver con los méritos —respondió ella estirando la espalda.

¿Acaso una mujer a punto de cumplir los treinta no podía ser tan buen chef como una de cincuenta? La atracción inicial que había sentido por aquel hombre fue sustituida por una bofetada de realidad. Él venía del mismo mundo que había terminado tan cruelmente para su madre treinta años atrás. ¿Qué sabía él de privaciones? Sara había luchado muy duramente por alcanzar el nivel que tenía. La edad no tenía nada que ver.

—Lo siento, no quise ofenderte. Me ha pillado por sorpresa, sólo eso. Vine a felicitarte por la cena de esta noche. Mis invitados están absolutamente complacidos. El cordero prácticamente se nos derritió en la boca.

A Sara le gustó el cumplido, y también le sorprendió que su nuevo jefe se hubiera tomado la molestia de ir personalmente a felicitar al chef.

—Soy Nikos Konstantinos —dijo. Como si ella no lo supiera.

—Yo soy Sara Andropolous —respondió ella. ¿Reconocería el nombre por la carta que había enviado meses atrás? ¿O no sería él quién había dicho que se la devolvieran al remitente?

Nikos se la quedó mirando unos instantes, y luego asintió con la cabeza en gesto de despedida y se marchó.

Nikos Konstantinos no había seguido los pasos de su padre y de su abuelo, pero había dejado su huella en la industria hotelera. Tras construir el Windsong, su impacto en el turismo griego quedó asegurado. A Sara le sorprendía lo joven que era para haber llegado tan lejos. Tal vez debería haberle devuelto el piropo. Pero él había empezado con una familia rica respaldándole.

Sara siguió trabajando en los preparativos del desayuno. Sus orígenes no podían ser más distintos. Ella había crecido sin un centavo y tuvo que abrirse camino a través del umbral de la pobreza, trabajando durante horas interminables fregando platos para poder pagarse la escuela de alta cocina. Perseverancia, determinación y sí, una especie de orgullo heredado de su madre la habían llevado al éxito.

Poco tiempo más tarde, Sara se dirigió a su pequeño camarote

sintiéndose optimista.

Había conocido al dueño, y él estaba satisfecho con su trabajo. Sin duda eso significaba que su plan estaba saliendo bien. Era consciente de la suerte que tenía al haber sido escogida para aquel empleo. Además de ella, había cinco miembros más de tripulación. Con los invitados y Nikos, sumaban doce. Nada comparado con la cantidad de platos que tenía que preparar cada noche en algunos de los restaurantes del resort.

La primera vez que vio el yate se quedó maravillada. Era precioso, y además la tripulación tenía mucho espacio y su propia cubierta. Al menos el dueño era generoso con su personal. Sara frunció el cerio. No quería echarle flores ni aunque fuera con el pensamiento. Tal vez Nikos Konstantinos fuera uno de los hombres más sensuales que había visto en su vida, pero para ella no era más que un medio para conseguir un fin. Más le valía no olvidarlo. Además, Stefano le había contado que aquella travesía era prácticamente un crucero de compromiso matrimonial, una oportunidad para que Nikos decidiera si casarse o no con la hija de un socio. A Sara le resultaba frío. Era además un reflejo de las circunstancias que su madre había vivido muchos años atrás, un matrimonio de conveniencia. Al menos en esta ocasión parecía que los posibles participantes no estaban del todo en contra del plan.

Le resultaba sorprendente sentirse atraída por aquel hombre. Durante un instante se había olvidado de por qué estaba allí y se sintió tentada a coquetear. Un hombre guapo, una mujer sola, el marco romántico perfecto.—

Habría sido lo más estúpido del mundo.

Capítulo 2

NIKOS salió de la cocina para regresar a la suite que le servia tanto de despacho como de dormitorio a bordo. Su chef había sido toda una sorpresa. Llevaba el cabello oscuro y ondulado recogido hacia atrás, con algunos mechones que se le escapaban para enmarcarle el rostro. Sus ojos grandes y marrones revelaban una inteligencia que le sorprendió. Y tampoco había tratado de coquetear con él ni de despertar su interés.

Nikos se había cansado de los coqueteos de las mujeres que conocía. Si pensara que una sola de ellas se hubiera mostrado interesada en él si no hubiera tenido un centavo, se sentiría de otra manera. Pero había aprendido muy pronto que la mayoría de las mujeres sólo buscaba una cosa: vivir una vida de lujo, a ser posible a costa de un hombre. Su propio compromiso fallido era la prueba. Parecía como si la vida fuera una lotería y él uno de los premios.

La actitud absolutamente profesional de Sara le había resultado refrescante.

¿Qué se sentiría al verse juzgado por la gente sólo por sus propios méritos, o tener un amigo que no quisiera de él nada más que a sí mismo?

George Wilson y Marc Swindard eran los únicos amigos que se le venían a la mente. Tal vez porque habían pasado muchas vacaciones en el colegio cuando resultaba inconveniente que volaran de regreso a casa. Les enviaría un correo electrónico para ver cómo estaban. Quizá pudieran reunirse pronto. Las exigencias del trabajo podían llegar a consumirle, pero podría arreglar un viaje corto a Nueva York o a Londres en un futuro cercano.

Por supuesto, si la idea de casarse con Gina Fregulia tomaba cuerpo, contactaría con sus amigos para anunciarles su compromiso. Esta vez la alianza tenía más posibilidades de durar, sin mentiras ni amor ni pasión. Gina le resultaba atractiva. Sin duda sabía moverse en los mismos círculos sociales que él. Sería un gran activo para el restaurante del resort con su conocimiento de vinos y los contactos que tenía su familia.

Nikos abrió la puerta de la suite y se aflojó la corbata. Tenía

poco tiempo para ponerse al día con el trabajo antes de irse a dormir.

Cuando Stefano le llevó el desayuno a las siete de la mañana del día siguiente, Nikos llevaba ya casi una hora trabajando. El yate había echado el ancla durante la noche, y Nikos se había dado un baño rápido en el mar de madrugada antes de ducharse y vestirse. Las conexiones por satélite le permitían estar en constante contacto con el resort y con cualquiera que quisiera hablar con él, como por ejemplo su padre, que lo llamó justo cuando Stefano dejó la bandeja encima del escritorio.

—¿Has hablado últimamente con tu abuelo? —preguntó Andrus cuando Nikos contestó el teléfono.

—¿Hay algún problema? —preguntó Nikos. No era frecuente que su padre hablara de asuntos familiares. El negocio naviero era todavía más absorbente que los

hoteles, sobre todo para Andrus. Vivía únicamente para la empresa desde que Nikos podía recordar.

—Tiene la idea de comprar otro barco y utilizarlo para ir de la isla a tierra firme. Dice que el otro está muy viejo.

—Está en perfecto estado —aseguró Nikos. Él se ase—araba del mantenimiento de las embarcaciones de toda L familia

—Creo que quiere uno más pequeño para poder llevarlo él, pero tiene ochenta y dos años. Es demasiado mayor para navegar él solo por el Egeo —aseguró Andrus disgustado.

—¿Eso se lo has dicho a él? —preguntó Nikos, aunque ya conocía la respuesta.

—¿Crees que estoy loco? Pensé que podrías ir a visitarle, convencerlo de que mantuviera la tripulación de su barco y asegurarte de que no corneta ninguna estupidez.

—Mi abuelo no es ningún estúpido —aseguró Nikos.

Su padre le pedía de vez en cuando que actuara de intermediario entre ellos. Eso era lo más parecido al afecto familiar que podía esperar de él.

—¿Cuándo estuviste allí por última vez?

—Hace un mes —respondió Nikos.

—¿Puedes volver pronto? —le preguntó su padre.

—Podría cuando se marcharan mis invitados. He invitado a los Fregulia a un crucero.

—Entonces, que sea la próxima semana. Házmelo saber —su padre le colgó.

—¿Quieres saber cómo me van los negocios? —dijo Nikos colgando a su vez. Para su padre, quien no estuviera en el negocio naviero no era alguien importante—. ¿O te interesan mis planes de pedirle a Gina que se case conmigo?

También conocía la respuesta a aquella última pregunta: haz lo que quieras. A Nikos ya no le importaba. Su padre no iba a cambiar, ni su abuelo tampoco. Si el viejo quería un yate potente para llevarlo el mismo, lo tendría. Nikos no intentaría convencerlo de lo contrario. Ojalá el mismo estuviera tan activo a los ochenta y dos años.

Nikos se sirvió una taza de café y miró la comida. En el centro de la bandeja había una porción individual de quiche Lorraine acompañada por compota de fruta fresca y dos rebanadas de pan de nueces. Se preguntó a qué hora habría tenido que levantarse Sara para tener aquello preparado a las siete.

Sabía muy poco de su chef temporal. Tenía que admitir que le intrigaba un poco aquella mujer que había subido tan rápidamente en un campo dominado por los hombres. Y sin embargo, la había recomendado el jefe de los chefs, y eso decía mucho. Tampoco molestaba el hecho de que fuera tan bonita.

Nikos sacudió la cabeza. Tenía otras cosas en las que pensar aparte de en su chef temporal..

A mediodía, Nikos consultó con el capitán y lo arregló todo para que el barco fondeara en una de las islas pequeñas que no quedaban muy lejos de allí. Así sus invitados podrían visitar el mercado local y ver un poco lo que las islas del Egeo tenían que ofrecer.

Nikos ordenó al capitán que le diera la tarde libre a la tripulación y que zaparan de nuevo a las siete. Eso permitiría que cenaran a bordo y charlaran un rato antes de que él se retirara a su suite a descansar.

Poco después de que la isla apareciera ante sus ojos, Nikos recibió una llamada del resort. Al parecer se habían quedado sin luz. Cuando fondearon en la isla, Nikos mandó aviso a Gina para decirle que estaría liado durante un rato, pero urgió a los Fregulia a que bajaran, el los alcanzaría más tarde si la situación se resolvía rápidamente.

Quince minutos más tarde, tras asegurarse de que se ponían en marcha los generadores del resort mientras se reparaba la avería eléctrica, Nikos colgó el teléfono no sin antes decirle a su asistente que lo mantuviera informado. No había nada más que él pudiera hacer excepto esperar.

Cuando iba a bajarse a reunirse con sus invitados, cayó en la cuenta de que no había visto desembarcar a ningún miembro de la tripulación, aunque había dado instrucciones de—que disfrutaran de una tarde libre. Alzó la vista hacia el puente y vio que estaba vacío. Se acercó a la cocina para ver si había alguien. Deteniéndose en el umbral, la mirada de Nikos se dirigió directamente hacia Sara. Estaba todavía más giapa a la luz del día. Frunció el ceño. No tenía ningún sentido que pensara en ella. Estaba envolviendo una bandeja mientras Stefano permanecía apoyado contra la encimera, charlando. Al ver a Nikos se incorporó rápidamente.

—¿Necesita algo, señor Konstantinos? —le preguntó. Sara alzó la vista y lo miró.

—¿Desea comer? Ya tenía el almuerzo casi preparado cuando me enteré del cambio de planes.

Nikos miró el envoltorio de los sándwiches artísticamente colocados sobre una bandeja. Dio un paso adelante, metió la mano bajo el envoltorio de plástico y

Srm—sacó uno. Al morderlo reconoció el sabor del queso griego del bueno y aceitunas. Y un toque especiado de algo que no conocía. Estaba delicioso.

—La verdad es que no he comido. Hubo un problema en el resort y les dije a mis invitados que bajaran a puerto. Tal vez podrías prepararme una bandeja para que me suba —comería antes de bajar del barco. No tenía sentido tirar la comida ni el esfuerzo de Sara.

—Sí señor, ahora mismo, señor —dijo Stefano.

—En realidad he pensado que podría subírmela la señorita Andropolous —dijo Nikos mirando a Sara a los ojos—. Eso le brindará la oportunidad de dar una vuelta por el yate. El capitán ha bajado a tierra, así que yo podría enseñarle también el puente.

Ella miró a Stefano y compartió con él su expresión de asombro.

—Gracias, me encantaría ver el resto del barco. Puedo llevarle la bandeja en diez minutos —aseguró Sara—. La tripulación ha

decidido comer a bordo, y luego todos bajaremos a dar una vuelta.

Nikos asintió y salió de allí. No estaba muy seguro de por qué le había hecho aquella proposición. Nunca antes había hecho algo así. Pero tampoco había conocido nunca a una mujer chef. Durante un instante se preguntó si no habría perdido la cabeza. Estaba considerando la idea de casarse con Gina Fregulia. Había pasado menos de diez minutos en total con Sara Andropolous. Y sin embargo, posponía en momento de estar con Gina para enseñarle su barco a una desconocida. Tal vez hubiera tomado demasiado sol.

Sara llamó a su puerta con los nudillos exactamente diez minutos después. Nikos la escuchó decir algo y se preguntó si habría necesitado a Stefano para que la guiara hasta su suite.

Nikos abrió la puerta y atisbó a ver a Stefano doblando la esquina y desapareciendo.

—Entra —Nikos se echó a un lado cuando ella entró con la bandeja de su almuerzo.

Sara miró a su alrededor y se dirigió a la mesita baja que había delante del sofá. Dejó la bandeja con cuidado y sonrió encantada al incorporarse y dirigirse hacia las ventanas.

—Vaya, esto es fabuloso. Qué magnífica vista del puerto. ¿Qué isla es ésta?

—Theotasaia, una pequeña isla que vive de la pesca. Hoy es día de mercado. El entretenimiento perfecto para mis invitados.

—¿Les gusta ir de compras? —preguntó Sara mirando por la ventana. El colorido mercado se abría ante ellos, con los toldos meciéndose en la brisa.

—No los conozco mucho —Nikos se acercó a su lado—. Pero parecían contentos con la sugerencia.

—¿Le parece que vaya subiendo a la cubierta superior mientras usted come? —propuso Sara.

—Tardaré sólo unos minutos.

Sara salió de la suite y corrió escaleras arriba hacia la cubierta superior. Estar al lado de Nikos Konstantinos le ponía nerviosa. No debía olvidar que su objetivo era conseguir acceso a su abuela. Pero aquel hombre le perturbaba el equilibrio. Sara vaciló entre permanecer alejada de él o llegar a conocerlo un poco mejor. En la superficie era el tipo de hombre del que su madre había huido: rico, seguro de sí mismo y tal vez un poco arrogante. Y que tenía

pensado concertar un matrimonio con una mujer que tenía una fortuna similar a la suya. ¿Querría de verdad Gina Fregulia un matrimonio así? Sara salió a la cubierta y al instante sintió la cálida brisa que venía del mar. El sol estaba en lo más alto sobre un cielo sin nubes. Se acercó a la barandilla y miró hacia abajo. Había mucha distancia hasta la superficie del mar.

Si su madre se hubiera casado con el hombre que su padre había escogido para ella, ¿habría disfrutado de yates de lujo y visitado las islas del Egeo? La realidad había resultado ser muy distinta de lo que su madre imaginó cuando se fugó con el padre de Sara. Pero el orgullo le había impedido reconocer su error y regresar a casa en busca de perdón. Sara no había llegado a ninguna conclusión cuando Nikos se reunió con ella poco tiempo después.

—Vamos, el capitán no está en el puente. Podemos verlo todo sin que él se entere —dijo con cierto tono de humor.

Sara se rió, intrigada por el tono travieso de su jefe.

—No le tendrá miedo al capitán, ¿verdad? —preguntó mientras lo seguía por la puerta lateral.

—Él no considera el puente como un punto de visita para invitados —replicó Nikos.

Sara no podía imaginar que aquel hombre tuviera miedo de nada. Se movía con tal aire de seguridad, que ella sabía que podría conseguir todo lo que quisiera.

El barco tenía unas vistas de 360 grados. Los inmensos ventanales estaban ligeramente tintados para evitar el brillo del sol reflejado en el mar. Al ver todos aquellos aparatos y ordenadores, a Sara le maravilló cómo podía arreglárselas el capitán.

—Vaya, esto es fantástico —aseguró disfrutando de la vista.

—Tesalónica está por allí —dijo Nikos acercándose un poco más a ella y señalando hacia el oeste—. Y Atenas también —aseguró rozándola con el brazo.

—Pero no demasiado cerca —dijo sintiendo el calor de su cuerpo al tenerlo tan cerca. Podía oler su loción para después del afeitado, un aroma almizclado que le inundaba los sentidos. Sara deseaba acercarse más. Com—

probar si había alguna química especial entre ellos. Consternada por aquellos pensamientos, se apartó. Sería la mujer más estúpida del planeta si se le ocurría pensar que pudiera pasar algo entre ella

y el heredero de la fortuna de los Konstantinos.

—Cuénteme más sobre esa pequeña isla —dijo mirando hacia ella.

—Antes los barcos no podían fondear en ella. Hace diez años, sus muelles no daban cabida a barcos de gran calado como el *Cassandra*. Ahora traigo a mis amigos de vez en cuando. A los invitados les gusta.

—No quiero entretenerle. Querrá reunirse con sus invitados —dijo ella girándose un poco. Nikos se había acercado más, y estuvo a punto de chocarse con él. Los sentidos de Sara se pusieron en alerta máxima. Estaba demasiado cerca; sentía como si le estuviera robando el aire.

—Ven conmigo y te enseñaré la plaza del pueblo. Tengo tiempo de sobra para reunirme con mis invitados. No zarpamos hasta las siete de la tarde.

Sara parpadeó. ¿Estaba hablando en serio? ¿El dueño del yate iba a dar un paseo con un miembro de la tripulación?

—¿Cree que eso es correcto? —preguntó con voz ronca. El corazón le latía con tanta fuerza que casi podía escucharlo.

—¿Por qué no?

—Tal vez porque soy su chef —¿no le había contado Stefano que esperaba escuchar muy pronto la noticia del compromiso entre Nikos y Gina? ¿Qué clase de hombre se pasaba la tarde con otra mujer estando su medio prometida por ahí cerca? El instinto de Sara se puso en alerta.

—No es más que un paseo por la plaza del mercado. Ven si quieres. O di que no.

Ella asintió y apartó la vista. No era responsable del comportamiento de Nikos Konstantinos. Necesitaba más información si quería llegar a la isla familiar. Tal vez aquélla fuera una oportunidad para saber más cosas de su familia... y satisfacer la curiosidad que sentía por él.

—Me encantaría ver la plaza. Tengo que volver sobre las cinco para que la cena esté lista a las ocho, pero hasta entonces estoy libre.

Si a la tripulación le pareció raro que el dueño del yate acompañara a la nueva chef cuando aquél tenía invitados que habían venido de Italia, nadie dijo una palabra.Enseguida

estuvieron en medio de la multitud que poblaba las calles adyacentes al mercado. Ancianas vestidas de negro de los pies a la cabeza llevaban sacos de cuerda en los que ponían la compra. La risa de los niños lo inundaba todo y se, mezclaba con los gritos de los vendedores que intentaban promocionar sus productos.

A su madre le hubiera encantado, pensó Sara. Sintió una punzada al recordar el cariño con el que su madre hablaba de su infancia. Sara probó uno de los dulces, hecho de nueces y miel, y dio un salto para esquivar a un grupo de niños que corría entre los puestos del mercado.

Nikos la agarró del brazo para evitar que se cayera. Ella sintió su contacto desde la punta de los pies hasta la cabeza. Lo miró conteniendo la respiración.

—Gracias.

Oh, Dios mío, aquellos ojos negros insondables. Tenía un rostro angular y masculino y el cabello, ligeramente revuelto por la brisa. Sara deseó haberlo conocido en otras circunstancias.

—Vaya, Nikos, ¿has resuelto ya el problema del resort?

Una mujer alta y de cabello oscuro surgió de la nada al lado de Sara. Nikos miró a la otra mujer y le soltó a ella el brazo.

—Gina —durante un instante no dijo nada más. Sara se preguntó si lo que había en sus ojos era resignación, pero no podía ser. ¿Acaso no era aquélla la futura señora de Nikos Konstantinos?

La mujer introdujo el brazo entre el de Nikos y su pecho y se apoyó ligeramente contra el.

—He perdido a mis padres. Sé que el yate es el lugar al que debo ir si me pierdo, pero ahora estás tú para enseñarme este sitio. He visto una iglesia monísima en la plaza del pueblo. Me encantaría visitarla por dentro.

Sara, deja que te presente a Gina Fregulia, una de mis invitadas al crucero. Sara es la responsable de las deliciosas comidas que estamos disfrutando.

—Oh, la quiche de esta mañana estaba buenísima No pude comerla toda, por supuesto, tengo que cuidar mi figura. Pero lo que probé me— encantó. Eres muy inteligente. Yo no sé cocinar —Gina alzó los ojos hacia Nikos con una sonrisa inexpresiva—. Pero no lo necesito. Para eso está el cocinero. Yo tengo otros talentos.

—Seguro que sí —dijo Sara en voz baja y en inglés,

imaginándose a qué talentos se refería la voluptuosa italiana—. Bueno, voy a buscar productos frescos para la cena de esta noche. Que disfruten de la visita a la iglesia —dijo con energía girándose.

—Sara —la llamó Nikos.

Ella se dio la vuelta. _Nikos vaciló un instante mientras Gina se pegaba a él.

Diles que lo carguen a la cuenta del barco, ellos lo cobrarán irán después.

Durante una décima de segundo había esperado que la hubiera llamado para reiterarle la invitación de visitar juntos la plaza del pueblo. Que despidiera a su invitada y pasara la tarde con su chef. ¡Ja! Gina era mucho más su tipo.

Despidiéndose alegremente con la mano, Sara se mezcló con la multitud con la esperanza de perderse rápidamente, antes de que la sonrisa empastada en su rostro se disolviera y dejara al descubierto la desilusión. Le hubiera gustado recorrer la isla con alguien que la conociera. Eso era todo.

Sara terminó la tarde en una pequeña taberna cerca de los muelles Los barcos de pesca llegaban cada pocos minutos. Siguiendo un impulso, se acercó a comprar pescado fresco para la cena. Cuando regresó al barco, vio a Nikos cerca de la barandilla hablando con sus invitados. Estaban sentados en los sillones con cojines que había en la parte superior de la cubierta delantera.

Justo antes, de que ella apartara la vista, Nikos miró a su alrededor y sus ojos se cruzaron. Él se la quedó mirando durante un largo instante, y luego alzó su copa en silencioso brindis.

Alguien, probablemente Gina, dijo algo y Nikos miró hacia atrás. Sara corrió a bordo con los nervios a flor de piel. ¿Volvería a buscarla Nikos antes de que terminara la travesía?

¿Y por qué había de hacerlo?, se preguntó en silencio.

Capítulo 3

CUANDO el yate se detuvo para echar el anda durante la noche, Sara sintió una inesperada punzada de emoción. Ella y varios miembros más de la tripulación estaban en la cubierta de abajo descansando y disfrutando de la noche. Hacía un poco de brisa. Sara se había puesto un jersey porque refrescaba. Escuchaba la conversación más que participar en ella. Ahora que el barco había echado el anda, se preguntó si Nikos volvería a darle las gracias por la comida. Se había tomado muchas molestias con la cena de aquella noche.

Seguramente no. La noche anterior se había limitado a ser amable con la nueva empleada, igual que cuando se ofreció a mostrarle la cubierta superior del yate.

Los miembros de la tripulación se fueron marchando uno a uno para irse a sus camarotes. Cuando quedaron solos Sara y el capitán, ella se cambió de sitio para estar más cerca de él y poder preguntarle algunas cosas que le interesaban. Quería saber cómo era el acceso a la isla.

—¿Lleva mucho tiempo al mando de este barco? —le preguntó para empezar.

—Desde que se botó. Antes era capitán de un barco del señor Andrus Konstantinos, el padre del señor Nikos. Llevo casi veinte años al servicio de la familia.

—Parece un trabajo ideal, navegar todo el tiempo por el mar Egeo.

—A veces llegamos más lejos. Un verano llevé al patriarca y a su nueva esposa a España y a Marruecos. Fue una travesía preciosa.

Tenía que estar hablando de su abuela.

—¿Tú has navegado mucho? —le preguntó el capitán. —No, éste es mi primer viaje.

—Menos mal que no te has mareado.

—Si se mareara estaría metida en un buen lío —dijo Nikos entre las sombras.

El capitán giró la cabeza y la inclinó en gesto de saludo. —Señor Nikos, ¿necesita algo?

—Sólo descansar un rato del trabajo. Vine a felicitar a mi chef por la excelente cena de esta noche.

Sara se secó las palmas húmedas disimuladamente en el pantalón y trató de mantener el ritmo respiratorio.

—Me alegro de que usted y sus invitados lo hayan disfrutado.

Nikos se acercó a la barandilla. El barco se mecía suavemente sobre las olas.

—Creo que mañana deberíamos buscar otra isla para que la visiten nuestros invitados. Tengo la sensación de que se aburren con facilidad —aseguró Nikos.

—Me cuesta trabajo entenderlo —el capitán se puso de pie—. Si vamos a zarpar temprano, mejor será que me retire.

—Saldremos después de las siete. Quiero darme primero un baño —dijo Nikos.

—Por supuesto —el capitán les dio las buenas noches a ambos.

Sara era la única que quedaba ahora en la cubierta con Nikos. Debería decir algo. O tal vez él quisiera estar solo y sabía que sus invitados no entrarían en aquella zona.

—¿Así que se da un baño cada mañana antes de que zarpemos? —preguntó Sara deslizando la mirada por la brillante superficie del Egeo. El agua estaba oscura y suave, como si fuera un espejo de las estrellas.

—Si el tiempo lo permite, sí. ¿Te gustaría venir conmigo? —Nikos se había girado un tanto para mirarla. Sara estaba asombrada por la invitación. Se lo pensó durante un instante. Era difícil nadar cuando se suponía que tenía que estar preparando el desayuno.

—Será mejor que no. Mañana tengo pensado servir tortillas y pan fresco de nueces. Necesitaré tiempo para tenerlo preparado para sus invitados.

—Ven sólo quince minutos. Luego puedes trabajar —insistió Nikos—. Además, yo soy el único que se levante temprano. Mis invitados no desayunan antes de las nueve.

—De acuerdo. No, un momento. No tenía pensado bañarme, así que no he traído bañador.

Le encantaría tener la oportunidad de bañarse en el mar para empezar el día. Nunca se la había pasado por la cabeza la idea de que podría tener la oportunidad de hacerlo, en caso contrario habría metido un bañador en la maleta.

—Tenemos trajes de baño a bordo. A veces los invitados no tienen pensado bañarse y luego cambian de opinión. Le diré a Stefano que te lleve uno.

—Gracias —respondió ella. Confiaba en que Stefano no sospechara que aquella invitación era más de lo que era, un mero ofrecimiento para ir a nadar antes de empezar el día de trabajo. Sara no quería provocar cotilleos que pusieran en peligro sus posibilidades de quedarse a bordo.

—Normalmente me levanto a las seis, nado media hora, me ducho, me visto y estoy listo para trabajar a las siete. Es una rutina que me viene muy bien —Nikos se la quedó mirando bajo la tenue luz de la cubierta—. ¿Qué tal te estás adaptando al mar? Dijiste que no te mareabas.

—Es un reto cocinar en un espacio tan reducido, pero el capitán mantiene el barco en un plano recto, así que no se me caen los líquidos. Stefano lo limpia todo cuando yo he terminado de preparar la comida. La verdad es que estoy disfrutando.

A Sara le sorprendió haberlo dicho, pero era cierto. Había estado tan centrada en tratar de encontrar a su abuela que no se había detenido a pensar en lo mucho que estaba disfrutando trabajar en aquella situación.

—Me alegro —dijo Nikos.

Ella apartó la vista, sintiendo la atracción que experimentaba cada vez que lo tenía cerca.

—Es tarde —aseguró él—. Te veré a las seis. Y llámame Nikos

—Buenas noches —respondió Sara. Volvería a verlo dentro de unas horas. Nadarían juntos y luego ella regresaría a la cocina.

Mientras había preparado aquella noche la cena, Sara se había entretenido imaginando a Nikos disfrutando de cada bocado. Esperaba que sus invitados también lo hubieran disfrutado, pero lo cierto era que había cocinado para él. ¿No decía el viejo dicho que el corazón de un hombre se ganaba a través del estómago? Ella no quería llegar hasta su corazón. Le bastaba con llegar a su isla.

Le costó trabajo dormir. Sara sabía que debía confiar en la suerte para conseguir lo que deseaba. Hasta el momento había tenido mucha. ¿Podía confiar en que seguiría así?

***

A las siete menos cuarto de la mañana siguiente, Sara todavía no

tenía traje de baño. Pensó en olvidarse de la idea y ponerse su uniforme del resort, con pantalones caqui y camiseta de barco con el logo del hotel y dirigirse a la cocina. Tal vez Nikos había cambiado de opinión a la luz del amanecer. Apenas escuchó la suave llamada a la puerta. Sara se acercó a la puerta. Stefano le sonrió cuando abrió y le tendió una cajita.

—Atención del señor Konstantinos. Dice que te reúnas con él en cubierta cuando estés preparada.

Ella agarró la cajita, le dio las gracias y cerró la puerta.El bañador estaba sin estrenar y era de un precioso color verde azulado. Se lo puso. Le quedaba perfectamente. Se recogió el pelo hacia atrás, se puso el albornoz y se dirigió hacia la cubierta de popa. El corazón le latía a toda prisa. ¿Criticarían el resto de los miembros de la tripulación que fuera a nadar con el jefe?

Nikos estaba en la barandilla de atrás. Se giró al oírla y la observó cruzar con los pies descalzos.

Sara trató de no mostrarse intrigada por sus anchos hombros y el bien desarrollado pecho. Le resultaba dificil no sentirse atraída hacia él, sentir aquellos músculos estrechándola contra sí.

Pero entonces la realidad la abofeteó. Nikos era una persona a la que necesitaba para cumplir su objetivo. Eso era todo.

—¿Lista? —preguntó él.

—Sí —el aire era frío. ¿Lo estaría también el agua? Sara se quitó el albornoz y se acercó a la barandilla, mirando hacia fuera.

—¿Tenemos que saltar? —preguntó. Había más de tres metros hasta el agua.

—No —Nikos abrió una parte de la barandilla y señaló unos escalones que daban al mar.

Descendieron por ellos, y Nikos se lanzó al agua azul. Sara contuvo la respiración y lo siguió.

Fue delicioso. El agua estaba fresca pero no fría. El tenue rosa que se asomaba todavía entre las nubes fue lo primero que vio cuando salió a la superficie. Se giró y vio que el barco no estaba muy lejos. Mirando a su alrededor, no vio más que cielo, mar y el yate.

Nikos apareció en la superficie unos metros por delante de ella y comenzó a nadar. Sara sonrió ante la pura sensualidad del momento y fue tras él. Le encantaba el agua y nadar.

Estaba empezando a preguntarse si debería darse la vuelta para regresar cuando vio que Nikos estaba ha ciendo el muerto en el agua. Se acercó hasta él y sonrió encantada.

—Esto es fabuloso. ¿Qué hacen tus invitados todavía durmiendo? Deberían estar disfrutando de este baño.

Nikos se la quedó mirando un instante y luego dirigió la vista hacia el barco.

—Creo que la señora Fregulia no quería embutirse en un traje de baño. El señor Fregulia está demasiado centrado en sus negocios, y a Gina no le gusta eso de que se le rice el pelo. Los Oneta hacen lo que hagan los Fregulia. Pero no importa. Confío en que mis invitados estén disfrutando, aunque no compartamos el gusto por las mismas actividades.

—¿Y qué hay del resto de la tripulación? Seguro que a algunos les gustaría darse un baño.

—A veces lo hacen cuando echamos el anda. Pero en

eneral no —Nikos se encogió de hombros. No le interesaban demasiado los demás miembros de la tripulación. Estaba disfrutando del obvio placer que Sara mostraba por aquel baño matinal. Estaba abierta a compartir sus emociones. Sin engaños. Sin coqueteos. ¿Era la novedad lo que le intrigaba, o era la misteriosa chef en sí misma?

Estaba claro que a Sara le gustaba su posición y no había dado muestras de querer más. No lo acosaba con docenas de preguntas sobre su vida, ni sobre lo que le gustaba y lo que no. Sara vivía cada momento según venía. Estaba disfrutando del agua y lo demostraba. Sin duda era una novedad tras las mujeres hastiadas con las que normalmente se encontraba en las fiestas.

Manejaba su feminidad sin ser consciente de ella, moviéndose con gracia cuando cruzaba la cubierta o cuando daba una vuelta por el puente. Se sentía a gusto con quien era.

Nikos no mezclaba el placer con los negocios. Por mucho que le gustara estar con ella, no debía traspasar nunca los límites de jefe—empleada Tampoco comprendía el impulso que lo había llevado a invitarla a nadar. Sin embargo, se alegraba de ello.

—Iba a decir que te echaba una carrera hasta el barco, pero eres mejor nadador que yo —dijo Sara—. Esto es delicioso. ¿Puedo nadar todas las mañanas?

—Si quieres sí —aseguró Nikos nadando tranquilamente de espaldas. Ella lo siguió—. Hoy nos detendremos en otra isla. A las damas les encantó ir de compras ayer. En la isla de hoy no habrá mercado, pero tiene tiendas y cafés. Hay incluso un fuerte antiguo con unas magníficas vistas. Tal vez puedas darte una vuelta. —¿Nos detendremos allí antes de comer?

—Tienes otra vez el día libre. Me llevaré a mis invitados a comer a uno de los restaurantes del paseo marítimo.

Sara pareció quedarse melancólica. ¿Estaría pensando que le gustaría unirse a él? Nikos se preguntó de pronto qué sentiría si pudiera tomarse unos días libres. Librarse del trabajo, de las obligaciones, y disfrutar sólo de la compañía de Sara. Tal vez pudiera averiguarlo cuando terminara aquel crucero. A menos que para entonces estuviera prometido a Gina. La idea lo pilló por sorpresa. Había organizado el crucero con aquella idea. ¿Se lo estaba pensando dos veces? La alianza iría en beneficio de los dos. Y sin embargo, durante un instante se había olvidado de sus intenciones. Su interés por Sara había sobrepasado a su sentido común.

—Va a sobrar mucha comida si sigues cambiando de planes —comentó ella.

El barco estaba cada vez más cerca. Cuando lo alcanzaron, Sara desapareció para cambiarse y ponerse a trabajar. Nikos sabía que no volvería a verla en todo el día... a menos que ella se quedara un rato en cubierta después de cenar. Podía volver a decirle cuánto habían disfrutado sus invitados con la cena.

Cuando Nikos se vistió, se acercó a su escritorio y encendió el ordenador. Lo primero que hizo fue ponerse al día con los correos electrónicos y hablar con su asistente en el resort. El suministro eléctrico debería estar ya totalmente restablecido, pero habría otros asuntos de los que ocuparse. Stefano le llevó el desayuno. Una tortilla ligera como el aire, rellena de champiñones, cebolla, espinacas y pimienta verde fue lo— primero que vio. El pan de nueces, colocado en un plato aparte, estaba todavía caliente. El café era negro y caliente. Mientras comía, Nikos trató de visualizar a Sara preparando la comida. Frunció el ceño. No tenía ni idea de cómo trabajaban los cocineros.

Algún día debería pasar por la cocina y verla en acción.

Cuando sonó el teléfono móvil, respondió. —Nikos, soy tu abuelo —dijo una voz familiar. —Lo sé. Reconozco tu voz —Nikos sonrió. Había pasado muchos veranos en la isla mientras sus padres viajaban. Seguía siendo su lugar favorito.

—Tu asistente me dice que estás otra vez de crucero. ¿Por dónde esta vez?

Nikos le contó lo que había pasado y esperó. Normalmente, había una razón para que abuelo llamara a aquellas horas de la mañana. No era una familia de charlas informales.

—Estoy pensando en comprar otro yate —dijo finalmente el anciano.

—¿Ah, sí? —Nikos sospechaba que su abuelo sabía que su padre se lo había contado.

—Quiero que tú me lo busques. Y no me digas que soy demasiado viejo para comprarme otro barco. Éste es para que Eleani y yo podamos salir juntos. Es la única manera de tener intimidad.

Nikos sacudió la cabeza. El *Cassandra* ofrecía intimidad de sobra y estaba disponible para cuando su abuelo quisiera. Pero comprendía el razonamiento del anciano. La noche anterior él fue muy consciente de que Sara y él no estaban a solas.

—Estoy comprometido por otros tres días más, y luego debo regresar con mis invitados al resort y esperar a que se marchen antes de poder volver a casa —dijo Nikos mirando el calendario. No tenía reuniones ni compromisos importantes durante las siguientes semanas—. Después de eso iré.

A Nikos le resultaba siempre muy sencillo relajarse en la isla familiar. Había pasado ya bastante tiempo desde que, la había visitado. Podría disfrutar de la compañía de sus abuelos y descasar del trabajo unos días.

—*Bien,* pues planéalo para quedarte un tiempo. Hace mucho que no te vemos.

—Me quedaré unos días. Dale recuerdos a Eleani.

Nikos colgó. Su mente ya le estaba dando vueltas a la situación. ¿Por qué no podían su abuelo y su esposa disfrutar de un barco pequeño? Tal vez fueran mayores, pero ambos eran perfectamente capaces de manejar sus propias vidas. La abuela de Nikos murió siendo él todavía un niño. Cuando Spiros volvió a casarse con una

viuda, Eleani, Nikos y su familia la aceptaron como esposa de Spiros. Ella no tenía a nadie. Habían pasado casi diez años. Eleani se había convertido fácilmente en una parte vital de la familia y había sido lo mejor que le pudo haber ocurrido a su abuelo. .A Nikos le gustaba el calor y la devoción que sentía por Spiros. Y se mostraba igual de cariñosa con el resto de la familia.

Nikos esperaba estar igual de activo cuando tuviera ochenta arios. Aunque ahora le costaba trabajo imaginarse llegando a esa edad. No se veía casado, ni mucho menos enamorado de su esposa.

Era una estupidez cortar a todas las mujeres por el mismo patrón de Ariana, pero tenía tendencia a hacer justo eso. Le había jurado amor eterno cuando se prometieron. Pero cuando la pilló en la cama con otro hombre le costó trabajo creerlo. Lo cierto era que ella sólo buscaba el estilo de vida que Nikos podía ofrecerle. No lo amaba; amaba estar con cualquier tipo de hombre, pobres, ricos, jóvenes y viejos. Ariana no era muy exigente.

Para ser un hombre joven enamorado, el golpe fue doble. En primer lugar, ella no lo había amado ni durante un segundo, y Nikos no había sido lo suficientemente listo como para darse cuenta antes de tener la prueba. Sin embargo, había aprendido bien la lección. A menos que una mujer tuviera la misma fortuna que él, no la consideraría para el matrimonio.

Irrefinada y tenía buenos contactos. Gina sería una esposa perfecta para el negocio. Era Y sin embargo, Nikos vacilaba. Si de él dependiera,

probablemente no se casaría. La familia estaba sobrevalorada. Lo sabía por propia experiencia. Pero quería tener hijos para poder dejarles el resort. Para enseñarles las tradiciones bajo las cuales sus antepasados habían vivido.

¿Podría ser Gina esa madre para sus hijos?

No tenía por qué decidirlo en aquel crucero, pero no se hacía precisamente cada vez más joven.

Nikos cerró su ordenador portátil y se puso de pie, dispuesto a estar con sus invitados y ofrecerles algo de la hospitalidad de la isla a la que se referían.

Las ruinas eran espectaculares. Había llevado otros invitados antes y todo el mundo se había quedado encantado con aquellas piedras antiguas *y* la vista de un mar que parecía interminable.

Confiaba en que a los Fregulia y a los Oneta les gustara también.

Cuatro horas más tarde, Nikos supo que aquella salida no había tenido tanto éxito como la que habían hecho el día anterior al mercado.

Las tres parejas habian recorrido las calles empedradas del centro,deteniéndose en varias tiendas aunque sin comprar nada. La mañana se estaba apagando. Apenas quedaba tiempo para una rápida visita a las ruinas antes de comer, pero sus invitados no parecían dispuestos a seguir.

El señor Fregulia quería visitar una taberna. Su esposa quería refugiarse del sol. Nikos sabía lo que Gina quería, pero cuanto más parecía interesarse en él, menos se interesaba él por ella.

—Hace mucho calor —protestó Gina por décima vez. —Tal vez deberíamos regresar al barco y continuar con la travesía —sugirió Nikos.

—No, yo quiero visitar una taberna. Un vaso de vino a la sombra viendo gente me apetece más que estar en el barco. Me marea un poco —dijo el señor Fregulia dirigiéndose a la terraza de un café.

—Yo quiero ver más tiendas —dijo la señora Fregulia mirando a su amiga. Un instante más tarde, la señora Oneta estuvo de acuerdo.

Gina estaba haciendo pucheros. Nikos sintió deseos de zarandearlos a todos. ¿Cómo era posible que aquella excursión hubiera salido tan mal?

—¿Gina? —un hombre joven se acercó rápidamente a ellos y empezó a hablar con Gina en italiano. Hablaba tan deprisa que Nikos no pudo entenderlo, pero le pareció entender que eran viejos amigos que llevaban mucho tiempo sin verse.

—Disculpad mis modales —dijo Gina finalmente tomando al hombre del brazo—. Pietro, éste es nuestro anfitrión, Nikos Konstantinos. Nikos, éste es mi amigo Pietro, de Roma.

Una vez hechas todas las presentaciones, Gina coqueteó con Pietro sin perder de vista a su padre y a Nikos.

—Vamos, tomaremos todos un vino mientras vemos los barcos en el puerto —sugirió arrastrando a Pietro hacia la taberna—. Nikos puede ilustrarnos sobre esta pequeña isla y sus habitantes.

Para Nikos quedaba muy claro lo que estaba haciendo Gina, y no tenía intención de jugar al enfrentamiento entre ambos hombres.

Si pensaba que con eso despertaría su interés, estaba muy equivocada.

El señor Fregulia le hizo un gesto para que se marchara.

—Sé que eres un hombre muy ocupado. Podemos entretenernos solos esta tarde. ¿A qué hora debemos regresar al barco?

—A las seis —¿sería así de fácil? ¿Podría tener el resto de la tarde para sí mismo?

Regresaremos a esa hora —dijo el hombre girándose hacia su mujer y urgiéndola a ponerse en marcha.

Nikos observó durante un instante cómo se alejaba el grupo. Lo cierto era que le apetecía quedarse solo el resto del día.

Se dio la vuelta y regresó al muelle. Podía llamar a su asistente y ponerse manos a la obra con varios proyectos de trabajo pendientes.

En cuanto se acercó al muelle principal, Nikos vio a Sara caminando en su dirección. Llevaba un sombrero de alas para que no le diera el sol en la cara. Tenía los brazos desnudos y ligeramente bronceados. Miraba a su alrededor mientras caminaba. Nikos fue consciente del momento exacto en el que lo vio. Durante un instante, la sonrisa de Sara iluminó el muelle y luego fue remplazada por un ceño fruncido.

—Hola. ¿Se te ha olvidado algo? —preguntó acercándose a él.

—No. ¿Dónde vas?

—A dar una vuelta. El capitán dijo que teníamos libre hasta las seis. ¿Es cierto?

—Sí. No zarparemos hasta entonces. La cena será a las ocho.

—Entonces volveré a las seis —Sara pasó por delante de él.

Antes de que hubiera dado tres pasos, Nikos le preguntó impulsivamente:

—¿Te gustaría ver las minas que hay en lo alto de la montaña?

Nikos no sabía quién estaba más sorprendido, si Sara o él. La idea de trabajar había desaparecido. Y también la preocupación por sus invitados. Le había gustado ir a nadar con ella, y ahora quería enseñarle la isla. Ver cómo se relacionaba con la historia que formaba parte de su cultura. Pasar un rato con alguien que no estuviera esperando que se declarara.

—Me encantaría ver las ruinas. ¿Tienes tiempo para eso? —preguntó Sara.

—Resulta que tengo la tarde libre. A mí me gustaría volver a

verlas —haciendo un movimiento con la mano que indicaba que debía precederle, ambos descendieron por el muelle hacia la calle. Había dos taxis parados cerca con los conductores apoyados en una de las puertas, charlando.

Nikos llamó a uno y en cuestión de segundos, Sara y él estaban atravesando el pueblo rumbo a la montaña. La montaña no estaba muy alta y descendía suavemente hacia el mar. La exuberante vegetación que crecía a los lados de la carretera servía como verde telón de fondo a los increíbles azules del mar y del cielo.

Nikos observó cómo Sara miraba por la ventanilla. —Esto es precioso. Gracias por traerme.

Sara sintió cómo el corazón le daba un vuelco cuando Nikos sonrió. Sintió el aleteo de miles de mariposas en el estómago. Nikos era el tipo de hombre que su madre se había pasado la vida evitando. Su hija no podía ser tan tonta como para enamorarse de él. Estaba fuera de su alcance.

Y sin embargo, la excursión a las ruinas era un regalo inesperado. ¿Por qué la había invitado?

—¿Tus invitados no querían venir? —preguntó.

—No. Prefirieron sentarse en el centro del pueblo a ler pasar la gente.

—Eso suena bien —respondió Sara con educación. Pero para ella la posibilidad de conocer la isla era mucho mejor que quedarse todo el día sentada en un mismo sitio.

Cuando el taxi se detuvo en el aparcamiento de grava de las ruinas, Sara se quedó maravillada con la vista. Había algunos coches más, pero con tantas ruinas ver, no estaban apretados.

*Ni*kos le tendió la mano para ayudarla a salir del taxi. Tenía los dedos cálidos y fuertes. Sara se estremeció ligeramente y apartó a toda prisa la mano. Mientras ella se dirigía rápidamente a las ruinas, Nikos habló con

piel taxista y le pagó. El taxi regresó al pueblo.

:tiéntame cosas de este lugar. Tiene unas vistas increíbles al mar —dijo Sara cuando Nikos se reunió con ella.

—Era un puesto de avanzadilla romano antes de Cristo, aunque no muy estratégico. Los arqueólogos han sugerido que podía tratarse de un punto para relajarse y descansar. Las piedras del fuerte son las originales.

Sara contempló las piedras maravillada, preguntándose cuántos hombres se habrían necesitado dos mil años atrás para subirlas hasta la cima. Se acercaron al muro, y Sara contuvo la respiración ante la belleza del mar que rodeaba la isla.

—Si yo hubiera sido un soldado romano destinado lejos de casa, me habría encantado venir aquí a relajarme —dijo ella—. ¿Te has preguntado alguna vez cómo sería?

—Sobre todo cuando era niño —aseguró Nikos—. Grecia está embebida de historia antigua. De niño quería ser espartano.

—Lo habrías hecho muy bien, estoy segura —aseguró Sara mirándolo.

—¿En qué te basas? —preguntó él divertido.

—Es sólo una corazonada. Supongo que tendría que ver tus habilidades con la lanza antes de decir nada. Nikos se rió.

—Me temo que no es una habilidad que tenga muy desarrollada.

Sara sonrió y volvió a clavar la vista en el mar, sintiendo la atracción que tiraba de ella hacia el hombre que estaba a su lado. Nikos apoyó un pie en el muro y miró también a lo lejos. Sara sentía el calor de su cuerpo cerca del suyo y se debatió entre apartarse o acercarse más. No hizo ninguna de las dos cosas, se limitó a disfrutar del día y de la compañía.

De pronto se acordó de su madre. Por un instante, la tristeza amenazó con arrebatarle el placer del momento. Su madre le había dado la espalda a todo aquello a los dieciocho años. Incluso años más tarde, cuando Sara sabía que estaba deseando volver a casa, Damaris se había negado. Su orgullo no le había permitido regresar estando en desgracia, como ella misma decía muchas veces. El orgullo le había impedido hacer lo que más deseaba en el mundo. Sara sabía lo que era el orgullo,pero era algo más práctica que su madre. Si quería algo, iba tras ello.

Qué ruidosos —murmuró Nikos apartándose del muro cuando un grupo de niños pasó a su lado corriendo y riéndose.

—Se están divirtiendo —dijo Sara—. Eso es lo que hace maravillosos los recuerdos de las salidas en familia.

Nikos se quedó un momento en silencio y luego se dio la vuelta.

—Resulta difícil disfrutar de la grandeza de un sitio si hay niños correteando por ahí.

—Algún día tú traerás tus propios hijos para que correteen por

aquí. ¿No tienes recuerdos felices de momentos parecidos? —preguntó Sara caminando a lo largo del muro para dirigirse al otro lado.

—No —murmuró él—. No todo el mundo relaciona la familia con niños felices y vacaciones juntos.

Sara parpadeó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. ¿Has visto ya bastante?

—No. Cuando recorramos el perímetro, quiero investigar esa curiosa construcción del centro.

—Seguramente ahí dormirían las tropas. La vista es la misma por todos lados.

—No, en absoluto. Si estás cansado puedes irte cuando quieras. Seguro que conseguiré un taxi para volver al pueblo —a Sara le había sorprendido el súbito cambio de actitud de Nikos. Era como si de pronto se hubiera encerrado en sí mismo. ¿Había dicho ella algo que le hubiera podido ofender?

—No, yo te he traído. Me quedo.

Vaya, qué entusiasmo. Vete, yo estaré bién—ahora se sentía como una carga incómoda.

Sara se acercó al parapeto y miró la vista sin ver nada. Sentía una oleada de furia. Ella se estaba divirtiendo. Tal vez no debería divertirse con el amo del castillo, como consideraba a Nikos Konstantinos. Él era el único camino para conseguir ver a su abuela. Necesitaba recordarlo.

—Roma está en aquella dirección —dijo su voz grave en el oído izquierdo de Sara Ella se dio la vuelta y casi chocó con la nariz de Nikos—. Solía preguntarme si los soldados echarían de menos su casa o estaban satisfechos sirviendo al emperador allí donde los mandara. En la antigüedad, esto no era más que una pequeña isla alejada de la grandeza de Roma y de todas las diversiones que deparaba la gran ciudad.

—Seguramente se sentirían solos —replicó Sara—. Y echarían de menos a su familia.

Sara sintió cómo se apartaba. Ajá. Así que la clave estaba en la palabra «familia». Se giró. Nikos no se había ido tan lejos. Su codo le rozaba a él el pecho.

—¿No te gustan las familias? —le preguntó con brusquedad.

—No tengo nada en contra de ellas —respondió—él con voz neutra.

—Tienes suerte, todavía tienes a tus padres y a tus abuelos. Yo no tengo a nadie. Por eso, cuando me case me enamoraré locamente de mi marido. Quiero que tengamos muchos niños. Quiero tener una familia muy grande, con primos, tíos y toneladas de amor.

—No todo el mundo está hecho para casarse y fundar una familia, aunque deban hacerlo por obligación.

—Estoy de acuerdo en que no todo el mundo vale para ser padre, pero creo que los niños enriquecen la vida. Al menos para la mayoría de la gente —dijo pensando en su própio padre.Había abandonado a su madre cuando Sara tenía dos meses de vida. No podía soportar las noches sin dormir por culpa de la recién nacida. Sentía no poder recibir a sus amigos cada vez que quería. No le gustaba ser padre. Y Sara y su madre habían tenido que vivir con las consecuencias de ello durante el resto de la vida de su madre. ¿Se habría arrepentido alguna vez de marcharse? Sara nunca lo sabría. Ni siquiera sabía si estaba vivo.

—Las familias no son siempre como tú imaginas. Yo me he preguntado muchas veces por qué mis padres tuvieron un hijo —aseguró Nikos.

—¿No tienes hermanos?

El negó con la cabeza.

—Seguramente es algo bueno dadas las circunstancias. No hubo más niños a los que ignorar y a los que sacar sólo para presumir —Nikos se sacudió los recuerdos de su infancia. Se había abierto camino en el negocio que quería. Como adulto, podía comprender mucho mejor a sus padres.

—Eres muy joven para estar sola en el mundo. ¿No tienes más parientes? —le preguntó a Sara.

Ella se encogió de hombros.

—Nadie que conozca. Así que estoy sola hasta que conozca a ese hombre especial del, que pueda enamorarme y casarme con él.

Yo me pregunto si el matrimonio es para mí —dijo él. Nikos aspiró con fuerza el aire. Normalmente, era más sutil a la hora de echar atrás a una mujer que pudiera mostrar alguna intención matrimonial. No es que pensara que Sara contemplara semejante posibilidad. No había utilizado el coqueteo al que Nikos estaba

acostumbrado. Estaba pensando en Gina. Aquel crucero estaba siendo más importante de lo que él había imaginado. Cuanto más tiempo pasaba con Gina, más dudas le asaltaban.

Nikos sabía que su deber para con la familia era tener herederos. Tendría que dejarle a alguien en herencia el negocio naviero de su padre y de su abuelo. Tal vez tendría varios hijos y cada uno de ellos podría decidir qué hacer con sus vidas.

—Todo el mundo tiene que decidir eso por uno mismo. Si te enamoras algún día, puede que cambies de opinión —aseguró Sara —. Por otro lado, creo que el amor está sobrevalorado. Es bueno para algunos y desastroso para otros —añadió.

Nikos quiso de pronto saber por qué había dicho aquello. ¿Se habría enamorado y le habrían hecho daño, como a él?

—Para algunos sí funciona —admitió a regañadientes—. Mi abuelo y Eleani son el ejemplo perfecto. —¿Ah, sí? —preguntó Sara.

—Llevan casados alrededor de diez años y son muy felices juntos. Por cierto, mi padre quiere que vaya a ver pronto cómo están —Nikos frunció el ceño y miró hacia el horizonte, preguntándose por qué habría sacado aquel tema. Ni siquiera se lo había contado a Gina.

—¿Tienen algún problema?

—No. Pero mi abuelo tiene una idea loca de la que mi padre quiere disuadirle. Si los vieras alguna vez a los dos juntos entenderías por qué actúo de mediador entre ellos. Pero cada vez me cansa más.

Nikos se calló. No era propio suyo compartir los asuntos de la familia con una desconocida, y mucho menos si trabajaba para él.

Sara lo miró de forma extraña y luego apartó la vista.

—Conozco un camino que lleva a una de las playas del pueblo, si estás dispuesta a la aventura —dijo él—. O puedo pedirle al taxi que venga a recogemos.

—Me apetece más volver a pie.

Nikos se preguntó qué habría hecho Gina en aquella situación. Se hubiera quejado de que le dolían los pies y de que el sol estaba demasiado fuerte.

Pero Nikos no tenía ningún interés en llevarla a las ruinas. Y sin embargo, mientras veía a los niños gritar y correr, supo que quería llevar a sus propios hijos si algún día los tenía. Quería que

conocieran la historia de su país y la amaran como la amaba él.

Por mucho que lo intentara, no se imaginaba a Gina con ellos.

Pero a Sara sí.

Aquel pensamiento le sobresaltó.

El camino hacia el pueblo estaba bien marcado y era lo suficientemente amplio como para que dos personas pudieran caminar. A unos cuantos metros de las ruinas daban comienzo los árboles.

—Es precioso —dijo Sara mientras caminaban en medio del silencio. El ruido de los demás turistas que visitaban las ruinas había desaparecido completamente.

Eran más de las dos cuando llegaron al pueblo de pescadores. Sara estaba muerta de hambre, pero vaciló cuando Nikos sugirió que se detuvieran a comer en una de las tabernas que había frente al muelle de pescadores. Finalmente, dijo que sí.

La comida era sencilla pero deliciosa. Pescado fresco, uvas y vino del lugar.

—Este vino es excelente —aseguró Nikos—. Tal vez debería considerar la posibilidad de adquirir más vinos griegos para mi resort.

—¿Tomas tú todas las decisiones? —quiso saber Sara.

—La mayoría de las veces delego en los distintos departamentos del resort. Pero me gusta estar pendiente de todas las secciones. Le voy a recomendar esto al sumiller de dos de nuestros restaurantes. ¿Eres una buena conocedora de vinos?

—No, en absoluto. Pero sé lo que me gusta —aseguró Sara. Sonrió y miró a su alrededor—. Gracias por el día de hoy. Ha sido un regalo —aseguró.

—Me alegra que lo hayas disfrutado.

—En España se echan la siesta después de comer. Comer me da sueño —comentó Sara terminando la comida que le quedaba en el plato. Tal vez regresara al barco y dormitara un rato en la cubierta.

—Dentro de media hora podemos nadar. ¿Te apetece darte un baño conmigo? Tengo equipo de buceo a bordo.

Sara sopesó los pros y los contras de darse otro baño con él. Los pros, por supuesto, estaban en la alegría de nadar en el mar. Y tal vez sacarle más información. Pero en el lado opuesto estaba la proximidad de Nikos. Se sentía atraída hacia él cada vez que

estaban juntos. Lo último que quería era cualquier tipo de conexión que pusiera en peligro su objetivo. No tenía nada en común con aquel hombre. De hecho, ni siquiera estaba segura de que le cayera bien. Pero su cuerpo parecía tener otra opinión.

—De acuerdo, iré a nadar. Pero no tengo tan claro lo del buceo —dijo finalmente. Confiaba no estar cometiendo un error.

Pero sólo iba a estar en Grecia durante un corto peperiodo de tiempo. ¿Por qué no aprovechar al máximo las oportunidades?

Dos horas más tarde, Sara y Nikos se habían cambiado, y habían salido del yate en el bote. Él la había convencido para que buceara. Tras colocarse el equipo de buceo, Nikos y Sara se lanzaron al mar. El agua era como seda sobre la piel. El sol—brillaba sobre la superficie como un millón de diamantes. Sara se mantenía a flote verticalmente, sintiéndose extraña con las bombonas de oxigeno atadas a la espalda mientras Nikos le repetía una vez más las normas del buceo. Se puso la máscara y se introdujo el tubo de aire en la boca y Nikos le agarró la mano.

—Cuando estemos debajo del agua, si te sientes incómoda o te pones nerviosa, apriétame la mano y saldremos al instante a la superficie. No vamos a descender mucho.

Ella asintió. Nikos se puso el tubo en la boca y le hizo un gesto con la mano libre para que empezaran.

Sara aspiró con fuerza el aire y lo retuvo en los pulmones mientras se deslizaba bajo el agua. Nikos la siquió al instante. Pero no estaba donde él esperaba encontrarla. Nikos nadó más deprisa. ¿Habría tenido algún problema? Entonces sintió un tirón en el tobillo. Dándose la vuelta, chocó contra Sara. Por la risa de sus ojos supo que estaba bien, sólo jugando. Ella se colocó de espaldas y comenzó a aletear. Nikos fue tras ella.

De pronto Sara comenzó a jadear. Nikos la agarró por las axilas y la subió a la superficie. Luego le retiró la máscara de la boca, sujetándola por encima del agua mientras ella tosía.

—Primera regla del buceo —dijo Sara resollando—, no te reías —aseguró antes de volver a toser.

—¿Eso es lo que ha pasado?

Sara asintió y le puso la mano en el hombro.

—Te quedaste tan sorprendido al verme que no pude evitarlo. Se me olvidó que estaba debajo del agua, y cuando me reí me entró

agua en la boca. Gracias por rescatarme.

—Ya es suficiente por hoy.

Sara miró a su alrededor. El bote que habían utilizado para salir del muelle *y* el *Cassandra* estaban a cientos de metros de distancia.

—Puedo ir nadando. Ya he recuperado la respiración y estoy bien —por su propia voluntad, los dedos de Sara comenzaron a trazar dibujos en la suavidad de su piel. Sintió cómo los músculos de Nikos se contraían ante el contacto mientras él los sostenía a ambos por encima de la superficie del agua. ¿Había recuperado Sara el aliento? Estar tan cerca de Nikos la dejaba sin aire. Tenía las piernas enredadas en las suyas y el costado izquierdo del cuerpo pegado al de Nikos.

Él se retiró la máscara y la miró a los ojos, deslizando la mirada hacia los labios. Sara se los lamió. Estaban salados. Arrugó la nariz.

Los ojos de Nikos adquirieron un brillo peculiar. —Tienes un aspecto delicioso.

—Debes estar de broma —dijo ella—. Tengo el pelo pegado. No llevo maquillaje y estoy cubierta de agua salada.

Nikos se inclinó hacia delante para salvar los escasos centímetros que los separaban y la besó.

Capítulo 4

SARA también lo besó. Su lengua se encontró con la suya. Las suaves patadas de Nikos los mantenían erguidos en el agua mientras siguieron besándose. Sara se colgó a él, agarrándose a la parte superior de sus bombonas. El tubo y los arneses la separaban de la piel de Nikos. Ella quería estar más cerca, estaba deseando que se quitaran las bombonas y no hubiera nada entre ellos. Entonces recuperó la razón. Sara se retiró lentante y abrió los ojos de par en par para mirarlo. Nikos miró de nuevo los labios y luego otra vez a los ojos. —Esto no es una buena idea —aseguró ella. Y sin embargo, no podía moverse.

—¿Por qué? —preguntó Nikos.

—Las relaciones entre jefes y empleados siempre termian mal... sobre todo para el empleado —no era la razón principal, pero bastaría.

Nikos la soltó y nadó hacia atrás aproximadamente metro.

—Sólo ha sido un beso. Tienes razón, las relaciones entre personas que trabajan juntas no terminan bien. Sara se hundió hasta la barbilla, girándose para nadar hacia el bote. Nikos se había mostrado compasivo con un miembro de la tripulación que estaba sola, y se había ofrecido a dedicarle su tarde libre para enseñarle a bucear. Seguramente hubiera preferido ir solo. Sara no sacaba ninguna conclusión de aquella tarde. Ni siquiera el beso. La gente se besaba por muchas razones. Sara se negaba a examinar por qué lo había besado a su vez. Le bastaba con haber disfrutado de la tarde. No necesitaba nada más de Nikos Konstantinos.

El beso la había sorprendido. Peo no había sido capaz de evitar responder a él. Fue mágico, como el resto del día. Cuanto antes recuperara los sentidos, mejor.

Sara fue la primera en llegar al bote. Trató de subirse, pero el peso de las bombonas le impedía mantener el equilibrio. Diablos, ahora iba a necesitar la ayuda de Nikos, y eso era lo último que deseaba.

Nikos se subió con facilidad a la pequeña embarcación, se quitó las bombonas y se inclinó para ayudar a subir a Sara sin dificultad.

Una vez a bordo del bote, ella se quitó sus bombonas de nuevo con ayuda de Nikos.

—Gracias de nuevo. Me ha gustado la zambullida —dijo educadamente negándose a mirarlo a los ojos. Si el yate no hubiera estado tan lejos, habría ido nadando para evitar aquella incomodidad.

—Ha sido un placer —su voz provocó en Sara un escalofrío. Nikos quitó el anda y arrancó el motor. Sara se sentó a su lado y miro hacia el infinito. Había sido un día mágica Olvidaría aquel beso y se quedaría con la parte buena.

Tardaron menos de diez minutos en llegar al *Cassandra.* Uno de los miembros de la tripulación escuchó el motor y se acercó a ayudarlos a subir.

—Oh, Nikos, ¿dónde estabas? —preguntó Gina asomándose a cubierta y mirando de reojo a Sara.

Aprovechando el tiempo para bucear un poco —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—El capitán me dijo que regresarías por la popa del barco, así que vine a esperarte. Deberías haberme dicho que querías ir a nadar.

Gina continuó observando a Sara mientras subía. Cuando llegó a la cubierta, Gina se le acercó.

—¿No eres tú la cocinera?

—Chef —la corrigió Sara dirigiéndose hacia la puerta que daba a la cubierta inferior.

—No hemos ido a nadar, Gina —dijo Nikos tras subir a bordo—. Hemos ido a bucear. Dijiste que no sabías bucear, en caso contrario te habría invitado.

—Podría haber ido a nadar —estaba diciendo Gina mientras Sara salía por la puerta para dirigirse a su camarote. Que Nikos le explicara a sus invitados por qué se había llevado a una empleada temporal a bucear y . había abandonado a sus invitados.

Unos instantes más tarde, cuando estaba bajo la minúscula ducha de su camarote, ella misma se preguntó por qué. Sin duda Nikos podía escoger entre una gran variedad de mujeres. Entonces, ¿por qué pasar el día con ella?

Para cuando Sara tuvo preparada la cena, ya había recuperado su ecuanimidad. El pato a la naranja le había salido perfecto.

Cuando estuvieron servidos los platos. sacó la comida de la tripulación y comenzó a trabajar en el postre. La tarta de tres chocolates se les derretiría en la boca. Era uno de los postres favoritos de Sara. Había hecho suficiente como para asegurarse de que la tripulación también tendría su parte, y ella también Nada como el chocolate para arreglar las cosas.

Stefano regresó poco después por los postres, y Sara se llevó su cena a la cubierta de popa. Los miembros de la tripulación que ya no estaban de servicio descansaban allí encantados.

—La cena estaba deliciosa —gritó uno de ellos cuando la vio salir.

—Yo tomaría más postre si queda —dijo otro levantando su plato vacío.

Sara sonrió; le encantaba que la gente apreciara sus esfuerzos.

—Hay más. Pedidle a Stefano que os traiga otro trozo —Sara se sentó al final de la larga mesa, comiendo mientras escuchaba su desganada conversación. El balanceo del barco resultaba reconfortante. El aire era más frío que antes, pero se estaba a gusto al exterior.

Sara no abandonó la cubierta de popa cuando terminó de comer. Stefano se llevó los platos. El resto de la tripulación se fue marchando uno a uno. La noche cayó enseguida y ella se apoyó en la barandilla para observar la superficie del mar, brillante por el reflejo de las estrellas.

Nikos observaba a Sara desde el puente. Estaba muy quieta mirando al mar, y se preguntó en qué estaría pensando. El capitán levantó la vista de la carta náutica que estaba revisando bajo la luz de una lamparita.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí. El crucero está saliendo muy bien —replicó Nikos sin dejar de mirar a Sara. Quería bajar a la cubierta de popa y tener unos minutos de paz. El beso de aquel día le había demostrado lo peligroso que eso sería. Sólo había sido un beso. Si hubiera resistido el impulso, podrían haber seguido pasando tiempo juntos. Pero ahora tenía que distanciarse antes de que Sara pensara que había algo más que el deseo de Nikos de escapar de sus obligaciones laborales cuando estaba con ella.

Con aquel pensamiento firme en la cabeza, evitó bajar aquella

noche a la cubierta de popa. Pero eso no le evitó el deseo de hacerlo.

—¿,Nos dirigimos mañana hacia Mazure? —preguntó d capitán.

Nikos se dio la vuelta.

No, volvemos a casa. Voy a acortar el crucero. Mañana se lo explicaré a mis invitados —se despidió con muda inclinación de cabeza y se fue. Cuanto antes se librara de sus invitados, antes podría enfilar hacia la isla familiar. Sólo iban a regresar un día antes de lo planeado. Les invitaría a la mejor suite del resort para compensarles e iría a ver a su abuelo.

Todavía no le había pedido a Gina la mano. Ya no estaba tan seguro de querer casarse. Se tomaría un poco más de tiempo para pensar en su futuro mientras estuviera en la isla.

Y le diría adiós a Sara.

Unos instantes más tarde, en su despacho, Nikos echaba humo por la frustración. Sólo había estado con aquella mujer unas cuantas veces. Cuando regresara a la normalidad, la olvidaría enseguida. Ella estaría cocinando en el restaurante más alejado del resort, y él en la otra punta, en su oficina.

—¡Maldición! —bramó dando una palmada contra el escritorio. Sara era guapa, inteligente y estaba contenta con su vida. No había hecho nada que pudiera malinterpretarse.

No como él.

Nikos tomó asiento, se reclinó en la silla y miró a través de la ventana cubierta de oscuridad.

¿Y si seguía viendo a Sara un poco más? La novedad terminaría por pasar y él se fijaría en la siguiente mujer que apareciera por el horizonte. Pero hasta entonces, ¿por qué no llevarla a la isla? Aquel pensamiento le llegó de improviso. ¿Y por qué no? Ella parecía contenta en el barco. Le gustaba nadar y quedarse en la oscuridad viendo las estrellas.

¿Se sentiría igual de cómoda asistiendo a recepciones, conociendo a hombres de negocios y altos mandatarios griegos, llevando joyas y vestidos de marca? Cualquier mujer que tuviera una relación con él necesitaba sofisticación para moverse en su mundo. Él sabía cómo jugar. Quería que su resort adquiriera fama mundial y sabía lo que hacía falta para conseguirlo. Pero a veces echaba de menos la paz, la tranquilidad y gente auténtica. Como

Spiros y Eleani. Estaban contentos en la isla, o viajando sólo cuando les apetecía. Recibían gente y también disfrutaban estando solos el uno con el otro. Nikos encontraría la tranquilidad que buscaba en la isla familiar. Y se llevaría a Sara con él.

A la mañana siguiente, Nikos se levantó muy temprano. Haciendo caso omiso al trabajo que tenía pendiente, se puso el bañador y agarró una toalla. En menos de diez minutos estaba en la cubierta de popa mirando al mar. Había tenido toda la noche para idear su plan. Si Sara mantenía las distancias como había hecho el día anterior, él no iba a ser menos.

—Buenos días —dijo ella a su espalda.

Nikos dejó escapar una respiración que no sabía que estuviera conteniendo y se giró muy despacio.

Sara dejó su toalla en una de las sillas. Llevaba el pelo recogido en una coleta. No lo miró directamente, pero a Nikos no le importó. Ella había ido a nadar.

—Buenos días. Confiaba en que vinieras a darte un chapuzón.

Sara lo miró sorprendida.

—¿Ah, sí?

—Parece que lo disfrutas. ¿Por qué no aprovechar las oportunidades? —pensó que aquello sonaba razonable. Al contrario de lo que había sentido aquella mañana al verla. Una atracción absolutamente poco razonable.

—Eso mismo pienso yo.

Nikos lamentó que no sonriera. Los ojos se le iluminaban cuando sonreía. Pero su expresión permaneció muy seria.

Él abrió la barandilla y le hizo un gesto para que bajara ella primero. Sara descendió muy deprisa por la escalerilla y se zambulló en el mar sin decir una palabra. Nikos la siguió. Iba por delante de él, nadando sin prisa. No parecía enfadada ni disgustada. Sólo distante.

—Tengo que volver al barco —dijo Sara acercándose a las escalerillas tras dar una cuantas brazadas más—. Tengo que preparar el desayuno de tus invitados, y pensar en qué voy a hacer de cena.

—Eso no será necesario. Regresamos esta tarde al resort. Voy a acortar el crucero.

—¿Por qué?

—Asuntos familiares —respondió Nikos tras vacilar unos instantes.

Sara se agarró a la escalerilla y subió por ella hasta llegar a cubierta.

Entonces hoy prepararé un desayuno especial —dijo asomándose por la barandilla para hablar con él—. ¿La comida será a bordo?

Nikos asintió y ella desapareció de su vista.

A Sara le latía el corazón con fuerza. ¿Asuntos familiares? ¿Significaba eso que algo iba mal? Confiaba en que no tuviera que ver con su abuela. No albergaba ningún sentimiento cálido hacia aquella mujer, pero deseaba desesperadamente que leyera la última carta de su hija. Para Sara significaba mucho que la madre de su madre supiera cuánto la había querido su hijo y cuánto había deseado regresar a Grecia.Lamentaba profundamente su precipitado matrimonio y le pedía perdón.

Sara se pasó el desayuno pensando en lo que había querido decir Nikos. ¿Se dirigiría a la isla familiar? ¿Se llevaría el *Cassandra y a* su tripulación? Aunque fuera así, Sara se había enterado de que se tardaban unas tres o cuatro horas en llegar a la isla. Allí había un chef fijo, así que sería él quien diera de comer a la escasa tripulación que viajaría a bordo.

La decisión del cambio de planes había corrido rápidamente entre la tripulación. Stefano se lo contó a Sara y ella fingió no saber nada.

—¿Sabes a qué se debe el cambio de planes? —quiso saber ella.

—Seguramente estará cansado de sus invitados —aseguró Stefano mientras esperaba los platos con el desayuno.

—¿Y por eso ha acortado el crucero? Pensé que estaba interesado en la señorita Fregulia.

Stefano negó con la cabeza.

—Nunca antes había acortado un crucero, y a veces tiene invitados muy exigentes. El capitán ha dicho que vamos a regresar y no ha dado ninguna razón.

—¿Y qué pasa con el *Cassandra?* ¿Nos quedamos a bordo?

Stefano se encogió de hombros.

—Yo también trabajo en el resort. Si no tiene otro crucero planeado pronto, yo volveré a mi trabajo allí. Y tú supongo que también.

—Seguramente —el cocinero habitual del yate estaría listo para volver a navegar dentro de unas semanas.

—Volveré enseguida a limpiar la cocina —dijo Stefano mientras se llevaba la bandeja con los platos del desayuno—. Tenemos que quedarnos a bordo hasta que bajen Ies invitados por si necesitan algo en el último minuto.

—Me aseguraré de que mi camarote esté limpio —dijo Sara.

Hizo rápidamente la maleta y la dejó en la puerta. Luego subió a cubierta y observó cómo se acercaban cada vez más al resort. El viento le revolvió el cabello cuando se inclinó para mirar mejor. Cubriéndose los ojos con la mano, alzó la vista hacia el puente.Nikos la estaba mirando. Sara contuvo el aliento y apartó la mirada. Esperaba por su bien que la situación familiar no fuera una urgencia. Inclinada sobre la cubierta, Sara vio como amarraban el yate, bajaban la pasarela y los pasajeros desembarcaban.

Gina se agarraba al brazo de Nikos como si le fuera la vida en ello. Los señores Fregulia los seguían con sus amigos detrás. Ninguno parecía especialmente disgustado, pensó Sara. Tal vez la situación familiar fuera un evento feliz, como el nacimiento de un niño o un compromiso.

—Nos vamos —le dijo Stefano desde el umbral—. El *Cassandra* zarpa de nuevo esta tarde. El capitán quiere hablar contigo en el puente.

—Iré ahora mismo —Sara se acercó a él y le tendió la mano—. Ha sido un placer, Stefano.

—Lo mismo digo —aseguró él estrechándosela—. Ya nos veremos por el resort.

Sara subió al puente. Le encantó la vista del resort desde aquella altura.

—¿Quería verme? —le preguntó al capitán cuando entró en la cabina de mandos.

El capitán alzó la vista de los papeles que estaba leyendo.

—Ah, Sara Andropolous. Al señor Konstantinos le gustaría que te quedaras a bordo. Zarpamos dentro de unas horas, y ha solicitado que sigas con nosotros.

—Estaré encantada —dijo ella feliz—. ¿Adónde vamos esta vez? —preguntó cruzando mentalmente los dedos.

—A la isla de la familia Konstantinos.

Sara estuvo a punto de dar un salto de alegría. Pero se limitó a asentir y a sonreír antes de darse la vuelta. Mientras se dirigía a la cubierta principal, dio un pequeño salto de entusiasmo.

Capítulo 5

SARA estaba sentada a la sombra de la cubierta de popa cuando apareció Nikos.

—Te he traído el correo —dijo Nikos entregándole unos cuantos sobres.

—Gracias —Sara los miró. Eran todos de sus amigos de Londres. Sonrió.

Nikos miró las cartas de reojo y luego clavó los ojos ea ella.

—¿Hay alguna de algún amigo especial?

—Eso no es asunto tuyo, ¿no crees? —tal vez Nikos tuviera la llave para llegar hasta su abuela, pero no era el dueño de su vida.

Él apartó la vista y la clavó en el mástil de un barco anclado cerca.

—Sólo me interesaba amistosamente por una empleada. —Prefiero que mi vida privada siga siendo eso, privada —además, le daba rabia reconocer delante de él que no había nadie especial en su vida.

Nikos asintió y se puso de pie.

—Yo también me rijo por esa norma. Si no te importa, tengo cosas que hacer. Viajamos con muy poca tripulación.

Sara se lo quedó mirando cuando se marchó, preguntándose qué clase de complejo habría desarrollado debido a su pasado. Nikos había sido cordial con ella, y ella había estado a punto de arrancarle la cabeza.

No quería hacerse ideas falsas, por eso había evitado cualquier conversación personal. No podía dejar a un lado el pasado de Nikos, tan diferente del suyo. Aunque si su madre no se hubiera enfrentado a su propio padre, negándose a casarse con el hombre que había escogido para ella, Sara habría tenido una vida muy parecida a la de Nikos. Sin embargo, su infancia había sido dura. Sin padre y con una madre poco entrenada para trabajar, siempre habían andado justas de dinero. Pero—su madre siempre se las había arreglado para sacarle el mejor partido. Sara recordaba noches felices con sólo un bocadillo de queso para cenar.

Se dirigió a la cocina, sumida en sus pensamientos. Echaba

mucho de menos a su madre. Damaris Andropolous había tenido una vida difícil, muy distinta de lo que esperaba. Y Sara estaba sola en el mundo, a excepción de aquella abuela a la que no había visto nunca. No se hacía ilusiones de que la mujer la recibiera con cariño. Sara le entregaría la carta y punto. Tenía una vida plena en Londres. La visita a Grecia había estado muy bien, pero no era algo permanente.

Stefano llegó seguido de otro miembro de la tripulación, ambos con bolsas de provisiones.

—Seguramente desayunaremos á bordo y el resto de las comidas las haremos con el personal de la isla —dijo el alegremente mientras colocaba las cosas—. Así ha sido siempre.

—¿Crees que necesitarán mi ayuda en la cocina de la casa? —preguntó Sara mientras pensaba cómo enterarse de lo que realmente quería saber: cuándo y dónde podría ver a Eleani Konstantinos.

—No —dijo Nikos desde el umbral de la puerta.

Sara se giró, sorprendida al verlo en la entrada de la cocina.

—Tenemos un buen chef que cocina para los gustos de mi abuelo. Tendrás mucho tiempo libre. ¿Crees que te aburrirás?

—Lo dudo. Si hay playa, iré a nadar.

—Hay algunas calas cerca del muelle principal que ofrecen una gran variedad de peces de colores, si te apetece bucear.

Stefano seguía guardando las cosas, pero Sara sabía que estaba escuchando ávidamente. Ella sintió cómo se sonrojaba al recordar su última excursión de buceo... y el beso que había seguido.

—Pensaré en ello —respondió, consciente de la presencia de Stefano. ¿Estaba insinuando Nikos que fuera con él?

Nikos no parecía tener prisa por marcharse. Estaba apoyado en el quicio de la puerta, observando cómo ella comprobaba las provisiones y Stefano las colocaba.

—¿Necesitas algo? —preguntó Sara.

—No. Me estaba preguntado qué vas a hacer de cenar. Parece que esta noche va a haber tormenta, así que nos quedaremos aquí a pasar la noche. El muelle de popa no está protegido. No hace falta que cocines si no quieres. Podemos cenar en el resort.

—O llevarnos la comida a nuestros camarotes, como hacemos cuando hay mal tiempo —dijo Stefano.

—Entonces, si no te importa cocinar, evitaremos que la tripulación tenga que salir de aquí con la tormenta—dijo Nikos.

—Pues bandejas individuales —murmuró Sara, pregustándose si Nikos se sentaría solo en el fastuoso comedor o invitaría al capitán a reunirse con él.

Tal vez quieras reunirte conmigo esta noche cuando la cena esté preparada.

Sara se detuvo y miró fijamente a Nikos.

Stefano se detuvo y los miró a ambos, girando la cabeza como si estuviera asistiendo a un partido de tenis.

A Sara se le aceleró el ritmo del corazón y observó a Nikos durante un instante.

—¿Por qué no? Gracias por pedírmelo. Cuando tenga todo preparado, le pediré a Stefano que lleve la bandeja.

Nikos asintió y se dio la vuelta para marcharse. Sara miró al sobrecargo.

—Algo me dice que no suele pedirle al chef al que estoy sustituyendo que cene con él.

—Nunca. Pero claro, Paul no es una mujer hermosa. Sara se rió nerviosamente.

—Yo tampoco, pero gracias. Creo que prepararé cordero con gelatina de menta. La última vez que lo hice le gustó.

—Desde que lo conozco, nunca le he visto ser tiquismiquis con la comida —aseguró Stefano mientras seguía colocando las provisiones.

—¿Hace mucho que lo conoces? —quiso saber Sara.

—He trabajado seis años en el resort. Y llevo casi cinco como sobrecargo del *Cassandra.* Pero no diría que lo conozco.

Y nunca le había pedido que cenara con él, supuso Sara. No sabía si eso provocaría un rechazo hacia ella en los miembros de la tripulación. Tenía que trabajar con esas personas, así que no quería resentimientos.

Nikos se preguntó si estaría cometiendo un error. Estaba cerca de los altos ventanales del comedor esperando la cena. Stefano la llevaría en unos instantes. Y Sara aparecería también. No era propio de él invitar a cenar a un miembro de la tripulación.

El viaje a la isla sería necesariamente corto. Pero no había visto a su abuelo desde hacía varias semanas y quería pasar unos días

más con él y con su esposa. ¿Cuál sería su secreto para haber encontrado una mujer a la que amar y que lo amara?

Nikos creyó que podría hacerse viejo con Ariana. Aquella relación resultó ser falsa, y provocó que desconfiara de las mujeres y sus motivaciones. Había salido con muchas, pero sólo se había planteado casarse con Gina. Hasta que conoció a Sara.

No era la mujer que deseaba por esposa. Le faltaba... ¿qué? ¿La vena cosmopolita a la que estaba acostumbrado? Eso le hacía sentirse como un cínico.

—La cena, señor —dijo Stefano llegando con la bandeja.La mesa llevaba puesta media hora.El sobrecargo empezó a servir.

Sara entró con las mejillas sonrojadas por el calor de la cocina.

Se había cambiado para la cena. Llevaba puesto un sencillo vestido en lugar del uniforme.

Cuando se sentaron, Stefano terminó de servir y se marchó.Nikos le sirvió a Sara un poco de vino. Es una botella de nuestra propia cosecha.

—Delicioso —aseguró ella dando un sorbo—. ¿Has pensando entonces lo de los vinos griegos

—En el resort siempre se han servido vinos locales, pero tal vez aumente la oferta además, he llegado a un acuerdo con el señor Fregulia para los próximos tres años.

Sara quería preguntarle por Gina. Pero no se atrevió. Aunque le parecía extraño que cenara con ella si estaba a punto de pedirle a otra mujer que se casara con él. Aquello parecía una cita. ¿De qué iban a hablar? ¿De buceo? ¿Del resort? ¿O tal vez podría enfocar la conversación hacia la familia, hacia Eleani Konstantinos en particular?

Sara miró hacia la ventana, por las que habían empezado a resbalar gotas de agua. El barco se mecía en el muelle por efecto de los vientos que acompañaban la tormenta. Había oscurecido antes de tiempo.

—Menos mal que no nos hemos puesto en marcha —comentó Sara probando el cordero, que estaba delicioso—. Me pregunto si me hubiera mareado —dijo observando cómo Nikos probaba un pedacito de cordero.

—Delicioso —afirmó él saboreándolo.

—Gracias —respondió Sara relajándose un poco.

Hablaron del barco mientras cenaban. Ella le preguntó con qué frecuencia navegaba, dónde había estado, cuáles eran sus destinos favoritos. Cuando hubieron terminado, Sara se sentía mucho más tranquila. Stefano recogió rápidamente los platos y llevó el bizcocho de frutas que Sara había preparado. También trajo una botella de brandy y dos copitas. Después de servir el café, dio un paso hacia atrás y miró a Nikos.

—Gracias, Stefano. Puedes limpiar lo que queda por la mañana.

El sobrecargo se inclinó ligeramente y se marchó. Sara dobló la servilleta después de tomar el bizcocho y miró a Nikos.

—Gracias por invitarme a cenar contigo. Voy a reposar a mi camarote.

—¿Tan pronto? —preguntó Nikos—. Todavía es temprano.

Sara sintió cómo se le ponían los nervios de punta. Se resistía a acercarse al hombre, y sin embargo, cada minuto que pasaba con él le resultaba más irresistible. Trató de recordar todo lo que su madre le había dicho sobre los hombres griegos poderosos que pasaban por encima de las mujeres y de sus intereses.

Sara no tenía pruebas de eso, pero apenas conocía a aquel hombre.

—Quédate. La noche es joven. Si quieres podemos tomarnos el brandy en el puente. Está a cubierto, pero podremos ver las luces del resort a través de la lluvia.

Sara dejó la copa cuidadosamente sobre la mesa.

—¿Qué esperas de mí? Si no supiera que no es posible, diría que estás flirteando. Estoy confundida. Había llegado a mis oídos que estabas a punto de pedirle matrimonio a Gina Fregulia.

La pregunta pilló a Nikos desprevenido. ¿Qué esperaba?

Sara trabajaba para él, lo que impedía cualquier relación. ¿Estaría luchando contra la idea de unirse a una sola mujer cuando se casara? ¿O le interesaba conocer mejor a aquella mujer en particular?

—Lo único que quiero es pasar una velada agradable. Y tal vez encontrar una compañera de buceo para cuando lleguemos a la isla. No espero nada aparte de eso. Y para que lo sepas, no le he pedido a Gina que se case conmigo.

—Una compañera de buceo —repitió Sara confundida dejando la vista—. Si estás as punto de comprometerte, no deberías pasar

demasiado tiempo con otra mujer. Eso podría dar una impresión equivocada —alzó la vista para mirarlo pensativa, y añadió—, aunque se trate más de un acuerdo de negocios que de una unión por amor.

Nikos se rió suavemente, asombrado ante su audacia.

¿No crees en el amor? —preguntó Sara.

El aspiró con fuerza el aire. No, le gustaba hablar de su familia ni de sus sentimientos, pero Sara quería saber más. ¿Deseaba el contárselo? ¿Dónde empezar y dónde terminar? Debería hablarle también de Ariana?

—No importa —dijo ella—. He cambiado de opinión. Guarda tus secretos, y veamos cómo nos va siendo compañeros de buceo.

Sara se sirvió leche en el café y le dio un sorbo. Su desinterés funcionó como un aguijón.

—No es ningún secreto. No quiero un matrimonio que termine como el de mis padres. Sólo tuvieron un hijo, yo, pero no encajaba en sus planes ni en su estilo de vida. Niñeras, tutores e internados constituyeron mi infancia. Las pocas veces que regresaba a casa en vacaciones en verano y por Navidad, tenía suerte si los encontraba en casa una noche antes de que fueran a otra fiesta o de viaje. Si no hubiera sido por la isla y el tiempo que mis abuelos pasaban conmigo, podría, haberme pasado toda la infancia en un internado.

Sara se lo quedó mirando.

—No es una vida muy familiar para un niño —dijo lentamente —. Muy distinta de la mía Mi madre y yo estábamos solas. Mi padre desapareció poco después de que yo naciera. Ella me dio el mejor hogar del mundo. a pesar de nuestras dificultades económicas. Siempre pensé que si hubiéramos tenido un poco más de dinero. las cosas habrían sido perfectas. Tal vez estuviera equivocada. El tiempo y el amor son mucho más importantes que todo el dinero del mundo —tal y como su madre supo cuando perdió tanto el amor de sus padres como su dinero. Lo que lamentó fue la pérdida de la familia.

—Mis padres estaban demasiado centrados en sí mismos como para ocuparse de un niño. Yo siento algo parecido con el resort. Me exige mucho. Sería un error casarme, tener un hijo y luego ignorarlo por anteponer primero el negocio.

. Sara inclinó ligeramente la cabeza, pensativa.

—No creo que hicieras esos Tú ya lo has vivido, y querrías demasiado a tu hijo como para hacerle pasar por lo que tú has experimentado.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Nikos sacudiendo la cabeza.

Sara se mordió le lengua. La visión de Nikos del matrimonio y la familia le parecía muy triste. Estaba claro que no había experimentado el fuerte lazo del amor. ¿Así era como se funcionaba en Grecia? ¿Casándose por conveniencia o dinero en lugar de por amor? No es que Sara se hubiera enamorado, pero sabía lo que era porque lo había visto en amigos suyos casados. Y confiaba en descubrirlo algún día por sí misma. Quería un lazo emocional, además del legal. Como su madre.Aunque Sara esperaba que su matrimonio, si llegaba a casarse, fuera más feliz.

Le dio el último sorbo a su café. Le gustaba demasiado estar en compañía de Nikos, aunque pensaran de forma tan distinta. Pero había llegado el momento de marcharse. No podía poner en riesgo sus emociones con un hombre que podía pasar perfectamente sin ella. Sara se puso de pie.

—Ahora sí que voy a retirarme —dijo

Nikos se puso de pie y le dio las buenas noches. Sara se dirigió hacia la puerta, sintiendo una punzada de desilusión.

—Sara —dijo él suavemente.

Cuando ella se giró, Nikos tenía los ojos clavados en ella.

Sara se humedeció los labios. El corazón le latía a toda prisa. Sintió cómo el tiempo se paraba. Sabía reconocer el deseo. Eso estaba muy claro. Se moría por otro beso, pero vaciló. Eso sólo serviría para comparar a Nikos con cualquier hombre que la besara después. ¿Y si se volvía adicta a sus besos y no encontraba nunca nadie comparable?

—Sara —repitió él rodeando la mesa y dirigiéndose directamente hacia ella.

Ella se acercó más y alzó la cara con los ojos clavados en los suyos.

Nikos acortó la distancia que los separaba, le sujetó el rostro con las manos y la besó.

Capítulo 6

LOS labios de Nikos resultaron suaves sobre los suyos. Él le deslizó suavemente la lengua por los labios, buscando la entrada a su boca. Sara se dejó hacer, acercándose más, deseando que la estrechara entre sus brazos y siguiera besándola eternamente.

Nikos debió leerle el pensamiento mientras movía las manos para levantarle el cabello. Luego se las pasó por la espalda y la abrazó más fuerte. El beso se hizo más intenso, y Sara sintió que estaba flotando. El deseo se le encendió. Lo besó con pasión, deslizando su lengua con la suya, estrechándola entre sus brazos con tanta fuerza como ella a él. Nikos la besó primero en la mejilla y luego por la mandíbula para seguir hasta el cuello.

Sara permanecía muy quieta, como si tuviera miedo a que el mínimo movimiento terminara con la magia. Cuando le cubrió de nuevo los labios, ella respondió. Resultó glorioso. Podría enamorarse de aquel hombre. Si la besara una vez al día, seguramente estaría encantada de quedarse para siempre en Grecia.

Aquel pensamiento la atravesó con gran claridad. Se apartó un tanto, sintiéndose mareada y confundida. Y culpable. No tenía nada que hacer con Nikos Konstanlinos. Estaba prácticamente comprometido con otra mujer. Y ella estaba tratando de utilizarlo para conseguir acceso a su abuela.

Nikos abrió los ojos y la miró.

—Tengo que volver a mi camarote —dijo Sara en voz baja zafándose de su abrazo.

Él iba a empezar a decir algo, pero Sara alzó la mano

—No, no digas nada. Esto no ha sido sólo un beso. No puedo hacerlo.

Salió a toda prisa del comedor. Cuando llegó a su pequeño camarote, cerró suavemente la puerta y se apoyó contra ella. Dejando escapar el aire, trató de poner sus sentidos bajo control. Sentía cómo le latía la sangre. Seguía respirando más deprisa de lo normal. Cielos, se sentía atraída hacia Nikos como no lo había estado jamás por nadie. Y enamorarse de aquel hombre sin duda le rompería el corazón.

Sara se apartó y se acercó al ojo de buey para observar la lluviosa noche. Estaba demasiado oscuro para ver nada; sólo las luces del muelle iluminaban débilmente el barco. El resort brillaba en la húmeda noche. ¿Se habrían ido el resto de los tripulantes a dormir? Consultó su reloj. Eran más de las diez. Todavía temprano.

«Estás paralizada, Sara», se regañó. No podía negar la atracción que sentía hacia Nikos. Pero no cabía duda de que él no tenía intención de vivir nada serio con ella. ¿Buscaría una aventura antes de sentar la cabeza? La idea le puso enferma. Y no casaba con lo que sabía de Nikos. Era demasiado honorable. Así que... tal vez la encantadora Gina estuviera fuera de la carrera. Pero eso no le daba a Sara ninguna oportunidad. Sabía que Nikos terminaría despreciándola cuando supiera que lo había utilizado. ¿Habría alguna manera de mantener la relación?

Siendo amigos... pero ella quería más.

Se tumbó sobre la cama y revivió el beso. Mágico, no había otra palabra ¿Sabría Nikos que podía derretirla por dentro con una de sus sensuales miradas? ¿Le importaba? Seguramente tendría muchas mujeres cayendo a sus pies.

Para cumplir la promesa que le había hecho a su madre, tenía que concentrarse en su objetivo: entregarle a su abuela su última carta.

Pero deseaba poder entretenerse un poco con Nikos Konstantinos. Eso convertiría su viaje a Grecia en una fantasía hecha realidad.

A la mañana siguiente, Sara se levantó temprano. Había dormido de manera irregular durante la noche, tranquilizada por el sonido de la lluvia, despertándose cada vez que en sueños se arrojaba en brazos de Nikos. Se alegraba de que el cielo matinal estuviera gris. El trabajo ayudaría.

Volvió a preparar tortilla de desayuno, acompañada de fruta fresca y un delicioso café. Mordisqueó algo mientras trabajaba.

Con tan poca tripulación y sólo Nikos, el trabajo resultaba fácil. ¿Tendría que preparar más comidas aparte del desayuno? Eso dependería del clima. Se tardaba menos de medio día en llegar a la isla. Una vez allí, un chef se encargaría. Tal vez pudiera ofrecerle su ayuda.

—Le subiré la bandeja al capitán. Dice que zarpamos esta

mañana —dijo Stefano.

—Sigue lloviendo —dijo Sara echando otro vistazo por la ventana.

—Pero no hay tanto viento, que es la parte mala de la tormenta. La lluvia no puede hacerle daño al barco.

Sara asintió.

—Toma, llévatelas. Ésta es para Nikos y la otra para el capitán —dijo señalando a las bandejas.

Después de desayunar, Sara salió a la cubierta de popa, manteniéndose debajo del pequeño techado para no mojarse. El aire estaba húmedo, la lluvia cálida cuando extendió la mano. Se quedó un rato disfrutando del cambio de tiempo y luego regresó a la cocina. Stefano estaba limpiando los cacharros. Alzó la vista.

—El capitán ha preguntado si te gustaría subir al puente a ver cómo zarpa el barco del puerto.

—Me encantaría.

—Llévate café. Allí hace fresco, y el capitán ha comentado que le ha gustado mucho el café de hoy —añadió.

Quince minutos más tarde, Sara entraba en el puente con dos tazas de café y una cafetera. Se detuvo al ver a Nikos sentado a la mesa de cartas, revisando las cartas náuticas con el capitán. Sintió una oleada de calor.

Él la miró con naturalidad y asintió.

—Bien, has traído más café.

—Entra —dijo el capitán y sonrió—. Zarparemos en unos minutos. Pensé que te gustaría verlo.

—Gracias. Es café recién hecho —respondió Sara acercándose y colocando las dos tazas en la mesa. Sirvió el café con cuidado para no derramar ni una sola gota. Pero necesitó de toda su concentración. Su instinto la llevaba a mirar a Nikos.

Sara le pasó una taza a Nikos y otra al capitán.

—No has traído una para ti —comentó Nikos dando un sorbo y mirándola por encima del borde de la taza.

—No sabía que tú estabas aquí, sino habría traído otra.

Nikos le ofreció la suya.

Sara dejó escapar un suspiro, vaciló y luego la agarró. El café estaba caliente y olía muy bien. Dio un par sorbos y luego volvió a devolverle la taza, sintiendo instante de intimidad con aquel gesto.

Sara tomó entonces una decisión. Podía actuar como idiota y evitar a Nikos todo lo que pudiera o aproharse de que la habían invitado a estar en el puente para aprender todo lo que pudiera.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la mesa de cartas. —¿Qué estáis mirando? —preguntó asomándose a la página amarilla con líneas azules.

—Una carta del mar entre este punto y la isla. Buscamos aguas profundas que minimicen el efecto de las olas. Queremos tener una travesía tranquila —dijo Nikos moviéndose un poco para que ella pudiera ver mejor. Le pasó el brazo por el hombro y señaló una serie de círculos irregulares—. Esto muestra la topografía del fondo marino. Esto son los indicadores de profundidad. Como el tiempo está un poco revuelto, estamos buscando una ruta alternativa a la habitual. Llegaremos a la hora de comer a la isla.

—¿Tus abuelos van a estar allí? —preguntó Sara. No podría soportar estar tan cerca y enterarse de que su ela estaba en otro sitio.

—Por supuesto. Voy a la isla a verlos a ellos.

Sara asintió y miró por la ventana. Le gustó la imagen de los marineros soltando amarras. Le resultaba increíble que el capitán pudiera maniobrar un barco tan grande sin hacerle ni un rasguño. La lluvia no había amainado. Los grandes limpiaparabrisas de las ventanas delanteras mantenían limpio el cristal. Sara sonrió al escuchar el ruido del motor poniéndose en marcha.

Se giró y se encontró con la mirada de Nikos. Estaba al fondo del puente, apoyado contra el cristal y mirándola.

—¿Voy a conocer a tus abuelos? —preguntó Sara. Más le valía saberlo desde el principio.

—¿Quieres? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros, tratando de aparentar naturalidad.

—Mi abuelo conoce a toda la tripulación, excepto a ti —continuó Nikos—. Querrá conocerte. Mientras tanto puedes nadar en el mar y disfrutar de la isla. Tenemos unos jardines maravillosos, y te llevaré a una de las calas a bucear. Hay esponjas y unos peces maravillosos.

—Suena más a vacaciones que a trabajo —aseguró Sara. Todavía no le había respondido. Al parecer, tendría que encontrar ella la manera de conocer a Eleani Konstantinos.

Una vez que el barco estuvo en marcha, Sara se aburrió de ver llover por la ventana. Recogió las tazas y la cafetera y le dio las gracias al capitán.

Nikos le abrió la puerta y la siguió por el estrecho pasillo.

—Voy a llevar esto a la cocina y ver qué preparo para comer —comentó Sara.

Llegaremos a la isla a la hora de comer —aseguró él—. Y la tripulación come con el personal de la isla. Has terminado tu trabajo por hoy. Deja las tazas y ven al muelle de popa. Podemos sentarnos al abrigo del viento.

—No estoy segura de que sea buena idea —dijo Sara muy despacio. Su primer impulso fue decir que sí. Pero tras el explosivo beso de la noche anterior, lo último que debería hacer era ponerse en el camino de la tentación.

Nikos la detuvo y la obligó a darse la vuelta. —Ven un rato —le pidió con dulzura mirándola con ojos cálidos. A Sara le dio un vuelco al corazón. Aquello no era una buena idea.

—De acuerdo.

Fue primero a la cocina y luego pasó por su camalote para buscar un jersey. Formaba parte del uniforme y tenía el logo del resort bordado sobre el corazón. Sara se miró al espejo.

—No te olvides de que esto no es más que un medio para conseguir un fin.

Tuvo la sensación de que se estaba engañando a sí misma. La atracción que sentía por Nikos era algo que n0 podía controlar. Tal vez su táctica estuviera equivocada. Tal vez debería estar con él lo más posible para conocer los defectos que sin duda tendría, y qué así disminuyera la atracción.

Nikos ya estaba en la cubierta de popa cuando ella llegó. La repisa había mantenido una parte de la cubierta seca. El viento era más frío de lo que Sara había esperado.

Cerró la puerta y se acercó al lado de Nikos. Él había colocado dos sillas y las había secado con una toalla que estaba ahora en el suelo.

Sara se sentó y lo miró.

—Bueno, ¿y de qué vamos a hablar?

Nikos gruñó suavemente.

—Si tenemos que hablar sobre lo que vamos a hablar, entonces

no tenemos nada que decirnos.

—¿Ah, no?

—¿Te refieres a lo de anoche?

Por supuesto. —¿Te refieres a besar a una mujer hermosa tras haber pasado una agradable velada con ella?

—Buen párrafo. Creo que lo he oído antes. Nikos se encogió de hombros.

—Así que voy a tener que pulir mi técnica.

—No creo que necesites cambiar nada. Está claro que tu estilo de vida es muy diferente del mío.

Nikos reclinó la silla hacia atrás.

—¿Y si yo no nos veo tan distintos?

—Créeme, entre nosotros hay un abismo. Tú eres rico, yo no. Es evidente que a ti te descuidaron cuando eras niño, a mí no.

—Hay gente que no sirve para el matrimonio. Mis padres no son la única razón.

—¿Qué más hay? ¿Te has quemado en el amor?

Podría decirse así. Aunque ahora me pregunto si realmente amaba a Ariana. Era una unión provechosa.

—¿De qué estás hablando?

—De mi compromiso. Seguro que has oído el cuento.

Sara sacudió la cabeza.

Creí que no te le habías declarado a Gina Fregulia. Así que hubo otro compromiso que terminó. ¿Se te rompió el corazón? —le preguntó con simpatía.

Nikos soltó una carcajada amarga.

—Yo no diría eso. Más bien estaba furioso. Ariana era muy hermosa, complaciente, y aseguraba que me amaba —Nikos apartó la vista—. Diablos, no quiero hablar de ello. Baste con decir que mi cariñosa prometida se dio cuenta de que no era suficiente con nuestra relación, así que se buscó aventuras con todos los hombres que pudo.

Uf, qué chabacano —dijo Sara.

Nikos la miró sorprendido.

¿Chabacano? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

Bueno, has dicho que no te rompió el corazón. Y seguro que sería duro poner fin al compromiso si los demás conocían la razón. Pero su comportamiento fue sin duda chabacano. Estás mejor sin

ella. Nikos asintió. —También estoy mejor libre de futuras uniones… a menos que las normas estén claramente definidas. Mientras tanto, estoy contento con mi vida.

Sara pensó en lo que acababa de decir. Sentía la tensión en sus palabras. Tal vez la traición le había golpeado con más fuerza de lo que quería admitir. Y por un instante su corazón se suavizó. Nadie debería estar enamorado y que le arrojaran ese amor a la cara con semejante traición. Sara comenzó a relajarse. Escuchar que Nikos tenía problemas con la vida como cualquiera lo hacía más normal y accesible. ¿Se atrevería a pasar el día con él? No tendrían por qué estar solos, excepto cuando fueran a bucear. Nikos nunca había hecho nada fuera de tono, y ella se marcharía muy pronto. La mejor solución sería al final poner distancia entre ellos. A pesar de lo mucho que le estaba gustando Grecia, Londres era su hogar. Allí estaban sus amigos y sus recuerdos. Su madre estaba enterrada allí. Le quedaban unos cuantos días. No se atrevía a reconocer que estar con él le revolvía las emociones. Que besarlo era la sensación más gloriosa que había experimentado jamás. Que deseaba más aunque la realidad continuara dándole la espalda. No tenían futuro. Debería aprenderse esa frase como una letanía.

Sara no se atrevía a poner en palabras lo que temía que pudiera ocurrir… que se enamorara locamente de él y regresara a casa con el corazón destrozado. Tal vez a Nikos le gustara besarla, pero tenía las barreras bien puestas. Ella no era una vampiresa por la que los hombres cayeran rendidos. Y Nikos ya había sellado su destino: un matrimonio con Gina, un contrato de negocios. Sara se estremeció. Sonaba muy frío y estéril. Ella quería amor, calor, pasión y una lealtad que durara toda la vida.

Se tomaría el tiempo en la isla como un regalo. Algún día podría mirar hacia atrás y contemplar su gran aventura en Grecia. ¿Es que todas las mujeres griegas estaban destinadas a sufrir por amor? A su madre la habían traicionado y sin embargo amó al hombre por el que renunció a su familia. Nunca encontró otro amor cuando él se marchó. Y el orgullo le había impedido volver a casa y admitir que había cometido un error. Sara esperaba no seguir sus pasos. El orgullo estaba bien, pero no debía ir en detrimento del amor y de la familia.

Nikos clavó la vista en el cielo.

—Creo que esta tormenta va a durar todo el día. No es la mejor manera de ver la isla cuando lleguemos. Está muy bonita con todas las flores del jardín. He aplicado los consejos de la abuela Eleani para los jardines del resort —aseguró——. A ella le encantan las flores. Pero no es mi abuela auténtica. La de verdad murió cuando yo tenía once años y mi abuelo se volvió a casar con una viuda, Eleani. Es una persona maravillosa, cálida y amable, y adora a mi abuelo.

Sara estaba sedienta de información respecto a su abuela, pero ¿no le resultaría extraño a Nikos que le hiciera muchas preguntas? Tenía miedo también de llegar

a saber muchas cosas de él. ¿No llevaría eso a unas expectativas que no podía cumplir? Cuando Nikos supiese que lo había utilizado como medio de llegar a la isla se pondría furioso.

—Cuéntame por qué parece que sabes manejar este barco tan bien como el capitán —dijo Sara cambiando deliberadamente de tema.

—Me encanta el mar desde niño.

Nikos empezó a hablarle de todos los puertos que había visitado. Cómo había chocado alguna vez al intentar atracar el barco cuando aún era inexperto. Sara se rió en más de una ocasión, tal y como él quería. Nikos contaba muy bien las historias, y ella escuchaba con avidez cada palabra, solazándose en el tono de su voz y *en* los escalofríos que sentía cada vez que lo tenía cerca.Cuando hubo terminado,Nikos le preguntó cuál había sido su verano favorito. Sara le contó la excursión que su madre y ella había hecho por Escocia, y cómo habían disfrutado a pesar de la lluvia y el mal tiempo.

—¿Y cuándo decidiste hacerte chef? —le preguntó.

—Me gusta cocinar. Aprendí a preparar sencillos platos griegos con mi madre cuando era pequeña, y todo siguió su curso natural.

—¿Y te va bien?

—Hay cierto perjuicio contra las mujeres chef, sobre todo los restaurantes más elitistas de Londres, que es donde podría intentar platos nuevos y exóticos. Pero todavía soy joven, y seguiré intentándolo. El hecho de haber trabajado en tu resort es un impulso para mi carrera. Tal vez tenga más suerte cuando vuelva a Londres.

—¿Y tienes que volver?

—Ahí está mi hogar —se estaban acercando a su secreto.

—Pero no hay prisa —insistió Nikos.

Sara se encogió de hombros. Sabía que se quedaría sin trabajo cuando Nikos descubriera por qué había trabajado en su resort. Sin embargo, la idea de que lo acompañara a la isla familiar había sido suya.

Sara deseaba olvidarse de ver a su abuela. La idea la conmocionó. Desde que su madre cayó enferma, Sara había querido llegar hasta Eleani. De eso hacía más de dos años. ¿Cómo podía siquiera considerar la idea de llegar hasta allí y no contactar con ella?

Y sin embargo, estar con Nikos había hecho que se mostrara más interesada en aquel hombre tan interesante que en buscar a una mujer desconocida que había permitido que su única hija se marchara y con quien no había vuelto a retornar el contacto. ¿De qué iba a servir ya nada a aquellas alturas? Su madre estaba muerta. ¿Por qué debería intentar nada?

Porque lo había prometido.

Le había hecho una promesa a su madre, y Sara mantendría su palabra.

¿No importaba que resultara herida?, preguntó una vocecita interior. ¿Ni que su madre no fuera a enterarse nunca del resultado?

Una promesa era una promesa. Tenía que mantener la que le había hecho a su madre moribunda.

Nikos miró a una gaviota que planeaba por el aire.

—Nos estamos acercando —dijo.

Sara miró a su alrededor.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Los pájaros viven en tierra. Éste es de nuestra isla o de Patricia, la isla más cercana. Allí puedes ir de compras —Nikos consultó su reloj—. Además, ya llevamos bastante tiempo navegando.

Así que su tiempo juntos tocaba a su fin. Tal vez fuera mejor así.

—A pesar de lo que cuentas de tu familia, estás contento de volver a casa, ¿verdad? —preguntó Sara.

ÉL asintió.

—La isla es especial. El mejor lugar para nuestra familia...

cuando nos reunimos. En esta visita no veré a mis padres, pero mi abuelo ocupa un lugar especial en mi corazón. Le debo más de lo que la mayoría de los niños les deben a sus abuelos.

—Los lazos familiares son los más difíciles de romper. Son fuertes sean cuales sean las circunstancias —aseguró Sara.

—Es cierto. Haría cualquier cosa por él. Lo que me pidiera.

Sara apartó la vista. Nikos había verbalizado sus propias convicciones. Al menos eso tenían en común.

—¿Me he perdido algo? —preguntó él.

—¿Cómo?

La conversación se ha vuelto de pronto muy seria.

Me estaba preguntando sobre el compromiso y los lazos familiares. A veces ocurren cosas. Se hacen promesas. Recuérdalo.

—Creo que eso podré recordarlo... ocurren cosas, se hacen promesas.

Ella se rió, tratando de disimular su disgusto y concentrándose en el momento. Le había parecido entender el apego de Nikos a su isla familiar. A Sara le entró un súbito deseo de verla, a ser posible a través de sus ojos.

Poco tiempo después, Nikos se levantó y miró por la barandilla en dirección hacia la proa.

—Ahí está —la emoción de su tono de voz provocó que Sara se levantara de un salto para colocarse a su lado. Nikos la colocó delante de él, sujetándola con firmeza para contrarrestar el movimiento del barco. Sara miró de frente. La lluvia le azotaba el rostro, pero podía ver la silueta de una isla delante.

Se reclinó contra el pecho de Nikos. Sintió el refugio de sus brazos mientras él la sujetaba a la barandilla del barco. Podría quedarse allí para siempre.

—Ahora no parece gran cosa, pero tienes que verla bajo el sol —le dijo al oído—. Cuando nos acerquemos más, verás la casa, que está situada en el punto más alto, con los jardines rodeándola como una falda de colores. La playa está limpísima, y la cala de la que te he hablado se encuentra situada a sotavento.

—Es más grande de lo que pensé —dijo Sara cuando pareció que la isla iba aumentando de tamaño a medida que se acercaban.

—Ocupa unas cuantas millas cuadradas. Hay un pequeño recinto detrás de la casa donde viven los sirvientes. También hay una casa

de invitados, que es la que utilizan mis padres cuando vienen.

Más importante todavía que encontrar a su abuela, para Sara era averiguar lo que Nikos llamaba hogar. Conocer qué clase de sitio amaba.

Un marinero estaba en el muelle esperando para amarrar el *Cassandra.* Aparte de él, no había nadie más a la vista. Sara y Nikos habían regresado al puente para ver las maniobras de atraque. Ahora el capitán apagó el motor y cerró la carpeta con las cartas de navegación.

—Ya hemos llegado. ¿Cuándo zarpamos de regreso? —le preguntó a Nikos.

—Nos quedaremos unos cuantos días. Me pondré en contacto contigo para preparar el viaje de regreso. Será sin duda después del fin de semana.

Teniendo en cuenta que estaban a martes, cabía esperar que pasaran al menos cinco días en la isla, pensó Sara. Confiaba en que el tiempo mejorara para poder ir a bucear. Y ver las flores del jardín. El corazón le latía con fuerza... y encontrar a su abuela. Pero ahora que había llegado hasta allí, estaba tratando de no pensar en ese paso.

—Todos comeréis en la casa principal, como siempre —continuó mirando a Sara—, será un respiro en vuestras obligaciones. Si quieres visitar la cocina de la casa puedes hacerlo, pero Dimitri y sus ayudantes prepararán el menú de la familia.

Sara asintió. Iban a quedarse a bordo durante la visita. Sara se alegró de haberse llevado en el viaje un par de libros de misterio.

Un hombre mayor se acercó al muelle. Se protegía de la lluvia con un paraguas. En la otra llevaba un paraguas cerrado.

Estoy viendo a tu abuelo —dijo el capitán.

—Será mejor que vaya —respondió Nikos saliendo del puente tras mirar a Sara.

Ella se acercó a la ventana más cercana para ver al segundo marido de su abuela. Era tan alto como Nikos, pensó. Tal vez Nikos se pareciera a él cuando fuera mayor.

Sintió una oleada de tristeza. No lo vería hacerse mayor. Sus caminos se habrían separado mucho antes de que se hicieran viejos. Sara le deseaba una vida feliz. Tal vez Gina o alguien como ella lograra cambiar su pesimista visión de la familia y lo amaría para

siempre.
Ella confiaba en encontrar un hombre así, que le hiciera olvidar el pasado y la llevara hacia un futuro de amor y felicidad. Suspiró suavemente y vio cómo Nikos se abrazaba al hombre que lo esperaba en el muelle. Agarró el paraguas que su abuelo le ofrecía y en un instante ambos desaparecieron en dirección a la casa.

Capítulo 7

SARA no vio a Nikos en todo lo que quedaba de martes. Ella se llevó uno de sus libros al muelle de popa, sacó una de las tumbonas, la puso a secar al aire y leyó. Cuando se levantó el viento, sintió frío y bajó. Podría haberse reunido con los hombres en el salón, que estaba a su disposición mientras se encontraran en la isla. Pero no le apetecía jugar a las cartas, ni tampoco podía concentrarse en el libro.

No hacía más que preguntarse cuándo regresaría Nikos. Se quedó dormida en el camarote con el libro sobre el pecho. Un poco más tarde se despertó al oír que llamaban a la puerta. Sara se levantó de un salto y trató de parecer bien despierta. Al abrirla, se encontró con Stefano.

—Vamos a ir a cenar a la casa. ¿Quieres venir con nosotros?

—Sí. Deja que me peine y ya.

—Te esperamos en la pasarela —dijo él marchándose. La lluvia se había detenido, pero los árboles y los arbustos que había entre el muelle y la casa goteaban. El último sol de la tarde brillaba bajo las nubes, provocando que las gotas de agua brillaran como joyas.

—Mañana va a hacer bueno —dijo el capitán mientras caminaban—. Puedes ir a nadar si quieres.

—Me gustaría. El camarote es muy pequeño para pasarse todo el día ahí metida —aseguró.

La cena resultó muy alegre, los tripulantes del barco saludaron al personal de la casa como a viejos amigos. Sara era la única nueva, pero enseguida le presentaron a todo el mundo.

Cuando el capitán alabó su trabajo delante del chef, éste la miró con curiosidad.

—Tal vez podrías trabajar un poco conmigo mientras estés aquí.

—Me encantaría —aseguró ella. Así tendría algo que hacer durante aquellos días, que ahora parecían eternos. Si estuviera con Nikos sería distinto... pero no tenía tiempo para ella. Sara nunca había sido tan consciente de su situación como en aquellos momentos. Él estaba arriba con la persona que Sara había ido a buscar a Grecia. Estaba muy cerca, pero no había una manera clara

de llegar hasta Eleani

Cuando la cena hubo terminado, Sara regresó al yate. Se quedó mirando un instante la casa. No escuchó ningún ruido, pero imaginó que habría charla y risas. Por primera vez se sintió una intrusa. Eleani era su abuela, igual que Spiros era el abuelo de Nikos. Tenía tanto derecho a estar allí como él. Sin embargo, nadie lo sabía, y Sara dudaba mucho de que la recibieran bien cuando los hechos se revelaran.

Sara se levantó pronto a la mañana siguiente y se planteó si ir a nadar. Tal vez debería hacerlo en el muelle. Ir a la playa podría ser arriesgado. Se puso el bañador, pantalones cortos y una camiseta y subió.

—Confiaba en que te levantarías pronto —dijo Nikos cuando ella salió al muelle de popa.

Estaba sentado en una silla cerca de la barandilla,relajado y con el bañador y una camiseta puestos—. ¿Quieres darte un baño antes de desayunar? Podríamos ir a una cala que hay en la zona de la isla más resguardada del viento.

—Suena maravilloso.

Nikos señaló un pequeño fuera borda que estaba atado al muelle.

—Le pedí a uno de mis hombres que lo sacara. Es perfecto para rodear la isla.

Sara estuvo enseguida subida al bote, observando cómo Nikos lo maniobraba con pericia alrededor del yate antes de comenzar a rodear la isla. El sol estaba justo por encima del horizonte, no brillaba todavía con la fuerza con que lo haría después.

Cuando llegaron a la pequeña cala, Sana miró a su alrededor con interés. El follaje crecía hasta la linea del agua, había muchas flores. La pequeña playa de arena, que ocupaba el centro de la cala, estaba impoluta. El agua era de cristal transparente.

Nikos echó el anda y sacó el equipo de esnórquel de un compartimento. Sara se quitó la camiseta y los pantalones y aceptó las gafas y el tubo de respiración que le ofrecía. Luego se puso las aletas Y· se metió en el mar. El agua estaba bastante fresca, pero no tanto como en las playas inglesas.

Nadaron durante más de una hora. Nikos iba delante, señalando las cosas. Cuando se quedaron muy quietos, los peces los rodeaban.

Cuando salieron a la superficie, Sara se colocó las gafas encima de la cabeza y se sacudió el agua. Nikos apareció a su lado.

—Es un sitio maravilloso —aseguró ella.

Es mi rincón favorito de la isla.

—¿Es hora de que regrese para preparar los desayunos?

Nikos consultó su reloj a prueba de agua.

—El personal de la cocina lo tendrá ya dispuesto. Le dije al capitán que no ibas a cocinar esta mañana y que podían desayunar en el bufé de la casa.

Sara asintió, de pronto era consciente de que Nikos y ella estaban en una situación muy parecida a cuando se habían besado en el mar. Sintió un escalofrío. ¿Volvería a besarla?

Como no quería tentar al destino, Sara se dio la vuelta y comenzó a nadar hacia el barco. Nikos pasó por delante de ella y subió primero. Luego la ayudó a salir del agua.

Sara se tambaleó un poco en el bote y fué a caer contra Nikos.Tenía la piel fresca por el agua. Ella sintió el calor que nacía entre ellos, la energía. Nikos la estrechó contra sí, y no pudo resistirse. Cuando su boca cubrió la suya, Sara le rodeó el cuello con los brazos. Era débilmente consciente de que estaba siendo temeraria. pero eso no le impidió seguir. Era poco probable que Nikos se lo tomara a bien el día que le revelara quién era y cómo había buscado un puesto en su resort con la esperanza de conseguir acceso a la isla. Pero hasta entonces, Sara deseaba que cada momento fuera tan especial como aquél.

Nikos dejó de besarla unos instantes después, apoyando la frente contra la suya y mirándola a los ojos dijo:

—¿Tienes hambre?

«De ti», fue el pensamiento que se le vino a la cabeza. Pero sabía que se refería a la comida.

—Sí, un poco.

—Es hora de darse una ducha rápida antes de desayunar —dijo él guardando los equipos y levando el ancla. Una vez en camino, Sara miró a Nikos, que manejaba el bote

con seguridad. No sabía qué pensar. Cuanto más tiempo pasaba con él, menos entendía. El cotilleo del barco era que estaba a punto de anunciar su compromiso.Pero no actuaba como un hombre a punto de comprometerse. Él decía que no lo estaba, pero tampoco

que lo fuera a estar.

—¿Y qué tal están tus abuelos? —preguntó Sara unos minutos más tarde.

—Estupendamente. Hoy voy a ir con mi abuelo a ver el barco que se va a comprar. Para tranquilizar a mi padre.

—¿Y por qué no va tu padre a verlo? —preguntó Sara con curiosidad.

—El negocio va antes que la familia —respondió Nikos con mofa —. Y por cierto, el mío lo tengo muy descuidado. Voy a tener que trabajar en el despacho de la casa cuando regrese de ver el barco.

Sara pensó que Nikos trabajaba muy duro, pero no creyó conveniente hacer aquella observación. Se preguntó si se atrevería a dar una vuelta por el jardín mientras él estaba ocupado. ¿Y si se encontraba con su abuela?

Sara se duchó rápido, se secó el pelo con una toalla y se lo recogió hacia atrás. Antes de dejar el camarote, sacó la carta del bolso y la dobló para guardarla en uno de los bolsillos de los pantalones cortos. Por si acaso.

El desayuno se servía en una terraza que daba al mar. Dos miembros de la tripulación hablaban mientras bebían café. Sus platos vacíos delataban que ya habían desayunado.

El bufé era espectacular. Los platos brillaban al sol.

Había huevos, beicon, salchichas, pan y fruta fresca dispuestos para todos. Sara se llenó el plato hasta arriba. Nadar le había despertado el apetito.

—Disfruta de la oferta del chef. Se enfada con los invitados que se llenan el plato y luego sólo mordisquean la comida —dijo Nikos colocándose detrás de ella y sirviéndose a su vez.

Sara alzó la vista, sorprendida. Miró a su alrededor y sólo vio a miembros de la tripulación y miembros del personal de la casa. ¿Comería Nikos con ellos?

—Lo entiendo perfectamente. No te preocupes, la comida tiene un aspecto delicioso. Tus abuelos tienen suerte. Un chef así tiene muchas ofertas de trabajo.

——¿Y tú? —le preguntó Nikos mientras se movían por la mesa del bufé.

—Yo, ahí voy. Algún día me gustaría ser mi propio jefe y escoger dónde quiero trabajar.

—¿Y eso dónde sería? —quiso saber Nikos señalando una mesa vacía en un extremo de la terraza.

—Antes creía que en Londres. Ahora pienso que tal vez en las islas griegas —dijo con una sonrisa.

Nikos observó a Sara mientras empezaban a comer. Le había sorprendido el comentario sobre instalarse en las islas Griegas, y le había llevado a levantar al instante una barrera. Ella no había tratado nunca de coaccionarle para conseguir nada, ni siquiera una recomendación de trabajo. Tampoco había flirteado con él. Era completamente distinta de las demás mujeres que conocía. Y sin embargo, en cuanto hizo aquel comentario, Nikos sintió como si el equilibrio que había entre ellos se hubiera venido abajo. Sara trabajaba para él. Nikos sólo estaba disfrutando de la posibilidad de nadar y bucear con alguien de intereses similares.

Si ella pensaba que eso significaba algo, estaba muy equivocada.

Y sin embargo, la idea de que Sara se marchara lo llenaba también de inquietud. Era muy refrescante tenerla alrededor. Estaba contenta de sus logros y de su vida. No trataba de fingir que era otra persona.

Sus abuelos se habían sorprendido mucho la noche anterior cuando les mencionó que una joven miembro su tripulación estaba interesada en el buceo, y que os tenía pensado pasar algún tiempo disfrutando de esa actividad.

No dijeron nada, pero Eleani sonrió y le sugirió que la llevara a la casa para conocerla. Su abuelo estuvo de acuerdo, diciendo que quería conocer al miembro más reciente de la tripulación del *Cassandra.*

Una cosa era pasarlo bien buceando con Sara y otra e se pudiera pensar que buscaba algo más. Había dejado muy claro que no estaba en el mercado del matrimonio. Siempre y cuando Sara conociera las reglas, no había razón para que esperara más de él de la que podía darle. Ésa no era la razón por la que la había llevado a la isla. No quería pensar mucho en por qué lo había hecho. Sólo sabía que, cuanto más la conocía, más le intrigaba.

Nikos se puso de pie cuando ella se levantó y observó cómo salía de la terraza y se dirigía al barco. Por primera vez en su vida, Nikos lamentó tener un sentido del deber tan fuerte. Lo que le apetecía era ir detrás de Sara, preparar un picnic y regresar a la cala. Los dos

solos.

Pero el deber lo llamaba.

Nikos se terminó el café y se dirigió a su despacho, llamó a su, asistente y se centró en el trabajo. Cuando suabuelo estuviera listo, irían a ver el barco que estaba interesado en comprar.

Sara miró el reloj. Le habían dicho que la comida se servía a la una, y confiaba en que Nikos hiciera un descanso para comer al mismo tiempo que ella.

Tomó asiento en uno de los taburetes altos y, apoyada en la encimera de la cocina, miró por el ojo de buey y empezó a pensar en el regreso a casa. Cuando volviera a Londres, intentaría encontrar un trabajo que le sirviera para promocionarse laboralmente. Tendría los recuerdos de su aventura en el mar Egeo para sobrevivir. sobre todo los de un millonario griego que la había besado en las cálidas aguas del mar.

Stefano entró en la cocina.

—Vamos a ir a almorzar a la casa.

Sara sonrió y se bajó del taburete.

—Estoy más que dispuesta. Me cuesta trabajo creerlo después del desayuno que he tomado, pero tengo hambre de nuevo. Y quiero ver lo que ha preparado Dimitri esta vez.

—¿Un chef robándole las ideas a otro? —bromeó Stefano.

—Sólo si me da permiso. Estoy aprendiendo mucho de comida griega.

A medida que Sara se acercaba a la casa, su emoción iba en aumento. ¿Volvería a comer Nikos con ella? La terraza inferior estaba otra vez dispuesta con dos grandes mesas y otra de bufé. Las parras proporcionaban sombra ante el sol de mediodía. En la terraza de arriba había dispuesta una mesa pequeña. Un hombre de cabello plateado estaba sentado viendo al grupo mientras Sara y los demás se acercaban a la terraza inferior. El capitán lo saludó con la mano y el hombre asintió con la cabeza.

Sara sabía que se trataba de Spiros Konstantinos, el abuelo de Nikos. Lamentó que no estuvieran más cerca para poder observarlo mejor. Ella tomó asiento al lado de Stefano, y el capitán ocupó la cabecera de la mesa. Un mayordomo de cabello plateado se sentó en la cabecera de la mesa del personal de la casa. Sara aspiró los deliciosos aromas del bufé y miró a su alrededor. Nadie se estaba

sirviendo todavía.

—Estamos esperando al señor Konstantinos —dijo Stefano inclinándose hacia delante—. Cuando se haya servido la familia, podremos hacerlo nosotros.

Nikos salió entonces a la terraza acompañando a una dama mayor. Sara sintió que se quedaba sin respiración al saber que estaba viendo a su abuela por primera vez. La mujer era tan alta como Sara, delgada, y caminaba con paso regio. Tenía el cabello oscuro con algunos mechones plateados. Sonreía y saludó a la tripulación y al personal antes de acercarse a su marido. Nikos le retiró la silla para que se sentara, y él se colocó a la derede su abuelo.

Nikos miró a su alrededor y vio a Sara. Ella sintió la conexión casi como si fuera algo físico. Un segundo tarde, Nikos se giró ligeramente hacia su abuela responder una pregunta que al parecer le había hecho.

Los Konstantinos fueron servidos enseguida y el personal fue entonces libre de disfrutar del maravilloso bufé que había creado el chef. A Sara le encantaba la ensalada de espinacas, queso feta y nueces, y también el cordero a la parrilla, el pollo... se sirvió un poco de todo. Tenía que preguntarle al chef si compartiría con ella algunas de sus recetas. La comida estaba deliciosa. Sara comió en silencio mientras escuchaba la conversación que tenía lugar a su alrededor. Sabía que la mayoría del personal llevaba muchos años trabajando juntos. Ella era el miembro más reciente.

Sara bebió un sorbo del té dulce que sabía a flores de la pasión. Echaba de menos estar en la cubierta de popa del barco sintiendo el suave balanceo del mar. Aunque aquello tampoco estaba nada mal.

Nikos se acercó a su mesa cuando hubo terminado de almorzar.

Varias personas alzaron la vista en gesto de asombro. Stefano se puso de pie de un salto.

—¿Necesita algo, señor? —le preguntó.

—No. Termínate el café. Mi abuelo desea conocer al nuevo miembro de la tripulación —aseguró.

Sara asintió y se puso lentamente de pie. Se sentía muy extraña desde el momento en que había visto a su abuela por primera vez. Ahora Nikos la estaba invitando a conocerla... increíble. ¿Debería aprovechar aquella oportunidad y entregarle la carta a Eleani, o

esperar y confiar en tener un momento más íntimo? De pronto sintió como si el sobre le pesara en el bolsillo.

—¿Está bien que los conozca en la mesa y no en el despacho? ¿Resulta eso apropiado? —preguntó Sara con suavidad.

Nikos se rió.

—Es absolutamente apropiado. Hablaremos de buceo y de barcos, y tal vez puedas darle a mi abuelo tu opinión sobre el resort. Mi padre y él creen que es una pérdida de tiempo cuando podría estar trabajando en la naviera.

—A ti te encanta el resort —dijo ella sin pensar.

—Así es. Pero mi padre y mi abuelo están convencidos de que algún día lo dejaré y mi prioridad serán los barcos.

—Me resulta difícil imaginar que eso ocurra —¿cómo podían estar hablando de temas tan mundanos cuando estaba a punto de conocer a su abuela?

Cuando se iban acercando a la mesa de la terraza superior, Sara sólo tuvo ojos para la mujer que estaba allí sentada. Al aproximarse más buscó alguna resemblanza con su madre, pero no encontró ninguna. Tal vez en la forma en que mantenía erguida la cabeza. ¿Y los ojos? Tendría que haber sido su madre la que avanzara por la terraza. ¿Cómo era posible que aquella mujer de aspecto tan agradable hubiera sido tan dura de corazón como para rechazar a su única hija?

—Abuelo, ésta es Sara, la chef temporal del *Cassandra.* Sara, Spiros Konstantinos, mi abuelo, y Eleani, mi abuela.

—¿Cómo están? —preguntó Sara acordándose de sonreírle a la anciana. Sentía los músculos tensos. Ahora que estaba frente a ella, lo que deseaba era salir corriendo.

—Siéntate con nosotros. Es estupendo que Nikos haya encontrado a alguien con quien bucear. Es muy peligroso hacerlo solo. Me temo que mis días de buceo han quedado atrás, aunque me gusta mojarme los pies en la arena —aseguró Eleani sonriendo.

Nikos retiró una silla para Sara, que se alegró de poder sentarse. Le temblaban demasiado las rodillas.

—¿A quién no le gusta nadar en el mar? —preguntó Spiros Konstantinos—. ¿De dónde vienes, Sara?

He estado trabajando en el resort de Tesalónica.Cuando el chef del *Cassandra* enfermó, me llamaron para ocupar su puesto.

Spiros miró a Nikos.

—Qué interesante. ¿Y cómo supiste que a ella le gustaba bucear? ¿Le pediste al chef jefe que lo comprobara?

Nikos se reclinó en la silla, se sentía muy cómodo. Sara pensó que ella se haría añicos si alguien la tocaba. Volvió a mirar a su abuela. Estaba muy cerca. ¿Debería entregarle la carta?

—A Sara le gusta el mar. Fuimos a nadar y le pregunté si le gustaría probar el buceo. Se le da muy bien.

—Nada muy profundo todavía —intervino ella—. Pero me gusta ver los peces de colores y el contorno del fondo marino.

—¿Te ha llevado Nikos a la cala? —preguntó Eleani.

—Fuimos a hacer esnórquel un rato esta mañana. Tal vez mañana buceemos —dijo Nikos.

Sara se preguntó cuándo encontraría el momento de quedarse a solas con Eleani. Eso era lo único que necesitaba.

—Suena bien. ¿Spiros y tú os habéis puesto de acuerdo con lo del barco? —preguntó Eleani.

—Nikos cree que está muy bien —respondió Spiros con impaciencia.

—¿Y no ha puesto ningún inconveniente como Andrus? —preguntó su esposa sonriendo.

—Él tiene más cabeza —Spiros miró a su nieto como si lo estuviera retando a negar aquella afirmación. Nikos se rió con suavidad.

—Eso lo dices porque estoy de acuerdo contigo. Spiros asintió y sus ojos brillaron de pronto mientras observaba a Sara.

—Creo que tu compañera de buceo y tú deberíais pasar la tarde explorando las calas. Tal vez mañana puedas llevarla a Patricia.

—Spiros —dijo Eleani mirándolo con intensidad—. Nikos ha hecho planes.

—En realidad nada que no pueda esperar —aseguró Nikos mirando a Sara—. ¿Te gustaría ir a cenar conmigo a mi restaurante favorito de la isla de al lado?

—Nunca rechazo una oportunidad de conocer sitios nuevos —aseguró ella. Si a sus abuelos no les parecía extraño que la invitara a salir, ella no se negaría—. ¿Comida griega?

—La mejor —aseguró Nikos.

Eleani emitió un gritito. Todo el mundo se giró para mirarla. La

mujer miraba fijamente a Sara.

—Durante un instante me has recordado a alguien dijo muy despacio.

Sara se preguntó si se estaría refiriendo a su madre. Miró a Spiros y a Nikos. Ellos no parecían encontrar nada sospechoso.

—Tengo entendido que va a comprar usted un barco nuevo —le dijo Sara a Spiros con la esperanza de distraer a Eleani.

—Pronto ultimaré el trato. Nikos lo ha probado y dice que le parece bien. ¿A ti te gustan los barcos?

La verdad es que el primer barco grande al que me he subido ha sido el *Cassandra.*

La conversación se centró en las experiencias que habían vivido los demás en varias embarcaciones a lo largo de los años. Sara se rió con algunas historias, y abrió los ojos de par en par con otras. Estaba fascinada por Spiros Konstantinos. Y se sentía desconcertada por su abuela. No parecía el tipo de mujer que su madre había descrito. Eleani parecía ser una señora cálida y amable. Estaba claro que adoraba a su marido y sentía cariño por Nikos. Aquello era muy diferente de lo que Sara había esperado.

¿Dónde estaba la mujer sin corazón que pensaba que iba a encontrar?

A Sara le quemaba la carta en la pierna. Durante un instante contempló la posibilidad de ponerse de pie, entregársela a Eleani y volver al yate. Algo se lo impidió. Sería mejor estar a solas con la mujer, no rodeada por los hombres de la familia.

Nikos consultó su reloj.

—Odio interrumpir este momento, pero va a entrarme una llamada importante dentro de cinco minutos.

Sara se puso de pie.

—Ha sido un placer conocerlos a ambos —dijo. —Estaré en el barco sobre las seis —aseguró Nikos poniéndose también de pie.

Ella asintió y se retiró aunque estaba deseando darse la vuelta y enfrentarse a su abuela sin más demora.

Pero, egoístamente, también quería pasar una velada con Nikos. Sería como una cita.

Nikos subió a bordo del *Cassandra* poco antes de las seis.Había trabajado mucho después de levantarse de la mesa.Estaba deseando mostrarle a Sara la vecina isla de Patricia.Aunque no era muy

grande,lo era más que la isla familiar.El centro tenía tiendas y cafés.

Nikos echo un vistazo a la cocina en su camino a la cubierta de popa.Estaba inmaculada pero vacía.Salió a la cubierta con la esperanza de que Sara estuviera allí. No quería ponerse a buscar su camarote.

Sara estaba sentada en la sombra, leyendo. Había otros dos miembros de la tripulación en la cubierta, uno de ellos durmiendo en una tumbona y el otro con una caña de pescar que había lanzado por encima de la barandilla.

Sara alzó la vista.

—Hola —llevaba puesto el mismo vestido que cuando cenaron en el salón del barco. Nikos no había pensado en ello, pero Sara no había tenido tiempo de hacerse con otro porque no se había bajado del barco durante las escasas horas que estuvieron anclados cerca del resort.

El tripulante pescador se dio la vuelta para ver con quién estaba hablando Sara. Al ver a Nikos hizo amago de levantarse, pero Nikos sacudió la cabeza.

—¿Estás lista? —le preguntó a Sara.

—Sí —ella se puso al instante, de pie.

En menos de diez minutos estaban en el fueraborda rigiéndose hacia la otra isla. Cuando llegaron a aguas abiertas comenzó, a levantarse viento. Nikos la miró.

—¿No es demasiado?

—Es maravilloso —aseguró Sara alzando el rostro hacia el sol que comenzaba a ponerse. A Nikos le encantaba el modo en que el viento le apartaba el cabello de la cara. Recordó su sedoso tacto, no podía esperar a volver a acariciarlo. Concentrándose en el manejo del bote, trató de ignorar el creciente deseo que sentía hacia ella.

—La isla de tu familia es una maravilla. ¿Será tuya algún día?

Nikos la miró y asintió.

Pero espero que eso no sea hasta dentro de mucho tiempo.

—Así que necesitas casarte y tener hijos para que puedan heredarla —comentó Sara cerrando los ojos.

¿A quién se la legaría? La idea le pilló por sorpresa. Por primera vez pensó en el futuro en términos de familia. Su abuelo se estaba haciendo mayor. Ya tenía más de ochenta años, y no viviría para siempre. Había pocos lazos tan poderosos como los que unían a

Spiros y a Nikos. Nunca había sentido el mismo amor hacia su padre. Cuando Spiros muriera, dejaría un gran vacío en su vida.

¿Y con qué llenaría ese hueco? ¿Trabajando más en el resort? ¿Con qué objeto?

Después del crucero, no estaba seguro de estar preparado para pedirle a Gina que fuera su esposa. No buscaba el amor que su abuelo había encontrado en dos ocasiones. Algunos hombres tenían más suerte que otros. Pero se dio cuenta de que no tenía a nadie a quien enseñar a bucear, con quien compartir las bellezas del fondo marino. Ningún hijo a quien regalarle la historia de su familia ni a quien dejarle toda una vida de trabajo. ¿Qué sería de él cuando se hiciera mayor?

Su abuelo estaba orgulloso de los éxitos de Nikos. Sabía que su padre respetaba lo que había conseguido, aunque no fuera dentro de una naviera. Pero quería algo más que respeto. Nikos se dio cuenta de que quería amor. Creyó haberlo encontrado con Ariana, pero fue una falsedad.

¿Podría encontrarlo en otro sitio? ¿Existiría siquiera?

—Gracias por traerme hoy aquí. Es otro recuerdo que añadir a mi verano en el mar Egeo —aseguró Sara.

Recuerdos de verano. ¿Así era como consideraba Sara aquello, como el recuerdo de un verano que pasó en Grecia? ¿De verdad iba a regresar a Londres? Nikos esperaba que volviera a su trabajo en el resort cuando Paul se encontrara bien para volver al *Cassandra.* ¿Se quedaría un año, tal vez dos o quizá tres, y luego regresaría a casa?

No estaba muy seguro de querer que Sara se fuera.

Capítulo 8

A SARA le encantó Patricia. En cuanto salió del muelle y pisó las viejas calles empedradas se quedó fascinada. Era un pueblo precioso, con sus construcciones blancas rodeadas de flores.

—Quiero verlo todo —exclamó.

—Por suerte, eso no nos llevará mucho. Es un pueblo pequeño —replicó Nikos—. Ven, creo que esto te va a gustar—aseguró guiándola hacia una plaza. Entraron en una de las tiendas y Sara se quedó paralizada durante un instante. Parecía como si la tienda tuviera todas las especias del mundo. Aspiró con fuerza el aire y saboreó todos los aromas que pudo detectar.

—Podría pasarme el día entero aquí —dijo recorriendo los pasillos y agarrando botes—. Pero creo que con esto servirá. Estoy deseando utilizarlas en platos especiales.

Nikos insistió en llevarle la bolsa cuando salieron de la tienda. Caminaron por la calle en dirección al restaurante, que tenía un aspecto familiar y agradable. Y por dentro resultó ser igual. Sara disfrutó enormemente del sabroso y tierno cordero. Las verduras estaban preparadas tal y como a ella le gustaban. El pan griego, crujiente y delicioso, y el vino, servido en una sencilla jarra, también estaba delicioso.

—No es un sitio nada pretencioso —murmuró Sara.

—No. ¿Te importa? —preguntó Nikos inclinándose para oírla mejor por encima de las ruidosas conversaciones de las otras mesas.

—Me lo estoy pasando fenomenal. Es fabuloso —Sara tuvo casi que gritar para hacerse oír, pero no le importaba. El alegre ambiente resultaba contagioso.

A las nueve, una banda de músicos ocupó un pequeño estrado situado al fondo del restaurante y comenzó a tocar. Inmediatamente, varias parejas se levantaron de sus mesas para acercarse a la pista de baile y unirse a un baile tradicional griego. Sara estaba encantada.

—Esto no me lo esperaba —aseguró.

—No es un sitio para turistas. ¿Sabes bailar?

—Un poco. Éste es una especie de baile en línea, ¿verdad?

—Sí. Y después viene el *ballos,* un baile de parejas.

—¿Y vas a bailarlo? —Sara lo miró retadora.

—Vamos a bailarlo —respondió Nikos manteniéndole la mirada

Ella sintió un escalofrío de emoción. El *ballos* era un baile romántico. ¿Lo habría bailado con Gina? Al ser italiana, probablemente no conocía las danzas tradicionales griegas. En cambio, a ella, su madre le había instruido bien.

Sara dirigió la mirada hacia la gente que estaba bailando en la pista. La música le aceleraba el ritmo del corazón... ¿o era la proximidad de Nikos Konstantinos?

Cuando dio comienzo el siguiente baile, la gente dio la bienvenida a la música con un clamor de aprobación. Sara aplaudió y se puso de pie cuando lo hizo Nikos, entada de poder demostrarle que conocía tan bien su ado como si se hubiera criado en Grecia.

La danza era rápida y divertida. Seguía la antigua tradición del cortejo, y era coqueta y descarada. Mientras daban vueltas, se unían y volvían a separarse, Sara rió feliz.

Ya era muy tarde cuando Nikos dijo que había llegado el momento de marcharse. Sara estaba cansada pero muy contenta.

Había salido la luna, formando un cuarto creciente de plata en lo más alto del cielo. Una vez en el barco, mientras se alejaban de Patricia, Sara miró a su alrededor y no vio más que las estrellas, la luna y el mar.

Me atrevería a decir que te has divertido —dijo él cuando estuvieron en mar abierto.

—Ha sido estupendo. No esperaba que fuera a bailar.

—Y yo no esperaba que conocieras nuestros bailes.

—¿Por qué no? Soy tan griega como tú. Por supuesto que los conozco.

—Normalmente se aprenden en la infancia.

Así los aprendí yo —dijo ella recordando algunas fiestas a las que su madre y ella habían asistido. Entonces un antiguo recuerdo surgió en su mente. Estaban en la boda de una amiga de su madre. Cuando el grupo casi al completo de invitados se levantó para bailar, su madre pareció quedarse triste y comentó que en su boda nadie había bailado.

Sara miró hacia el mar. ¿Cuántas cosas se había perdido su madre debido a su impetuoso matrimonio? Si sus padres la

hubieran ayudado en lugar de repudiarla. ¿habría encontrado la felicidad con otro hombre y se hubiera casado con él? Podría haber tenido más hijos. haber llevado la vida de una mujer griega tradicional.

Tal vez no hubiera vivido más, pero habría sido más feliz.

He salido con mujeres griegas que no conocen nuestros bailes — aseguró Nikos.

Ella se encogió de hombros. Su felicidad había desaparecido al pensar en Nikos viendo a otras mujeres. Aunque, ¿qué esperaba? ¿Que fuera célibe? Era demasiad D activo y amante de la vida como para no disfrutar de la compañía de otras personas. Y Sara no tenía ningún derecho sobre él.

Nikos guiaba el barco como un autómata. Había viajado muchas veces desde Patricia a la isla y seguramente encontraría el camino de vuelta a casa con los ojos cerrados. Se sentía muy animado después del baile. La pericia de Sara lo había sorprendido. A Ariana no le gustaba bailar, al menos no las danzas tradicionales griegas, que eran rápidas y agotadoras. Ella prefería las discotecas modernas.

A Nikos ya no le importaba Ariana. Ella se había encargado de que así fuera cuando descubrió sus mentiras. Cualquier sentimiento que pudiera tener por ella se había hecho añicos. La confianza era algo demasiado frágil como para que se pudiera reparar una vez rota. Entonces, ¿por qué utilizaba a Ariana para compararla con otras mujeres? ¿Como ejemplo de traición? ¿O como una barrera para no enamorarse de nadie más? El amor convertía a los hombres en estúpidos.

Nikos miró a Sara. Parecía pensativa.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—En cosas tristes —respondió ella girándose para mirarlo. Tenía el rostro en sombras, iluminado únicamente por la luz de la luna.

—¿Después del baile que nos hemos marcado? Imposible —a menos que lamentara que la noche estuviera tocando a su fin. Eso le sucedía a él. Podría pasarse la noche entera bailando con Sara.

—Estaba pensando en las bodas a la que fuimos cuando yo era pequeña. Mi madre casi se echó a llorar cuando me contó que nadie bailó en la suya.

—¿No tuvo una boda tradicional griega?

Sara negó con la cabeza. Nikos se preguntó cuál habría sido la razón. Sara no hablaba mucho de su familia. Sólo sabía que su padre las había dejado cuando ella era un bebé y que su madre murió el año anterior. ¿Cómo habría transcurrido su infancia en Londres? Hablaba perfectamente griego, conocía los bailes y la comida. Estaba claro que madre había querido que mantuviera la conexión. Sin–embargo, no tenía más parientes. ¿Por qué se habían trasladado sus padres a Inglaterra? ¿Por qué no se habían quedado en Grecia para forjar lazos con los vecinos para que las ayudaran?

Sara había empezado a intrigarle. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más le fascinaba. No se trataba sólo de una atracción física, aunque le gustaba besarla, tocarla, sentir su calor contra él. No le importaría tener una conexión más cercana, pero ella no le había dado ninguna señal de que estuviera interesada.

A excepción de los besos. Tal vez Nikos debería seguir por aquel camino y ver dónde les llevaba.

Sara no se parecía a ninguna de las mujeres que conocía. Le recordaba un poco a Eleani. Sara era cálida y amable. No recordaba haberle escuchado nunca nada desagradable.

Llegaron al muelle sin problemas Nikos ató las amarras y ayudó a Sara a salir de la embarcación. Caminaron en silencio hacia el yate. Él la acompañó y se detuvo en la cubierta delantera.

Gracias por la cena y por la velada. Lo he pasado varavilla — dijo Sara con educación.

—Todo el mundo está dormido, pero siento como si estuviéramos en un escaparate. Quién sabe quién puede estar mirando —murmuró inclinándose para rozar suavemente los labios de Sara con los suyos.

Luego la giró con suavidad y le dio un pequeño empujoncito.

—Vete a la cama, Sara. Te veré mañana.

Nikos se dio la vuelta y salió del yate deseando que aquella velada hubiera terminado con Sara en su cama. La idea le sorprendió. No estaba pensando sólo en aquella noche. ¿Cómo sería despertarse con ella todas las mañanas, pasar tiempo juntos cuando él no estuviera trabajando? A Sara le gustaba bucear, nadar. Era una estupenda bailarina. Y cocinaba de ensueño. Todo en Sara Andropolous le gustaba.

Mientras se dirigía a la casa. Nikos fue considerando la

posibilidad de vivir con una mujer como Sara. Sabía que el amor existía. Spiros había amado a su primera esposa y estaba entregado a la segunda. Se podía aprender mucho del matrimonio observando a su abuelo.

Nikos comprendía desde un punto de vista racional que la gente pudiera enamorarse, compartir sus vidas felices. El le había pedido a Ariana en matrimonio pensando que formaban la perfecta pareja moderna. Tenían intereses similares y amigos en común, lo que les permitiría tener una vida de la que ambos podrían disfrutar. Pero Nikos se llevó una gran desilusión con su traición.

Al llegar a la casa, Nikos se dio la vuelta y miró hacia el yate, que ahora resultaba casi invisible sobre el mar oscuro. Durante un momento consideró la posibilidad de volver, entrar en el camarote de Sara y pedirle que se quedara un poco más. Pero el sentido común pudo más. Si estaba receptiva a la idea, lo estaría igual al día siguiente. Y si no lo estaba, cuanto más tarde lo supiera Nikos, mejor.

A la mañana siguiente, Nikos se levantó temprano y fue a darse un baño a la playa. Uno de los jardineros de la casa estaba rastrillando la arena. No se percibía ninguna actividad en el yate. Nikos dejó la toalla en el suelo, se quitó la camiseta y se lanzó al mar. Sintió el agua fresca y vigorizante.

Nadó a cierta distancia y luego flotó un rato. Al escuchar una zambullida, miró hacia la orilla. Sara nadaba hacia él.

Nikos ignoró la sensación de alegría que surgió en su interior. Aquello significaba que Sara disfrutaba del baño matinal tanto como él.

—Hola —lo saludó ella cuando estuvo a su lado.

—Creí que dormirías hasta tarde —comentó Nikos. Estaba muy guapa bajo la luz de la mañana, incluso con el cabello mojado y pegado a la cara. Los ojos le brillaban de felicidad.

—No podía dormir. Al no tener comidas que pensar ni que preparar, me sobra tiempo. Tal vez debería volver al resort. Creo que aquí no me estoy ganando el sueldo.

—¿No te gusta estar aquí?

—Demasiado. Me estoy echando a perder —dijo con una sonrisa.

Nikos deseaba echarla a perder, regalarle joyas y vestidos y

asegurarse de que nunca le faltara de nada.

—Pero antes de volver quiero llevarme un par de recetas de Dimitri. La ensalada del otro día estaba deliciosa. He adivinado todos los ingredientes excepto uno, es el que la hace tan especial. ¿Crees que querrá partirlo conmigo?

—Espero que sí. En caso contrario, dile que yo se lo ordeno.

Sara se rió.

—Si no me lo quiere contar, te aseguro que no voy a amenazarle contigo.

—¿Por qué no? —cuanto más la conocía, más lo asoma. ¿Acaso no funcionaba así el mundo? ¿La gente rataba de conseguir lo que deseaba a toda costa sin importarles cómo?

—Tú has madrugado tanto como yo —dijo Sara nalo indolentemente alrededor—. ¿Por qué no aproveichas estas cortas vacaciones para dormir un poco más?

—No me gusta la sensación de perder el día durmiendo.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —preguntó ella.

—Trabajar, qué si no.

Sara le salpicó con el agua.

—Jugar, por ejemplo —dijo antes de sumergirse debajo del agua para que Nikos no pudiera salpicarla a ella.

La caza estaba en marcha. Nikos sabía que él nadaba mejor, pero le dejó un poco de ventaja antes de ir tras ella. Cuando la alcanzó, Sara salió a la superficie riéndose.

—Tienes que controlar esa risa —le advirtió él acercándose—. Un día de éstos te vas a ahogar.

Ella volvió a reírse y asintió. Entonces Nikos le agarró la mano y la atrajo hacia sí.

—Anoche no me dieron un beso de buenas noches auténtico.

—No había nadie despierto en el yate —respondió ella enredando las piernas en las suyas y rodeándole el cuello con los brazos

—Yo sentía que había ojos mirándonos por todas las escotillas.

Nikos volvió a sentir su risa y la besó en la mandíbula.

¸Y?

—Y no quería cargarte con el peso de que te vieran conmigo

—Todo el mundo a bordo sabe que tus abuelos querían conocerme. ¿Cuál es el problema? Ni que estuviéramos viviendo

una tórrida aventura.

—A mí me gustaría que así fuera —aseguró Nikos.

La expresión de sorpresa de Sara le dio a entender que a ella ni se le había pasado por la cabeza. Maldición. Pero no pensaría que él besaba a todas las mujeres como la besaba a ella.

Tal vez debería mostrarle lo que podrían tener juntos.

La atrajo hacia sí y la besó con todo el deseo que lo estaba consumiendo. Sara lo besó a su vez con su boca dulce y ardiente, estrechándolo entre sus brazos mientras siguieron besándose hasta que Nikos se olvidó de dónde estaban. El agua que les cubrió la cabeza les pilló por sorpresa. Él dejó de besarla y la soltó.

Eres demasiado peligrosa en el agua —dijo. Y comenzó a nadar hacia la orilla.

Sara lo siguió.

—¿Entonces? —preguntó Nikos cuando estuvieron en la orilla. Vio la toalla de Sara al lado de la suya en la playa inmaculada. El jardinero se había ido. Estaban solos.

—Entonces, ¿qué? ¿Desayuno? Yo me muero de hambre, ¿y tú? Te prepararé algo en la cocina —dijo Sara.

Nikos ignoró su intento de cambiar de tema. Cuando ella recogió su toalla, Nikos hizo lo mismo y se secó el pecho.

—Me refiero a lo de tener una aventura.

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo siento, Nikos, no soy de las que tienen aventuras. Resulta muy tentador, pero quiero algo especial cuando me case.

—¿Y si no te casas? —preguntó él, molesto por su afirmación.

—No digas eso. Quiero casarme por amor y ser amada para siempre. Quiero hijos, ataduras y el sentimiento de pertenencia. Si no consigo eso, pensaré que la vida me ha engañado. Estoy esperando la llegada de lo que deseo.

—Pero hasta ese momento, podríamos divertirnos. —Claro. ¿Y qué pasa si me enamoro de ti?

Nikos dio un paso hacia atrás de forma involuntaria.

—Ya te he dicho que no estoy buscando el amor.

—Sólo un matrimonio de conveniencia para tus negocios.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó él con tirantez.

—Nada, si eso es lo que quieres. Pero, ¿y qué hay del amor? ¿No crees que eso haría que el matrimonio fuera mucho mejor? Mira a

tus abuelos... está claro que ellos se adoran.

Mis padres hicieron un matrimonio que les convenía a ambos.

—Oh, y por lo que me has contado, ha sido un éxito ara ellos dos... pero no es el tipo de familia que yo quiero. ¿No buscas algo mejor para ti y para tus hijos, si llegas a tenerlos?

Nikos vaciló un instante. El comentario de Sara le había molestado, especialmente después de lo que había estado pensando el día anterior sobre a quién le iba a legar toda una vida de trabajo.

¿Cómo sería tener hijos con Sara? Ella los mimaría demasiado. Pero también los querría mucho. Y a su marido... ¿lo querría de la misma manera?

—Eres la mayor idiota del mundo —le dijo Sara a su reflejo diez minutos más tarde, después de haberse dado una ducha. Todavía tenía el cabello húmedo, y había secado con la toalla el espejo de su minúsculo camarote—. Te pide que tengáis una aventura, y tú te pones toda digna y le dices que no.

Sara suspiró y se dio la vuelta. Jamás podía haber aceptado la sugerencia de Nikos sabiendo que él descubriría pronto quién era ella realmente y sus razones para visitar la isla. No podía añadir más traición teniendo una relación íntima con él si no estaba siendo completamente sincera.

Sabía que Nikos no estaba enamorado de ella, pero estaba claro que la atracción que ella sentía era correspondida. Qué maravilloso sería hacer el amor con Nikos. Podrían buscar refugio en una cala, disfrutar de sus cuerpos y luego ir a nadar. A Sara le encantaba nadar, y ahora también bucear. ¿Tendría oportunidad de volver a hacerlo?

Aspirando con fuerza el aire, se puso la ropa. Seguramente aquel día no. Iba a ir en busca de Eleani para entregarle la carta. Después de eso, la familia Konstatinos al completo esperaría que se fuera nadando a la la más cercana y se marchara de allí lo antes posible. No podía evitarse. Le había hecho una promesa a su madre mucho antes de conocer a Nikos. Estaba obligada a cumplirla por una cuestión de honor.

Sara preparó un desayuno ligero. Tenía los nervios en punta por la preocupación ante la perspectiva de encontrarse con Eleani. Mientras se tomaba un té caliente, recordó todo lo que su madre le había contado sobre vida antes de huir para casarse con su padre.

Sara cumpliría con su último deseo y luego seguiría adelante con su vida.

A las diez en punto salió del barco y se dirigió a los jardines que rodeaban la casa. Se sentía como un prisionero condenado a muerte. Deseó poder saber qué le eparaba el destino.

Entró en uno de los caminos de piedra y caminó por el jardín. Normalmente, su belleza y su tranquilidad le hubieran resultado curativas, pero en aquellos momentos sólo veía el lujo opulento que le había sido negado su madre.

Sara se detuvo al doblar una esquina. Eleani Konstannos estaba sentada en un banco de madera mirando una esta de flores recién cortadas Alzó la vista y le sonrió. —Sara, qué sorpresa tan agradable. Ven a sentarte onmigo ¿Dónde está Nikos?

—Trabajando —ella se acercó más sin apartar la vista e los ojos Eleani.

—Trabaja demasiado. Supongo que lo ha heredado de u padre y de su abuelo. ¿Vais a ir más tarde a bucear? Eleani dio una palmadita en el banco para indicarle que e sentara. Sara se acercó muy despacio y tomó asiento ne la esquina.

—No, no creo que volvamos a ir a bucear —dijo lentamente. Entonces metió la mano en el bolsillo, sacó una carta y se la entregó a la anciana.

—¿Qué es esto? —preguntó Eleani leyendo el nombre del sobre.

—Una carta que me han pedido que te entregue —dijo Sara fijándose en las líneas que rodeaban los ojos de su abuela, en el suave tono de su piel, en la plata de sus sienes.

Eleani observó la letra durante un largo instante, luego deslizó un dedo bajo la solapa y abrió el sobre. Sacó dos páginas. Conteniendo la respiración, comenzó a leer. Sara la observó. Sentía el fuerte sol dándole en la cabeza, pero no buscó la sombra. El despliegue de emociones que cruzaron el rostro de Eleani le hizo preguntarse qué habría escrito exactamente su madre. Lo único que le había dicho a Sara era que aquella carta era para su madre, y ella prometió entregársela.

Había cumplido con su último deseo. Sara se puso de pie y se dio la vuelta. Ya podía irse a casa.

—¡Espera! —dijo Eleani—. Siéntate.

Sara se giró y la miró.

—He cumplido con lo que he venido a hacer. A Eleani le caían las lágrimas.

—Mi hija está muerta —dijo con voz rota.

Sara asintió.

—Murió hace más de un año.

Eleani sacudió la cabeza y apretó la carta contra sus senos.

—Mi niña, mi pobre, pobre niña. ¿Cómo ha podido morir? Era demasiado joven. Ah, mi hermosa Damaris. Mi niña preciosa —dijo inclinándose hacia delante sollozando.

Sara estaba absolutamente sorprendida. Aquélla no la reacción que había esperado.

—Siento lo inesperado de la noticia —aseguró apardo la vista.

—¿Inesperado? Pensé que nunca volvería a saber nada de ella. Pero al menos me queda el consuelo de saber que fue feliz en Inglaterra. La he echado todos los días de menos desde que se marchó.

Sara se giró de golpe para mirarla.

—No fue feliz. Mi padre nos dejó unas semanas después de que yo naciera. Mamá no estaba capacitada para trabajar. La habían criado como la hija mimada de una familia rica. ¿Sabías que fregaba suelos porque eso pudo aprender a hacerlo rápido? Los amigos nos ayudaban. Limosnas, lo llamaba mamá. Ella lo odiaba.

Aunque no lo suficiente como para volver a casa de padres y reconocer que se había equivocado.

—No lo sabía —susurró Eleani—. La única vez que intenté ponerme en contacto con ella, me rechazó. Su padre dijo que le dejáramos vivir su vida. Lo hicimos lo mejor que pudimos. Y ahora ya no está. No volveré a verla nunca.

Eleani se tapó la cara y lloró.

Sara frunció el ceño. Aquello no estaba discurriendo como ella esperaba. Le dolía ver a alguien sufrir tanto. Le dio unos torpes golpecitos en el hombro y lamentó no haber dejado la carta en una mesa para que su abuela la encontrara.

No supo cuánto tiempo estuvo allí sentada mirando hacia el mar mientras en su cabeza dibujaba el viejo y pequeño apartamento que su madre y ella habían compartido hasta que Sara empezó a ganar el dinero suficiente como para ayudar a pagar un lugar mejor.

Miró a su alrededor, al hermoso jardín. El dinero utilizado para

una única temporada de jardinería habría cambiado drásticamente la vida de su madre Sara se sentía entumecida. Echaba de menos a su madre. Ahora que había cumplido su promesa, no estaba muy segura de que hubiera sido buena idea llevar aquella carta.

¿Qué había escrito su madre? Le había dicho a Sara que quería asegurarse de que se ocuparan de su hija. Pero ella era una mujer adulta con una excelente carrera profesional por delante. No necesitaba que nadie se ocupara de ella en aquellos momentos de su vida.

Escuchó unos pasos y se dio la vuelta. Nikos se dirigía a toda velocidad hacia ella.

—¿Qué diablos le has hecho a mi abuela? —preguntó con un gruñido.

Capítulo 9

SARA lo vio acercarse. Podía sentir las olas de sospecha que brotaban de él.

Ella se puso de pie lo miró.

—Me pidieron que le entregara una carta, y eso he hecho.

—Eleani, ¿qué ocurre? —preguntó Nikos sentándose al lado y estrechándola entre sus brazos. Le acarició la espalda sin dejar de mirar a Sara—. ¿Qué ponía en esa carta?

—No lo sé. Estaba cerrada.

¿Quién la envía?

—Mi madre.

Nikos frunció el ceño mientras le susurraba palabras aquilizadoras a Eleani.

—Soy Sara Andropolous, la nieta de Eleani.

Aquella afirmación dejó a Nikos helado. Se quedó mirando a Sara durante un largo instante, y luego dio rienda suelta a su ira soltando una palabrota. Seguía acariciando a Eleani con dulzura.

—No sabia que tuviera una hija, y mucho menos una nieta —dijo un minuto más tarde.

—Mi madre se fugó para casarse cuando tenía dieciocho años. Sus padres la rechazaron porque escogió enontrar su propio marido. A mí toda esa situación me resulta sórdida e imperdonable.

—Te parece imperdonable —contestó Nikos—. ¿Y qué te parece mentir y engañar para conseguir acceso a la casa de mis abuelos provocando quién sabe qué caos? ¡Yo encuentro eso imperdonable!

—Nunca he mentido ni engañado. Me contrataron para trabajar en la cocina del resort. Fue gracias a mis habilidades y mi experiencia, sin engaños. Y tú fuiste quien me permitió trabajar en el *Cassandra.* Tú fuiste quien insistió en que me quedara a bordo cuando zarpaste hacia la isla de tu familia. Tú fuiste quien me los presentó el otro día.

—Callaos los dos. Se os oye desde la casa —Spiros dobló la esquina y apareció en escena—. Eleani, mi amor, ¿qué pasa? —dijo dirigiéndose directamente a su esposa. En el momento de confusión mientras Eleani le contaba lo sucedido y Nikos aportaba lo que él

sabía, Sara se dio la vuelta para marcharse. Al ver lo que quería hacer, Nikos se colocó rápidamente a su lado.

—No puedes venir aquí, montar todo este follón y creer que puedes marcharte sin dar más explicaciones.

—¿Qué más explicaciones necesitáis? Ya le he dado la carta. No hay nada más —dijo Sara. Sentía deseos de llorar, era consciente de que había estropeado lo que pudiera haber entre Nikos y ella. Y sin embargo, el honor le había obligado a cumplir el último deseo de su madre. Y lo había hecho, aun a costa de su pérdida personal. Ahora lo único que quería era marcharse. No sentía nada más que resignación y pesar.

Spiros se sentó al lado de su mujer. Eleani había dejado de llorar y estaba apoyada en él con gesto agotado. El rostro de Spiros reflejaba furia. Le brillaban los ojos cuando miró a Sara. Sin decir nada, sacó un pañuelo para secarle los ojos a Eleani.

—Me gustaría que me dieras una explicación, jovencita —dijo con sequedad.

Eleani levantó entonces la cabeza y miró a Sara y a Nikos. Sara sintió una oleada de ira.

—¿Tu esposa no te dijo que tenía una hija en Inglaterra? Era mi madre. Antes de morir, me pidió que le llevara una carta a su madre. Eso es justo lo que he hecho.

—Sé lo de Damaris —dijo Spiros con voz pausada—. Me entristece saber que ha muerto. Confiábamos en que gún día regresaría a Grecia para ver a Eleani.

Sara frunció el ceño. Aquello no tenía sentido.

—No podía volver a casa. Sus padres le habían dicho te si se marchaba, no sería bienvenida en caso de que decidiese regresar —aseguró—. ¿Cómo pudiste hacerlo? no era más que una adolescente. Su única aventura terinó de forma desastrosa, pero, ¿acudieron sus padres en su ayuda? ¿Perdonaron su indiscreción de juventud la llevaron de vuelta a casa para ayudarla? ¡No! Su padre dijo que la repudiaría. Y vaya si lo hizo.

—Eso no fue así —dijo Eleani con tristeza. Hizo un esierzo por incorporarse.

—¿Y esperas a que tu madre muera para venir a molestar a mi mujer? —preguntó Spiros.

—Mi madre sólo me pidió que trajera una carta que ella le

escribió a su madre. No conozco los detalles de esa carta. Sólo sé que se negó a volver a casa hasta que estuvo demasiado enferma como para hacer el viaje. En cuanto pueda salir de esta isla, tengo pensado marcharle lo más lejos que pueda de aquí. Siento haber sido la causante de tanto dolor.

Eleani comenzó a llorar de nuevo.

—No te vayas —le pidió desesperada.

—¿Adónde irás? —preguntó Spiros.

—A Londres, que es donde pertenezco. Lejos de la gente como vosotros.

Nikos emitió un sonido de sorpresa.

—¿Gente como nosotros?

—Gente rica sin sentimientos, mojigata y egoísta a la que sólo le interesa que las cosas salgan como ellos quieren y no se preocupan de los miembros de la familia que no siguen el camino que vosotros le habéis marcado. Como mi madre. Como tú, Nikos.

Spiros se giró sorprendido a mirar a su nieto. —¿Qué tiene que ver Nikos en esto?

—Su padre y tú lo presionasteis para que entrara en la naviera familiar. Lo presionasteis para que se casara con una mujer «adecuada», lo que traducido significa «igual de rica». ¿Y qué pasa con lo que él quiere?

Nikos se encogió de hombros cuando su abuelo lo miró. Sara no había terminado

—En lugar de seguir vuestros dictados, él escogió su propio camino. ¿Os habéis fijado alguna vez en lo que ha hecho? ¿Le habéis felicitado por haber luchado contracorriente y haber conseguido sin embargo algo maravilloso? —continuó Sara apasionadamente.

Spiros miró alternativamente a Sara y a Nikos.

—Es cierto que quería que Nikos se uniera a la naviera familiar. Pero ahora me doy cuenta de que habría sido un error. Ya fue suficientemente duro aflojar las riendas cuando Andrus se hizo con el mando. Dos personalidades fuertes es más de lo que puede soportar una sola empresa. Si Nikos se hubiera añadido a la mezcla, habría sido un error. Fue muy sabio al seguir su propio camino.

—Y al hacerlo tan bien —añadió Sara.

Las facciones de Spiros se suavizaron un tanto.

—Entonces, ¿lo estás defendiendo?

—Yo sólo me defiendo a mí. Estoy exponiendo los hechos.

—Entonces escucha este hecho —intervino Eleani—. Damaris dejó plantada su boda. Nosotros fuimos quienes tuvimos que decirle a Alexis que no iba a venir. Tuvimos que enfrentarnos a nuestros amigos, socios y familia y decir delante de todo el mundo que nuestra hija nos había avergonzado. Damaris no quiso saber nada de todo lo que habíamos hecho por ella y huyó con un hombre irresponsable que sólo quería tener acceso a nuestro dinero. A tu abuelo se le rompió el corazón. Aquello le dolió tanto que se negó a volver a saber nada de ella mientras siguiera con tu padre. Pero si lo hubiera dejado, la habríamos recibido en casa con los brazos abiertos a pesar de la vergüenza que trajo a nuestra familia. Todavía ahora me avergüenzo cuando veo a Alexis. Es un joven encantador. Le habría ido muy bien casándose con él. Él dice que no le guarda rencor, pero la amaba, ¿sabes?

Sara se quedó mirando primero a Eleani y luego a Spiros. Estaba asombrada ante aquella revelación. ¿Le había mentido su madre durante todos aquellos años? ¿O simplemente había pasado de puntillas por los detalles de la verdad? En cualquier caso, había hecho que Sara se imaginara un cuadro completamente distinto.

—Vamos, siéntate y háblanos de la única hija de Eleani —le pidió Spiros con dulzura.

Sara era muy consciente de que Nikos estaba de pie a su lado. Fue a buscar una silla y se sentó en el borde. Él se alejó unos metros y clavó la vista en le mar.

Eleani se apoyó en Spiros como si necesitara que le diera fuerzas. Sara no sabía por dónde empezar. Le dolía lo difícil que le había resultado a su madre la vida. Y a juzgar por la reacción de Eleani, ésta pensaba que había tenido una existencia completamente distinta.

—Sólo conozco el pasado por lo que me han contado. Mi madre sólo llevaba seis semanas en Inglaterra cuando se dio cuenta de que sus padres tenían razón respecto al hombre con el que se había fugado. Había sido el romanticismo lo que le había llevado a dejar su hogar. Creía que estaba enamorada. Se quejaba de las exigencias que su padre le pedía, como que se casara para asegurar lo fondos de la familia.

—Nadie le obligó a casarse con Alexis. Creíamos que estaba enamorada de él, como Alexis lo estaba de ella —aseguró Eleani—. A nosotros nos gustaba. Pertenece a una familia.muy respetada.

—¿Por qué no regresó tu madre a casa cuando se dio cuenta de su error? —preguntó Nikos.

—No tenía dinero. Ni trabajo —Sara vaciló un instante—. Fue por orgullo. Y ya estaba embarazada de mí. Me contó que le escribió a su padre pidiéndole ayuda y que él se negó a dársela. Juró que no volvería a pedírsela.

Eleani exhaló un pequeño suspiro.

—Ah, ese orgullo obstinado de los Marcopusose. Siempre tuve que luchar contra él. Durante años le pedí que encontrara a nuestra hija. Finalmente, accedió y dijo que contraría a un detective para que la localizara. Semanas más tarde me contó que Damaris llevaba una vida feliz y eso fue todo. Supongo que intentaría un acercamiento, y cuando fue rechazado, en lugar de contármelo se inventó esa historia.

Sara sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—Cuando mi padre desapareció, ella no había cumplido todavía los veinte. Era una madre sola sin estudios. Una de sus amigas la ayudaba cuidándome por las tardes después de trabajar para que mi madre pudiera limpiar oficinas. Ése fue el mejor trabajo: que pudo conseguir durante mucho tiempo.

—Mi niña preciosa —susurró Eleani.

—Vivíamos en una zona de Londres en la que había muchos griegos. Por un lado estaba muy bien, porque todo el mundo se conocía y compartíamos el idioma y costumbres. Pero para mi madre era un constante recordatorio de lo que había perdido — continuó Sara—. Cuando le diagnosticaron el cáncer fue cuando comenzó a hablar de ponerse en contacto contigo. Supimos a través de amigos mutuos lo de la muerte de su padre y tu nuevo matrimonio. Mi madre escribió una carta y la echó al correo. Se la devolvieron. Para entonces ya estaba muy enferma. Entonces escribió la que te he traído hoy.

—Creí que era feliz —repitió Eleani—. Eso fue lo que dijo Stanos.

—Eso es todo —dijo Sara. Había cumplido su promesa—. ¿Puedo marcharme ya?

—No. Quédate. Quiero saberlo todo sobre Damaris y —Eleani levantó la carta—. Me pide que cuide de ti.

—No necesito que nadie me cuide —Sara tenía su propía dosis del orgullo familiar.

—Ésa es una mala elección de palabras. ¿Qué te parece tener un contacto cercano con tu abuela? —sugirió Nikos.

Sara le dirigió una mirada y luego volvió a clavar la sta en Eleani.

—¿Qué quieres saber de mamá?

——Nikos ha alabado mucho de tu cocina. ¿Por qué escosgiste esta profesión? ¿Damaris aprendió a cocinar? Teníamos chef en casa, así que no aprendió siendo niña aseguró Eleani

Sara sonrió al recordar.

—No era nada especial en la cocina. Le gustaban las grandes reuniones en las que todo el mundo llevaba algo de comer. Creo que una de las razones por las que empecé a cocinar fue para explorar nuevos platos y ampliar las limitadas opciones de mamá.

Hablar le sirvió a Sara para darse cuenta de que ya no sentía aquel dolor agudo por la pérdida de su madre después de tantos meses. Podía recordarla con orgullo y alegría, no con un sufrimiento abrumador.

—Le diré a Marsa que os traiga unos refrescos —dijo Spiros con dulzura poniéndose de pie haciéndole una seña a Nikos—. Hablad todo lo que queráis.

Nikos se quedó mirando un instante a Sara. Era como una desconocida para él. Durante días se había sentido intrigado por ella, y ahora entendía la razón por la que se comportaba de manera tan diferente de las demás mujeres. Era cierto que no quería nada de él, excepto que la llevara a la isla. Y ahora que lo había conseguido, ¿qué?

¿Intentaría ganarse el efecto de su abuela para convertirse en su heredera? Eleani tenía mucho dinero. Sara podría dejar su trabajo y vivir la vida que su madre debería haber disfrutado.

—¿Sabes algo más? —le preguntó a su abuelo cuando ambos dejaron a las mujeres atrás.

—No. Eleani me contó hace mucho que tenía una hija a la que no había visto en años. Yo sólo conocía a Stanos por su fama. Era un tipo duro, tenía sus propias normas y mucho orgullo.

Hizo que un detective privado investigara la vida de su hija. Él le contaría que Damaris estaba sola con una niña pequeña.

Spiros asintió y observó a su nieto.

—¿Y qué me dices de ti, Nikos?

—¿A qué te refieres?

—Sara no es la persona que pensábamos. Es algo más que un miembro de la tripulación del *Cassandra*. La recibiré en nuestra familia como lo haría con cualquier pariente de Eleani.

—Es tu casa, haz lo que te plazca. Yo voy a volver al resort en cuanto el capitán tenga el barco listo para zarpar —aseguró Nikos. Volvería al trabajo y se olvidaría de la guapa chef. Hablaría con recursos humanos para que empezara a buscar a alguien que la remplazara.

Cuanto antes se enfrascara en el trabajo, mejor.

—No te vayas antes del lunes, que es cuando pensabas marcharte, ¿verdad? Quédate con tu abuelo un poco más. Y dale a ella unos días más para estar con Eleani.

Nikos vaciló y luego asintió brevemente. Se quedaría porque se lo pedía su abuelo.

—Sara tiene razón, ¿sabes? Nunca te he dicho lo orgullo que estoy de tus logros. Estoy muy orgulloso de ti, y tu padre también.

Nikos sonrió levemente.

—Eso ya es decir demasiado, ¿no crees?

Spiros se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que si pensara en ello, se sentiría orgulloso de ti.

—Parece que te has tomado con mucha calma la revelación de Sara —dijo Nikos.

Cuando Eleani me contó que tenía una hija me quedé conmocionado. Aunque la verdad sea muy dura, es mejor saberla. En esa familia se han dicho demasiadas mentiras. Tal vez Eleani consiga un poco de paz al conocer a Sara. Y espero que nadie corneta los mismos errores de Damaris y de su padre.

—No creo —Nikos miró por la ventana—. Sara no es una niña inocente de dieciocho años. Tiene casi treinta se ha abierto camino ella sola en una profesión muy dura, y desde luego no se ha criado entre algodones.

—Estás enfadado con ella. Lo sé, y es comprensible.

—Me ha utilizado para llegar hasta Eleani. No me gusta que me utilicen.

—Eso no es todo —aseguró su abuelo.

—Eso es todo en lo que quiero pensar —insistió Nikos—. Le diré al capitán que zarparemos con las primeras luces del lunes —se marchó antes de que su abuelo pudiera decir nada más.

Nikos se dirigió al camarote que utilizaba como despacho. Se sentó y encendió el ordenador. Pero no lograba fijar la vista en la pantalla. Sólo escuchaba a Sara diciéndole que ella no tenía familia.

Le había mentido. Lo había utilizado. ¿El tiempo que habían pasado juntos había tenido como objetivo únicamente conseguir acceso a la isla? ¿Y sus intereses mutuos? ¿Y los besos? ¿Habían sido auténticos o falsos? Menos mal que no la había presionado para que llegaran más lejos.

Así que esperaría hasta el lunes. Y después acompañaría a Sara a tierra firme y se libraría de ella para siempre.

Cuando llegó la hora de la comida, Sara tenía los nervios de punta. Se había pasado la mañana hablando con su abuela. Finalmente, había llegado a creer que la mujer no había sido responsable de la dura situación que habían tenido que vivir. Comenzó entonces a suavizar las historias, pasando por alto los malos momentos que Damaris había tenido que vivir, tratando de poner una nota alegre. No quería causarle a Eleani más dolor del que ya sentía.

Cuando Marsa anunció que era la hora de la comisa, lo único que Sara tenía ganas de hacer era correr hacia el yate y ver si el capitán podía llevarla a isla más cercana.

Se levantó cuando lo hizo Eleani, utilizó el lavabo para refrescarse y se dirigió con valentía hacia la terraza donde iban a servir la comida.

Ese día la acompañaron a la mesa familiar. Sara miró hacia la mesa de la tripulación, situada en la terraza inferior, y deseó poder estar allí.

Spiros se reunió con ellas unos instantes más tarde. —Nikos tiene trabajo. Va a comer dentro —le explicó a Eleani.

Sara sabía la verdad. Nikos no podía soportar estar cerca de ella. Le sorprendió darse cuenta de lo mucho que eso le dolía. Había disfrutado de unos cuantos días mágicos. Era el momento de pagar

por lo que había hecho.

Tras un almuerzo incómodo, Sara se excusó y se dirigió hacia el barco. La primera persona a la que vio fue a Stefano, que le preguntó si los rumores eran ciertos. ¿Era la nieta de Eleani Konstantinos?

—No hagas caso de los rumores, Stefano —dijo pasando por delante de él para dirigirse a su camarote. Se puso el bañador, unos pantalones cortos y una camisea y agarró una toalla. Quería estar sola, pensar, nadar y encontrar un poco de paz.

Se acercó al capitán para pedirle el fueraborda. No se lo negó.

—¿Dónde vas a ir? —probablemente él también habría oído los rumores.

—A la cala a la que me llevó Nikos. Me quedaré cerca de la isla y echaré el ancla en la playa.

—¿Sabes llevar un bote?

Ella asintió. Se lo había visto hacer a Nikos. No parecía muy difícil. El capitán inclinó la cabeza.

—Llévate agua para beber y no te adentres demasiado en el mar.

—Tendré cuidado —prometió Sara.

Se golpeó dos veces contra el muelle al tratar de sacar el fueraborda, pero pronto lo puso en la dirección deseada. En cuestión de instantes, Sara se sintió todo lo sola que se podía estar. Sólo había cielo, mar, y un poquito de isla. Y un corazón destrozado.

Cuando llegó a la cala, saltó al agua, amarró el barco a la playa y echó el anda. Satisfecha al ver que el barco no iba a irse a ninguna parte, nadó cerca de la orilla hasta que se cansó y luego se tumbó a la sombra sobre la toalla mientras intentaba poner la mente en blanco.

Pero las escenas del día se repetían en su cabeza. La ira de Nikos. La dureza de su mirada.

Finalmente, la ligera brisa y el suave batir de las olas la adormecieron. Cuando se despertó, Sara no estaba sola. Nikos se había sentado a unos cuantos metros. Ella se incorporó muy despacio y miró a su alrededor. No había más barcos.

—¿Has venido por dentro de la isla? —le preguntó. —Te has llevado el bote.

—Pensé que tenías trabajo.

—Terminé pronto y pensé en ir a darme un baño. No deberías haber venido sola. Nadar aquí puede ser peligroso.

—Como si eso te importara —replicó ella con suficiencia. Deseó poder recuperar los sentimientos que tuvo cuando estuvieron allí el día anterior. Parpadeando para contener las lágrimas, miró hacia el mar. ¿Por qué había terminado tan mal el hecho de hacer lo que debía por su madre?

—No quiero que nadie sufra un accidente —aseguró Nikos. Transcurridos unos instantes, volvió a hablar—. ¿Por qué no me lo dijiste? Hablamos de la familia. ¿Por qué no me contaste que tenías una abuela?

—Temía que si sabías que estaba intentando llegar hasta Eleani, trataras de impedírmelo. Le prometí a mi madre que haría todo lo que estuviera en mi mano para llevarle esa carta a mi abuela. ¿Qué querías, que lo dejara estar?

—Tu madre está muerta. Ella no se habría enterado.

—Pero yo sí habría sabido que no cumplí mi promesa. ¿Tú habrías roto una promesa, Nikos?

El guardó silencio durante un instante. Luego dijo a regañadientes:

—No, yo habría cumplido mi promesa. Pero creo que las cosas podrían haberse hecho de otra manera.

—Lo intenté por medios normales, pero no pude entrar en contacto. Me pareció cosa del destino conseguir el trabajo en el resort. Y cuando me escogieron para trabajar en el *Cassandra,* supe que estaba en lo cierto. Siento que pienses que te he utilizado. En cierto sentido supongo que así es, pero nunca te he mentido respecto a nada.

Nikos no contestó, se limitó a ponerse de pie y a acercarse al agua. Sara lo vio zambullirse en el mar y empezar a nadar. Ella observó sus brazadas deseando pie le pidiera que se uniera a él. Finalmente, se levantó también, llevó la toalla al barco y luego se metió también en el agua.

Sara perdió la noción del tiempo mientras nadaba. Sólo estaban el agua y el cielo. Cuando se cansó lo suficiente como para no poder moverse, miró a su alrededor y vio a Nikos en el bote. Durante un segundo se le encogió el corazón. ¿Iba a dejarla allí? No sería capaz de encontrar el camino de vuelta por tierra.

Nikos estaba sentado en el fueraborda mirándola. Ella comenzó a nadar lentamente hacia allí. Sentía los brazos y las piernas entumecidas y respiraba con dificultad.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó él asomándose por la borda.

Ella negó con la cabeza sin dejar de nadar. —Entonces sube al barco. Tenemos que irnos ya. Sara obedeció y, mientras Nikos levaba el ancla y encendía el motor, ella se secó la cara y las manos con la toalla y después se la colocó alrededor del cuerpo.

Poco después llegaron a la popa del *Cassandra.* Nikos apagó el motor y la miró.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sara.

—A mi abuelo le gustaría que cenaras con nosotros —dijo sin alterar la voz.

Ella se lo pensó durante un instante.

—De acuerdo, iré.

—Eso pensé que dirías —respondió Nikos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella mirándolo.

—Supongo que ya que le has revelado tu existencia a Eleani, esperas disfrutar de los beneficios de ser su nieta.

—¿Crees que ésa es la razón por la que he venido? No la conozco de nada. No considero que deba disfrutar de ninguno de los beneficios de ser su nieta. No me debe nada, ni yo le debo nada a ella.

—Estás equivocada. Si lo que Eleani dice es cierto, y yo creo que sí, no sabía nada de ti.

—Debería haberse tomado la molestia de enterarse —gruñó Sara.

—Las mujeres de su generación normalmente acatan los dictados de sus maridos. El suyo le dijo que Damaris estaba bien. ¿Cómo iba a pensar Eleani que le estaba mintiendo? Si hay que culpar a alguien, es a Stanos. Pero está muerto. Tal vez Eleani debió tratar de buscar a su hija, sobre todo cuando su marido murió. Pero no lo hizo. Pensó que las cosas estaban como debían estar. Ahora ya sabe la verdad. Dale una oportunidad.

—¿De qué lado estás tú? Prácticamente me has acusado de acercarme a ella para conseguir esos beneficios... que crees que no me corresponden. Luego defiendes sus acciones y me insinúas que debería conocerla mejor.

—La relación que tengas con tu abuela no es asunto mío. Vosotras dos tenéis que encontrar vuestra propia manera.

—¿Y la relación entre nosotros? —le preguntó retadora. —Nosotros no tenemos ninguna relación —Nikos se uso de pie.

—La tenemos. O la teníamos. Aunque no quieras llamarla así, estábamos al principio de una relación —aseguró ella levantándose y tratando de mantener el equilibrio sobre el balanceo del mar.

—Piensa lo que quieras.

—Vamos, Nikos. Sé que no quieres salir escaldado como con Ariana. Pero no todas las mujeres del planeta van tras tu dinero. A mí me gusta estar contigo. Admítelo, nos estábamos haciendo amigos. Y desde luego parecía que tú querías más con esos besos apasionados.

—Besos apasionados —repitió Nikos.

Sara sintió que se derretía al mirarlo. Él sabía que eran besos apasionados. Por mucho que Nikos quisiera negarlo, Sara sabía que entre ellos había chispa. Una chispa que ya no llegaría a prender.

—¿A qué hora es la cena? —preguntó.

—A las siete.

—Sólo he traído el uniforme y el vestido que me puse ayer.

—Me encargaré de eso.

Cuando Sara llegó a su camarote unos minutos más tarde, se metió en la ducha para refrescarse. Agotada tras el enfrentamiento de por la mañana y el baño, se echó una siesta.

A las seis y media escuchó cómo llamaban a la puerta. Sara fue a abrir y se sorprendió al encontrarse con una de las doncellas de la casa que le tendió un paquete.

—Es para usted. Un vestido para esta noche —dijo sonriendo antes de darse la vuelta para irse.

Sara cerró la puerta y dejó el paquete sobre la estrecha litera. Lo abrió y se lo quedó mirando un largo instante. El color borgoña oscuro resultaba perfecto para ella. Levantó el vestido para verlo mejor. Era lo suficientemente formal para la cena y al mismo tiempo precioso como para sentirse una princesa. Se lo probó, y lamentó no tener un espejo de cuerpo entero. El vestido le sentaba como un guante y se sentía muy especial con él.

Había sido un detalle muy bonito por parte de su abuela enviarle un vestido para la cena. ¿O había sido cosa de Nikos?

A las siete menos cinco, Sara entró en la casa. Observó que la terraza inferior ya estaba puesta para la cena del personal. La mesa de arriba estaba vacía. Sara

acercó a la puerta delantera y llamó. Nikos abrió un estante después. Llevaba puesto un traje oscuro,camisa blanca y corbata de un tono muy similar a su vestido.

—Eres de la familia, Sara, no necesitas llamar. Entra.Mi abuelo ha pensado que sería mejor que cenáramos dentro.

Para que la tripulación no observara cada uno de sus movimientos, pensó Sara.

—Muy bien —ella entró y miró a su alrededor con interés. El techo alto y las paredes blancas proporcionaban ensación de frescor a pesar de que la noche era calurosa.

—Estás preciosa —dijo Nikos.

Ella lo miró.

—¿El vestido lo has comprado tú?

Nikos se quedó pensativo un largo instante y luego inclinó la cabeza.

—Pensé que era el vestido perfecto para ti.

—Lo es. Gracias —no quería decirle lo especial que le hacía sentirse. Ahora, al saber que lo había comprado especialmente para ella, se sentía más especial todavía.

—Sara, ya estás aquí. Bienvenida —dijo Eleani—. Estamos listos para cenar.

Parecía nerviosa. Nikos le ofreció un brazo a cada una y las acompañó al lujoso comedor. Eleani sonrió cuando vio a Spiros. Su conexión era obvia, se apoyaba en él.

Sara sintió una punzada de envidia. Con su madre muerta, ella no tenía a nadie en quien apoyarse. Deseaba con toda su alma tener una relación estrecha con alguien, una persona en la que pudiera confiar y que siempre estuviera allí para ella.

Su mirada se dirigió de manera involuntaria hacia Nikos, que estaba hablando con su abuelo.

—Bienvenida, Sara —le dijo Spiros cuando tomó asiento.

La cena resultó incómoda. Eleani trató de entablar una conversación normal, pero no dejaba de mirar a Sara nerviosamente. Nikos habló poco, sólo comía y miraba a Sara. La joven estaba tan nerviosa como su abuela, y estuvo a punto de

decirle a Nikos que apartara los ojos de ella.

En cuanto la cena hubo terminado, Sara confió en poder irse. A pesar del precioso vestido y de todo lo que había hablado por la mañana con Eleani, se sentía fuera de lugar.

—¿Nos trasladamos al salón? Allí estaremos más cómodos —sugirió Eleani.

—Tal vez me necesiten en el barco —Sara miró a Nikos—. ¿Van a llevarme al resort por la mañana?

—No, zaparemos el lunes, tal como estaba previsto.

—Muy bien —así que Nikos no quería librarse de ella enseguida. Sara quería sacar el tema de su situación laboral. Nikos todavía no le había dicho que no tendría trabajo en el resort, pero sería muy incómodo que se quedara. Regresaría a Londres en cuanto pudiera.

—Te acompañaré al barco, si deseas marcharte —aseguró él levantándose.

—Puedo ir sola.

Nikos no dijo nada, se limitó a retirarle la silla y tomarla suavemente del brazo.

—La cena estaba deliciosa, Eleani —dijo él.

—Se lo diré a Dimitri —respondió su abuela con sonrisa débil—. Buenas noches, Sara. Tal vez te gustaría desayunar conmigo mañana. Las dos solas en mi balcón.

A Sara le sorprendió la invitación.

Gracias. ¿A qué hora quieres que esté allí?

Sobre las ocho —dijo Eleani sonriendo con más calor.

Cuando Sara y Nikos hubieron salido de la casa, ella aseguró:

—Me sorprende que no me hayas enviado ya lejos. ¿Por qué esperar hasta el lunes?

—Son sólo un par de días. Tiempo para que conozcas a Eleani.

—¿Eso es idea tuya o de tu abuelo?

—Fue idea suya, pero estoy de acuerdo con él. Tal vez creas que no tengo sentimientos, pero Eleani siempre ha sido cariñosa conmigo. Creo que se merece una oportunidad. Y tú también.

—¿Una oportunidad para qué?

—Para estrechar los lazos familiares.

—Ya. Entonces, ¿se puede decir que esto es una tregua? —preguntó.

—No estamos en guerra —respondió Nikos.

—Estás enfadado.

Nikos caminó durante unos instantes y luego dijo muy despacio:

¿Acaso esperabas que no lo estuviera?

Capítulo 10

DURANTE los dos siguientes días, Sara pasó más tiempo con Eleani que sola. Vio a Nikos sólo durante la cena. Desayunaba con su abuela en su balcón privado. Comía con Spiros y Eleani. Respondió a interminables cuestiones e hizo muchas preguntas sobre su madre cuando era niña y adolescente. Fue un momento agridulce. La aceptación de Eleani debió vivirla su madre Y lo incómoda que se sentía ahora cuando estaba con Nikos le rompía el corazón.

Era consciente de que no tendría que haber imaginado una posible relación entre ellos, pero lo había hecho. Y se había enamorado de él. Ahora Nikos la ignoraba. Utilizaba el trabajo como excusa, pero Sara sabía que tenía tiempo para pasar horas con su abuelo.

El domingo estaba sentada con su abuela en la terraza de arriba disfrutando de la serenidad de los jardines y de la visión del mar Egeo. En el horizonte había algunas nubes, pero parecían distantes. La brisa del mar resultaba muy agradable.

—Sara —dijo Eleani tras una pausa que se hizo en la conversación—. Spiros y yo queremos que vengas a vivir con nosotros.

Sara se giró para mirarla sorprendida.

—No puedo hacer eso —aseguró.

—Por favor. Al menos piensa en ello. Me he perdido muchas cosas de la vida de Damaris, eso no puedo arreglarlo. Pero tú puedes tener una vida distinta de la que has llevado hasta ahora. Stanos me dejó una pequeña fortuna. Tengo más dinero del que podría gastar, así que no serás una carga. Por favor. Significaría mucho para mí tenerte aquí.

Sara sacudió lentamente la cabeza.

—Gracias. Te agradezco el gesto. Pero mi hogar está en Londres. Allí están mis amigos.

Y también su madre. Sara no había pensado nunca en dejar Londres para siempre.

—No digas que no tan rápido. Piensa en ello —la urgió Eleani.

—Lo pensaré, pero no creo que vaya a cambiar de opinión. Tal vez pueda venir a visitaros de vez en cuando.

Tal vez unas vacaciones dentro de unos meses le dieran tiempo a Nikos para superar su enfado inicial. Quizá pudieran volver a ser amigos otra vez.

Sara rechazó de sí el pensamiento de que quizá cuando volviera de visita, estaría casado con Gina.

—Por supuesto, debes pasar tus vacaciones aquí. Pero piensa en la posibilidad de venir a vivir... aunque sólo sea un año. Conocemos a mucha gente, nos visitan con frecuencia. Puedes ir a Tesalónica, a Atenas. Puedo enseñarte dónde creció Damaris. Hay mucho que ver en Grecia.

—Lo sé. Pensaré en ello —Sara empezaba a sentirse presionada. Aquello no era algo que quisiera hacer, sobre todo si Nikos estaba enfadado con ella. Pensaría que lo había planeado desde el principio. Ariana buscaba dinero; pensaría que Sara también. Pero lo que ella deseaba era una familia. ¿Podría rechazar la oferta de Eleani?

Le estaba tomando cariño a la anciana. No había sido un flechazo, pero cuanto más la conocía, más la veía como una víctima de las circunstancias y de su educación.

Como Nikos había sugerido, le estaba dando una oportunidad a Eleani.

Después de comer decidió que necesitaba un poco de tiempo para sí misma. Dijo que quería darse un baño antes de que las nubes se convirtieran en lluvia, y regresó al barco.

Se puso el traje de baño y fue en busca del capitán para preguntarle si podía volver a utilizar el fueraborda. Estaba en el puente, revisando las cartas de navegación.

Nikos estaba a su lado, vestido con pantalones cortos y camiseta. Sara se detuvo en el umbral, maravillada, como le ocurría siempre que lo veía. La camiseta se le ajustaba de forma maravillosa a los músculos. Sara tragó saliva.

—¿Querías algo? —le preguntó Nikos al verla.

—Quería utilizar el fueraborda, si no hay problema. Me gustaría ir a nadar una vez más antes de que partamos mañana.

Nikos alzó una ceja.

—Pensé que ibas a quedarte.

Sara frunció el ceño y negó lentamente con la cabeza.

—No voy a quedarme.

Nikos miró al capitán y luego se acercó a la mesa alta.

—Te llevaré a la cala. No deberías nadar sola. —Tenía pensado quedarme cerca de la orilla. —Yo te llevaré —repitió.

Hicieron el trayecto en silencio. Sara no tenía nada que decir, y estaba claro que Nikos seguía enfadado. Tras echar el ancla en la playa, Nikos apagó el motor y la miró.

—Mi abuelo dijo que te iban a pedir que te quedaras en la isla con ellos.

Sara se quitó la camiseta y los pantalones cortos.

—Eleani me invitó. Dije que no.

Se dio cuenta de que a Nikos aquello le había sorprendido.

—¿Por qué? ¿No era ése el objetivo? ¿Conocer a tu abuela, contarle una historia triste y terminar llevando una vida de lujo? Esta isla debe ser un poco mejor que el apartamento que compartías con tu madre en Londres.

Sara deseaba tirarlo por la borda.

—Ése es tu modo de pensar, no el mío. Mi objetivo, como tú dices, era entregar la carta que mi madre escribió justo antes de morir. Creí que me ibas a echar de la isla en cuanto lo hiciera. No tengo intención de quedarme aquí.

Nikos parecía escéptico. Sara emitió un sonido de disgusto y se zambulló en el agua. ¿Cómo se atrevía a pensar que estaba buscando una vida de lujos? En aquel instante se dio cuenta de que Nikos no sabía nada de ella a pesar de los días que habían pasado juntos. ¿Cómo pudo pensar alguna vez que estaba enamorada de un hombre así? Por desgracia, su corazón tenía sus propias razones.

Nikos miró a Sara alejarse del bote nadando como si la persiguieran. ¿Le estaría contando otra mentira, o realmente se habría negado a quedarse? ¿Sería algo temporada hasta que pudiera arreglar las cosas en Londres o realmente no pensaba trasladarse a la isla?

Tenía sentido que la esposa de su abuelo quisiera que Sara viviera con ella. Era su única nieta. Eleani era una mujer llena de amor hacia la familia. Le encantaría tener a Sara para estar con ella y mimarla.

Nikos trató de pensar en qué otras mujeres a las que conocía

hubieran rechazado semejante oferta. Carta blanca para todo. No tendría que volver a trabajar. Compras, fiestas... ¿quién preferiría trabajar en una calurosa cocina?

No, seguramente Sara picara más alto. Tal vez quería la parte de la fortuna de Stanos que le hubiera correspondido a su madre.

Nikos frunció el ceño mientras la miraba nadar. No, eso no correspondía con lo que él sabía de Sara. Ella tenía un fuerte sentido del honor. Y no se quedaría allí porque su misión había terminado.

¿Significaba eso que iba a volver a Londres?

Nikos se negó a examinar por qué aquella idea le turbaba. Ya había decidido despedirla del restaurante. Ahora se preguntaba si había sido una sabia decisión.

No tenía sentido ganarse la antipatía de sus abuelos. Sara misma renunciaría y volvería a Londres o terminaría aceptando la oferta de Eleani.

Nikos se bajó del barco y comenzó a nadar hacia ella. Cuando Sara se acercó a la cala, giró y nadó hacia él. Cuando se encontraron, ambos se detuvieron.

—¿Te apetece bucear? —le preguntó Nikos. Al verla tan cerca, con el pelo mojado y pegado a la cara y los ojos brillantes por la emoción que le proporcionaba nadar, sintió deseos de volver a besarla.

—Me encantaría —Sara miró al cielo—. ¿Caerá pronto la tormenta?

Nikos miró a su alrededor y observó las crecientes nubes grises, que todavía estaban muy lejos.

—Creo que tenemos una hora más o menos. —Entonces, me encantaría.

Subieron al bote a ponerse los equipos de buceo y regresaron al agua enseguida, explorando bajo la superficie.

Nikos iba un poco por detrás de Sara para poder—vigilarla. Sara estaba disfrutando mucho de la belleza marina. Persiguió a los peces, exploró las rocas del fondo y nadó cerca del brazo de la cala antes de salir. Luego salió a la superficie y Nikos la siguió.

Sara se quitó el tubo de la boca.

—¿Podemos bucear un poco por aquel lado para ver las rocas?

—La corriente es un poco traicionera allí. Tienes que estar

pendiente de las olas. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Ella se lo pensó durante un instante.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—Muchas. Hay algunas formaciones rocosas increíbles. No es muy peligroso, sólo hay que tener precaución. —Ve tú primero y yo te seguiré.

—Preferiría ir detrás para poder verte.

—¿,Y si vamos uno al lado del otro?

—Tú quédate en el lado del mar y yo nadaré más cerca de las rocas —si venía una ola, él podría manejar mejor la situación.

—Gracias —Sara volvió a colocarse la máscara y el tubo y descendió bajo el agua.

La exploración resultó fascinante. Hacía tiempo que Nikos no buceaba por allí y verlo a través de los ojos de Sara provocaba que apreciara su belleza todavía más. Debería tomarse más tiempo para disfrutar de las cosas que le gustaban, como el buceo. No le gustaba lo que Sara había hecho, pero se sintió de pronto agradecido porque hubiera hecho renacer su amor por el buceo.

Se dieron la vuelta justo cuando vino una ola. Nikos fue lanzado contra una roca y Sara cayó sobre él. Nikos la agarró antes de que pudiera golpearse y la estrechó contra sí. La presión fue pasando, y entonces ella señaló con el dedo hacia arriba. Nikos negó con la cabeza y señaló hacia el bote.

Llegaron a la embarcación en pocos minutos. Cuando salieron a la superficie, Sara se quitó la máscara y el tubo y lo miró.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —el hombro izquierdo y parte de la espalda le quemaban como el fuego. Sabía que se había levantado la piel, y probablemente tendría algún moretón por el impacto. Por suerte había sido él y no Sara.

—He debido hacerte daño. No he caído sobre ti como una pluma.

—He tenido momentos peores —Nikos miró hacia las nubes, que ahora se movían rápidamente por el cielo—. Yo digo que subamos a bordo y regresemos al muelle.

Ella miró hacia el cielo y asintió.

—Parece que se va oscureciendo cada vez más.

Nikos salió del agua y ayudó a Sara a subir al bote. Cuando el

tirante del equipo de buceo le rozó el hombro al quitárselo, dio un respingo.

—Deja que te vea —dijo Sara girándose hacia él—. Oh, estás sangrando. ¿Llevas a bordo un botiquín de primeros auxilios?

—No. Pero estoy bien —le estaba empezando a doler. Cuanto antes volvieran, antes podría curarse la herida.

—Espera —Sara agarró su propia camisa, y antes de que Nikos tuviera tiempo de pensar qué iba a hacer, ella rasgó una tira de la parte inferior. Luego dobló el resto hasta formar un paño y le cubrió con él la piel ensangrentada.

—No creo que esto se mantenga —dijo tratando de atarlo con la tira—. Necesitas ir al médico.

—Estoy bien. Vamos —Nikos encendió el motor y enfilaron lejos de la playa. El mar se estaba empezando a picar. Una vez fuera del refugio de la cala, empezaron a sentir la fuerza del viento.

Nikos mantuvo el barco firme y llegaron sanos y salvos al muelle. Dos marineros los ayudaron a amarrar.

—Se está levantando una buena tormenta —comentó uno de los hombres.

—Estás sangrando a través de la camisa —dijo Sara.

—Vamos a entrar en la casa —le dolía el hombro. Cuando se quitara el agua salada se haría una mejor idea de la gravedad de la herida—. Entra y cámbiate —le sugirió mientras caminaban por el muelle.

—¿Vas a estar bien? —preguntó Sara.

Nikos no quería que se preocupara, pero le gustaba que estuviera preocupada por él.

—Perfectamente.

Esperó a que ella corriera por el muelle y luego se dirigió a la casa.

Una vez bajo la ducha, Nikos supo que las heridas eran algo más que rozaduras superficiales. Iba a necesitar ayuda. Se secó, se puso unos pantalones y trató de ver qué podía hacer. Vio que manaba sangre de un par de cortes profundos. Las rocas eran irregulares y afiladas. Si estuviera en el resort llamaría a la enfermera que trabajaba allí por si los huéspedes la necesitaban.

Cuando Sara llegó a la casa antes de la cena; estaba mojada. La lluvia había comenzado a caer poco después de que Nikos y ella

llegaran. Se duchó, se vistió y luego se quedó mirando caer la lluvia el resto de la tarde. Confiaba en que Nikos no estuviera tan herido como parecía. Era difícil saberlo con toda aquella sangre.

Se puso un impermeable y un pañuelo para tratar de protegerse de las inclemencias del tiempo, pero resultó inútil. Finalmente, llegó a la puerta de entrada, que estaba resguardada por un pórtico. Llamó y esperó con impaciencia a que le abrieran.

—Señorita —una de las doncellas abrió la puerta y la urgió a entrar—. Permita que me lleve sus prendas mojadas. Le traeré un secador de pelo —dijo mientras Sara se quitaba el impermeable. Tenía los hombros empapados, pero se le secaron enseguida. Sin embargo, el pelo le chorreaba.

—Te lo agradecería —aseguró.

La doncella se marchó apresuradamente justo cuando Eleani bajaba las escaleras.

—Dios mío, Sara, estás empapada.

—La doncella va a traerme un secador. Es que está lloviendo mucho. ¿Qué tal está Nikos?

—¡Hombres! Creen que están por encima de todo y que no pueden resultar heridos. Dos de los cortes son profundos. Pero lo único que podemos hacer es utilizar gasas y esparadrapo para mantenerlos cerrados. Debería haber tenido más cuidado.

—No nos esperábamos unas olas tan grandes.

—Se estaba formando una tormenta, cualquiera podía verlo —aseguró Eleani con exasperación.

Sara asintió, sintiéndose culpable de que su deseo de nadar hubiera provocado semejante estropicio.

La doncella regresó con un secador.

—Si lo desea, puede utilizar este cuarto de baño —dijo.

—Te traeré ropa seca —se ofreció Eleani.

—Estoy bien. Si puedo secarme el pelo, lo demás se secará enseguida. No hace tanto frío.

Sara se reunió enseguida con Eleani y Spiros en el salón principal. El anciano expresó su preocupación por lo que había pasado. Sara le explicó cómo habían salido de la cala. Fue idea suya, pero era Nikos quien había sufrido las consecuencias.

—La cena está servida —anunció uno de los criados.

—¿Vamos? —Spiros le ofreció el brazo a Eleani. Sara se levantó.

Cuando entró en el comedor, no vio a Nikos.

—¿Va a cenar Nikos con nosotros? —preguntó.

—Ya debería estar aquí. Seguramente le haya entretenido alguna llamada —Spiros se giró hacia el hombre que esperaba para servir —. ¿Te importa ir a buscarlo?

—Enseguida.

Los demás tomaron asiento y charlaron de cosas sin importancia durante unos instantes hasta que regresó el hombre.

—Está dormido en la cama. ¿Le despierto? —preguntó.

—No, déjale dormir, Spiros —dijo Eleani poniendo la mano sobre la de su esposo—. Eso ayudará a que se cure.

—De acuerdo.

Sara echó de menos que Nikos estuviera allí, aunque en las últimas comidas se había sentido incómoda con su mirada. Al menos a él lo conocía, habían compartido historias de su vida. No era lo mismo con aquella pareja de ancianos a los que apenas conocía, y por los que tenía sentimientos encontrados. Sara todavía no podía asumir lo que había hecho su abuela, o más bien lo gire había dejado de hacer. Y sin embargo, cuanto más hablaban, más la iba conociendo. Eleani había querido a Damaris. Eso estaba muy claro.

Después de cenar, Sara se ofreció a llevarle una bandeja a Nikos. Spiros estuvo de acuerdo, y enseguida le llevaron una de la cocina. Sara siguió las indicaciones del anciano y giró a la izquierda al llegar al final de las escaleras. La casa era grande. Le habían dicho que tenía siete dormitorios. El apartamento que su madre y ella compartían cabría en el salón y todavía sobraría espacio.

La puerta estaba ligeramente entreabierta cuando ella se acercó. 'Llamó con los nudillos haciendo equilibrios con la bandeja. No obtuvo respuesta. Entonces empujó la puerta y vio a Nikos tumbado en la cama boca abajo, dormido. Sara abrió lo suficiente como para entrar. Dejó la bandeja en una mesa que había cerca de una de las ventanas y cruzó para sentarse en la esquina de la cama.

—¿Nikos? —le preguntó con dulzura.

Lucía el mismo aspecto formidable dormido que despierto. Tenía el cabello revuelto y estaba desnudo de cintura para arriba. El blanco vendaje contrastaba con su piel bronceada.

Sara se sintió extraña viéndolo dormir, como si lo estuviera

espiando. También se sentía fascinada.

Miró a su alrededor y vio una silla. La acercó para esperar sentada a que se despertara. Los platos de la bandeja estaban cubiertos, mantendrían la comida ca—

liente durante un rato. Sara deseaba acariciarlo, sentir el calor de su piel, tal vez incluso inclinarse para darle un beso, como si tuviera derecho a hacerlo.

Se quedó allí sentada y esperó viéndole dormir y pensando en que podría haber hecho las cosas de otra manera. Tal vez entonces todo fuera distinto. Quizá hubiera podido salvar al menos su naciente amistad.

Sara perdió la noción del tiempo. Estaba a punto de irse cuando él se estiró.

—¿Nikos? —dijo con dulzura.

Él abrió los ojos y la miró. Durante un instante Sara se sintió querida, pero Nikos pareció recuperar la consciencia y su mirada se volvió dura.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Nikos se giró, suavemente y se sentó. Estiró el brazo para encender la lámpara de la mesilla de noche—. Maldición, el hombro me duele más de lo que esperaba —dijo gruñendo.

—Ten cuidado no vuelva a sangrarte. Eleani dijo que dos de los cortes eran profundos —Sara se puso de pie de un salto como para intentar detenerlo. Pero echó las manos hacia atrás en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo—. Te había traído algo de cenar, pero no he querido despertarte porque pensé que necesitabas dormir. Seguramente ahora está fría —dijo acercándose a la mesa y levantando una de las coberturas del plato. Salió humo—. O tal vez no.

Nikos se levantó y cruzó la estancia. Parecía una pantera merodeando. Descalzo y con el pecho desnudo, se movía con elegancia natural. El juego de luces y sombras sobre su piel tenía a Sara fascinada.

Cuando Nikos llegó a la mesa, agarró un tenedor, cortó una pequeña porción y se la llevó a la boca. Encogiéndose de hombros, acercó más la silla.

—Está lo bastante caliente y tengo el hambre suficiente como para comérmelo todo —aseguró señalando otra silla para que ella se

sentara.

—¿Zarpamos mañana, tal y como estaba pensado? —preguntó Sara sentándose cerca de él.

Nikos asintió.

—Para entonces ya habrá pasado la tormenta.

Fuera ya estaba oscuro. La lluvia cubría las ventanas. Sara estaba encantada de verle comer, corno lo había estado antes observándole dormir. Estaba almacenando recuerdos que le duraran toda la vida. Ya había decidido que cuando regresara al resort, firmaría la renuncia y volvería a Inglaterra. Había cumplido con su misión. Quería ver gente y lugares conocidos. Quería el cariño de sus amigos.

Así que tal vez aquélla fuera la última vez que estaría con Nikos.

—¿Tú has cenado? —le preguntó él.

—Con tu abuelo y con Eleani —respondió Sara. —Es tu abuela, puedes llamarla así —dijo él.

Sara se encogió de hombros.

—¿Sabes qué? —Nikos dio otro bocado y comió despacio antes de volver a mirarla—. Tu madre pudo volver y enfrentarse a sus padres. No necesitaba tratar de reconciliarse por correo. ¿Has pensado alguna vez en eso?

—Por supuesto que sí. De hecho, le pregunté varias veces por qué no lo había hecho. Era el orgullo de la familia. Creo que tenía tanto como su padre. Y yo pensaba que realmente estaba contenta con su vida en Inglaterra. Cuando cayó enferma fue cuando me di cuenta de cuánto había echado de menos Grecia. Aunque no se hubiera reconciliado con sus padres, podríamos haber tenido una vida mejor en Grecia rodeados de familia y amigos. Pero se negó incluso a ir de visita.

—No me digas que nunca vinisteis ni siquiera de vacaciones —dijo Nikos.

—Viajamos muchas veces al norte de Inglaterra, a Escocia, a Gales…

—Ese dinero podría haberse utilizado para venir a Grecia. Pero ella no quiso. ¿Crees que era tan importante para tu madre volver con sus padres? Tal vez su muerte fue justo la excusa que necesitabas para venir, conocer a Eleani y ganarte su confianza.

Sara contuvo el aliento por el shock. Pensó que, después de la

excursión de buceo, ya habían superado aquello. Nikos seguía pensando que sólo le interesaba el dinero.

Se levantó muy despacio y volvió a dejar la silla donde estaba.

—Buenas noches —dijo con dignidad saliendo de la habitación.

—Espera, Sara —gritó Nikos yendo tras ella.

La alcanzó en las escaleras, y estiró el brazo para impedirle que bajara por ellas.

—Suéltame. Has dejado muy clara tu posición una y otra vez. No sé cómo llegué a pensar alguna vez que eras una persona especial. Eres un cínico que no confía ni en sí mismo. Deberías pasar el resto de tu vida solo para no tener que preguntarte si alguien te ama a ti o sólo a tu dinero. Al menos tus padres tuvieron la vida que quisieron, aunque esa vida no te incluyera a ti. Lo único que tú haces es esconderte en tu resort y rechazar a cualquiera que intente acercarse a ti —Sara se soltó y corrió escaleras abajo.

—¡Espera, Sara! —gritó Nikos.

Ella abrió la puerta de entrada y salió a toda prisa, pero la cerró con cuidado para que ninguno de los que estaban en la casa se diera cuenta de lo enfadada que estaba. Era difícil distinguir el camino en la noche oscura y lluviosa, pero podía distinguir las luces del *Cassandra.*

Al día siguiente regresarían a Tesalónica, y en dos días estaría de regreso en Londres. Podía agarrarse a eso. ¿Qué otra opción le quedaba?

Capítulo 11

—¿NIKOS? —dijo Spiros tras él. Nikos cerró lentamente la puerta de entrada que había abierto cuando Sara salió huyendo y miró a su abuelo—. ¿Ocurre algo?

—No. Sara y yo hemos discutido. Ha ido al barco. Se va a empapar.

—Podrá secarse allí. Eleani confiaba en que se quedaría a dormir. Tendré que decirle que se ha ido.

Nikos se dio la vuelta para dirigirse a las escaleras.

—¿Estás bien? —le preguntó su abuelo.

—Yo siempre estoy bien.

Pero era mentira. Nikos se dio cuenta de ello en cuanto entró en su habitación. En su habitación vacía. Cuando era más joven estaba lleno de sueños y esperanzas. No tendría un matrimonio como el de sus padres. Encontraría una mujer hermosa que lo amara.

Una vez pensó que Ariana era aquella mujer. Pero había demostrado ser una falsa, y eso le había hecho cambiar. Ahora, por primera vez en años, volvió a pensar en aquellos antiguos sueños. Un hogar, una familia, niños.

Pero quería algo más que niños. Quería alguien que llegara al matrimonio con sueños similares a los suyos. ¿Y si los sueños de Sara coincidían? Si así era, podría dejar atrás el modo en que le había utilizado.

Nikos miró la cama y recordó el momento en que se despertó y vio a Sara. Durante una décima de segundo se sintió maravillosamente bien, como si esperara que estuviera allí. Sara nunca le había pedido nada, no como otras mujeres que buscaban joyas o querían lucirse en los clubes nocturnos en lugar de pasar veladas tranquilas en la cubierta de un yate.

Maldición, si pudiera confiar en sus propios sentimientos....

El sol se levantó a la mañana siguiente en un cielo sin nubes. Sara tenía la maleta preparada antes de que el *Cassandra* encendiera los motores. Había enviado un mensaje a la casa agradeciéndoles su generosidad y despidiéndose. Sabía que ya estarían despiertos, pero no tenía ganas de hablar con nadie.

Stefano le llevó algo de desayuno, cruasanes y bollos recién horneados por Dimitri.

Se arrodilló en la litera para mirar por el ojo de buey mientras se alejaban, viendo cómo la casa de la colina se iba haciendo cada vez más pequeña hasta que la perdió de vista.

Llegarían al resort antes de la hora de comer. Contactaría con el mostrador de la agencia de viajes para ver a qué hora salía el primer vuelo para Londres. En lo que a su relación con Eleani se refería, lo que haría sería escribirle. Podrían ir construyendo poco a poco una relación. O tal vez no. Sara había hecho lo que su madre le pidió, pero su vida no era la de su madre. Eleani era una pariente, y su lazo era muy débil. Podía crecer o no, y en aquel momento no le importaba.

Sara se negó a pensar en Nikos. Él había dejado muy clara su posición en muchas ocasiones. Ella había sido tan estúpida como para esperar que cambiara. Se negaba a admitir que lo amaba. Él nunca la amaría a ella, y no quería terminar como su madre, que siempre suspiró por un hombre que se marchó para no regresar jamás.

Cuando más tarde llamaron a la puerta, a Sara le dio un vuelco al corazón. Fue a abrir y se llevó una desilusión al ver a Stefano allí.

—El capitán pregunta si te gustaría ver la llegada desde el puente.

Sara consideró la posibilidad, pero negó con la cabeza.

—Dile que gracias, pero me quedaré aquí. Estaré lista para salir cuando atraquemos.

Cerró la puerta, consciente de que estaba rechazando su última oportunidad de pasar un tiempo con Nikos. No valía la pena volver a tener que despedirse de él a cambio de unos minutos en su compañía.

Cuando atracaron en el resort, Sara ya estaba preparada. Miró por el ojo de buey hasta que vio a Nikos salir del barco. Entonces ella se bajó para averiguar cuándo podría irse a Inglaterra.

Tuvo suerte. Reservó un billete para el vuelo de Londres que salía a las siete de la tarde. Cerró rápidamente las maletas y llamó para que se las recogieran y las bajaran al taxi que la llevaría al aeropuerto.

Luego fue a la cocina para decirle al jefe de los chefs que no iba

a volver al trabajo. Le resultó duro. Había disfrutado de aquellas semanas aprendiendo auténtica cocina griega.

Había llegado el momento de marcharse.

No miró ni a derecha ni a izquierda, sino que se dirigió directamente hacia los taxis. Sara señaló sus maletas, las subieron y se puso en camino. Miró por la ventanilla sin ver mientras sorteaban el tráfico para dirigirse al aeropuerto. A pesar de sus esfuerzos, le dolía el corazón. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y se las secó con impaciencia. Había aprendido de su madre a manejarse sin el corazón. Tal vez las mujeres Andropolous estuvieran destinadas a no encontrar la felicidad con el primer hombre del que se enamoraban. Sara estaba enamorada de Nikos Konstantinos. Aquella certeza le dolió. Se frotó el pecho y trató de librarse del pesar.

Una vez en el aeropuerto, se dirigió al mostrador de facturación y luego a la sala de embarque. Dentro de unas pocas horas estaría en casa.

—Sara —dijo Nikos.

Ella alzó la vista.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó asombrada al verlo.

—Quiero hablar contigo.

—No puedes estar aquí, esto es sólo para pasajeros con billete.

—He comprado un billete. Era la única manera. Pero no quiero utilizarlo. Ni tampoco que lo uses tú. Lo que quiero es hablar.

—No tenemos nada que decirnos. Lo has dejado todo muy claro, sobre todo la parte en la que piensas que sólo ,busco dinero.

—Creo que estaba equivocado en eso.

—¿Cómo que «crees»? ¡Estabas completamente equivocado!

La gente había empezado a mirarlos. Sara notó la curiosidad de sus rostros.

—Vete —dijo sin mirar a Nikos.

—Si voy a algún sitio será a Londres. Y si tenemos que sentarnos en el avión hasta arreglar esto, estoy dispuesto a hacerlo. Pero Sara, no te vayas. Quédate en Grecia para conocer a Eleani. Para conocerme a mí. Convierte Grecia en tu hogar. Haz tu vida aquí... conmigo.

Sara estaba confundida. Nikos quería un matrimonio de conveniencia. No podía estar declarándose.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó.

—Ven conmigo —dijo Nikos agarrándola de la mano para evitar a los curiosos—. Maldita sea, quiero pedirte que te cases conmigo, pero no delante de cientos de desconocidos.

Sara parpadeó y le quitó la mano.

—¿Casarnos? —preguntó.

¿Había oído bien? ¿El hombre que pensaba que todas las mujeres iban tras su dinero y no podían amarlo, el hombre que deseaba un matrimonio de conveniencia con una mujer de igual fortuna, le estaba pidiendo en matrimonio a ella, a Sara Andropolous?

No, seguramente no le había entendido bien.

Uno de los pasajeros empezó a aplaudir. Pronto fueran docenas. Sara sintió que se le subía el calor a las mejillas.

—¿Acabas de pedirme que me case contigo? —le preguntó. ¿Cómo se atrevía a declararse delante de cientos de desconocidos?

—Sí. Tienes testigos de sobra.

—Pero tú no quieres casarte conmigo

—Si vienes conmigo, como te he pedido, te lo explicaré.

Sara se puso de pie. Girándose hacia los pasajeros, se encogió de hombros.

—Parece que al final no me voy a Londres —dijo volviéndose hacia Nikos con una sonrisa—. Más te vale que esto sea algo bueno. Si haces que pierda mi vuelo por algo que no sea perfecto, no voy a estar contenta.

Nikos le agarró la mano y entrelazó los dedos con los suyos, llevándoselos a los labios para darle un beso breve.

—Si te limitaras a decir que sí, todo sería mucho más fácil.

——¿Y por qué tengo que ponerte las cosas fáciles? —le preguntó con osadía. Estaba feliz. Nikos se le había declarado y ella no tenía intención de rechazarlo, pero no pasaba nada porque él no lo supiera todavía.

Nikos comenzó a caminar por la terminal. Sara tuvo que correr para seguirle el paso.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó.

—Llamé a tu habitación y nadie contestó. No tardé mucho en descubrir que habías reservado un vuelo para esta noche. Mi temor era el tráfico, no llegar a tiempo. Eso habría significado tener que

seguirte hasta Inglaterra.

—Podrías haberme dicho algo antes —gruñó Sara—. Estuvimos tres horas en el barco.

—Quería más intimidad de la que hay en el *Cassandra* —dijo Nikos sin detenerse. En menos de cinco minutos estaban en su limusina. Nikos apretó un botón que subió la ventana que los separaba del conductor. Atrajo a Sara a sus brazos y la besó. Apasionadamente. Luego la apartó de sí sin aliento y se miró en sus cálidos ojos marrones.

—¿Eso es un sí? —le preguntó.

—Creí que ibas a explicarme las cosas —respondió Sara. Todavía no estaba muy segura de qué estaba haciendo Nikos. ¿De verdad quería casarse con ella?

—Habrá tiempo para todas las explicaciones del mundo cuando me digas que te casarás conmigo. Te amo,Sara.

Nunca creí que volvería a pronunciar estas palabras. Nunca creí que volvería a sentir esto. Pero lo siento... cuando estoy contigo. Cuando pienso en ti. Cuando te sueño. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Tal vez podamos tener hijos, niños a los que podamos criar y querer juntos, niños que nos darán nietos que alegrarán nuestras almas. Y si no los tenemos, siempre será suficiente contigo. Dime que me amas. Dime que no me utilizaste para llegar hasta Eleani. Dime que el tiempo que pasamos juntos significó algo para ti igual que para mí.

—Sí. ¡Por supuesto que sí! Yo también me enamoré de ti. Estaba emocionada cuando me visitaste en la cubierta de popa. Pero la historia que me contaste sobre Ariana me asustó. Sabía que tenías pensado pedirle a Gina que se casara contigo. Yo no quería repetir el mismo error de mi madre. No quería agarrarme a la esperanza de que llegaras a amarme algún día. Ella nunca dejó de esperar que mi padre regresara.

—¿Lo amaba mucho?

Sara sacudió lentamente la cabeza.

—No estoy segura. A veces, y sobre todo después de hablar con Eleani, me pregunto si no sería sólo una cuestión de orgullo. Había renunciado a tantas cosas por él que quería que saliera bien. Pero no lo consiguió.

—Nosotros no seremos como tus padres. Ni como los míos. No

me importa salir ni acudir a fiestas, pero es contigo con quien quiero estar. Navegando en el *Cassandra,* nadando en el mar…

—Trabajando en el resort. Puedo seguir cocinando allí, ¿verdad?

—Si quieres sí.

—Sí quiero. Me encanta mi trabajo. Y si tú ajustas tus horarios, podremos estar juntos cuando no trabajemos —Sara sonrió y le acarició la mejilla—. Va a ser una vida perfecta.

No podía creerse que Nikos Konstantinos se le estuviera declarando. Le daba miedo pellizcarse para no despertar, así que continuó mirándose en sus cálidos ojos, que brillaban de amor… por ella.

—Si tenemos hijos, quiero que los criemos nosotros. Nada de cuidadoras, tutores o internados.

—Pero los llevaremos a la isla.

—Por supuesto. Podemos enseñarles a bucear en la cala y a nadar en el mar —afirmó Nikos.

—Estás hablando en serio, ¿verdad? —preguntó ella maravillada. ¿Quién hubiera esperado que Nikos Konstantinos se casara con una mujer griega sin dinero y que trabajaba como chef?

—Todavía no me has dicho que sí —le recordó Nikos.

—Sí! Por supuesto que me casaré contigo. Te amo,

Nikos. Por favor, ámame por siempre.

—Sé que para ti las promesas son importantes. Yo comparto la solemnidad de un voto. Te prometo que te amaré para siempre —aseguró él con un beso que convenció a Sara de su amor.

Ella tenía el final feliz que a su madre se le había escapado. Lo abrazaría con ambas manos y nunca dejaría de cuidarlo. Su amor duraría para siempre. Nikos lo había prometido.

Fin